

LA CIENCIA TOMISTA

PUBLICACIÓN BIMESTRAL

SEPTIEMBRE-OCTUBRE DE 1918. — NÚMERO 53.

EL PADRE NORBERTO DEL PRADO

Presentíamos su muerte ya; nos la daba el corazón hace dos años, cuando le vimos por postrimera vez. Su mirada, su color, su excitabilidad, si no grande, rara en varón tan apacible, denunciaban un corazón que, siempre joven en sus aspiraciones, no podía latir más. El entendimiento absorbía demasiado en aquel frágil cuerpo, y aunque la Universidad le hubiese concedido el peregrino honor de convertir en aula oficial una de las habitaciones de la casa dominicana, no podía ello estorbar que unas facultades puestas a toda presión rindiesen un enfermo del trabajo, y sólo del trabajo, y diesen a la Teología un día de luto.

Un día de luto, particularmente para los amantes de la doctrina del Angélico. Murió el padre, el amigo, el colaborador, el confidente, el maestro insuperable y buenísimo, orgullo de los españoles en la Universidad de Friburgo cerca de treinta años.

¡Cuántas veces engalanamos la revista poniendo al frente de los fondos un artículo del que era maestro de todos nosotros, prez de la Orden de Santo Domingo y de toda la Iglesia católica!

Era nuestra vanidad un artículo suyo en LA CIENCIA TOMISTA, ya que tirios y troyanos le conceptuaban como el comentarista más formidable del Angélico, y por teólogo sin superior, ya que no sin rival, era saludado generalmente. Contando con artículo suyo, bien seguros estábamos de que aquel número gustaría a los tomistas, por débiles que fuesen los restantes artículos. ¡Estaba su prestigio tan alto!

A su lado enseñaron Coconnier, el científico transparente y elegante, director de la *Revue Thomistique*, y Montagne, su sucesor;

Esser, el futuro secretario del Indice; Berthier, el teólogo, el arqueólogo, el historiador y el artista, notable como teólogo e inmenso como artista y como historiador, cuyas obras parecen relicarios; Weiss, orfebre del pensamiento apologético, Zorrilla del pensamiento religioso, que tan pronto arrebató como amedrenta, tan fácilmente demuestra como sueña; Mandonnet, buzo de la filosofía medieval, que además de ser buzo para sacar sillares del fondo del olvido, es arquitecto que construye monumentos como el de *Siger de Bravante*; Zapletal, el «arrogante león de Bohemia», que lleva en las garras de su pluma la hermenéutica de los antiguos códices; De Munnyck, cuyas explicaciones filosóficas son atrayentes como una novela; Michel, viejo alemanote, envejecido en desollar a Kant y a Hegel, como si en el mundo no existiera otro apostolado; Prümer, tan conocido por sus libros de texto, tan alabado por la claridad que les comunica, impropia de las gentes de su tierra; allí otros y otros... y entre todos, como columna inmovible, con crédito del pensador más recio, nuestro español, admirado como teólogo, envidiado como filósofo, querido como caballero, venerado como religioso de piedad profundísima, profesor y sólo profesor, sin aspirar a más, sin intrigar en nada, sin murmurar de nada, mirando como cosas del Congo todo lo que no fuera la enseñanza.

¡Con qué placer hemos oído a personas de diferentes nacionalidades, educadas en Friburgo, que el padre del Prado era el primer profesor de la Facultad de Teología en aquella internacional Universidad! Sabrían más otros, tendrían temperamento más artista algunos, se amoldarían mejor a los modernos métodos la mayor parte; pero ciencia sólida, concepción lógica, filosofía perenne, tomismo a toda prueba, eso había que ir a buscarlo a su clase; en eso era gigante, y esas líneas egregias hacían olvidar las ventajillas de críticos, artistas y eruditos superiores a él.

*
* *

Artista de la palabra y del pensamiento sí lo era, dentro de las exigencias de la escuela.

Fué filósofo y teólogo siempre, y sólo filósofo y teólogo, si no pudiéramos añadir que tenía con frecuencia rasgos y creo que pretensiones de orador. Toda su vida la pasó en estudiar y enseñar Filosofía y Teología; ningún otro empleo le distrajo; se le consideraba absolutamente incapaz para gobernar, dada la abstracción en que

vivía, olvidado de las minucias que para gobernar hay que tener en cuenta. Dícese que en una visita canónica tropezó con un Superior que desconocía su manera de ser, y tomó al principio muy a mal que nada le advirtiese de lo que todos estaban enterados. Lo mejor era que su abstracción iba acompañada de un optimismo ilimitado. Vivía siempre en el mejor de los mundos. ¿Qué son las pequeñas ondulaciones de la vida, miradas desde las cumbres de la Metafísica?

Su erudición no es muy extensa, comparada con la de otros autores de menos fama; es certera, fácil, abundante, dentro del campo de sus investigaciones y preferencias. Seis autores, además de la Biblia, le subyugaban y tenía por modelos: Santo Tomás, que es su ídolo científico; Balmes y el cardenal González, como encarnación del pensamiento cristiano en estos tiempos; San Agustín, Donoso y Cervantes, como normas de expresión y de gracia. Léase cualquiera de sus libros o folletos, y no se correrá fácilmente una página sin que esos nombres asomen a los labios, que murmurarán también con frecuencia los de Santa Teresa de Jesús, fray Luis de Granada y fray Luis de León, y más que todos, León XIII.

Amaba tanto esa compañía, que, sin ella, no era hombre original ni quería serlo, y aunque la novedad de sus escritos es manifiesta, en vano sería buscarla sin esos andadores. Un espíritu conservador palpita en todos sus escritos, que por eso llevan el marchamo de los que él creía expresión más alta de la verdad y de la belleza. Si no les copia más es porque la diafaneidad le preocupaba siempre, y en ella se tenía por modelo, con sobrados motivos.

*
* *

Era de esos escritores que buscan la verdad ante todo y se mueren por expresarla en una forma que no se preste a tergiversaciones, encarnación en eso del espíritu escolástico en sus mejores tiempos. Sus obras latinas, a poco que se quite de ellas, serán difíciles de distinguir de las disertaciones de los grandes maestros del siglo xvi. No así sus obras castellanas, que no estaban hechas para la precisión de la escuela; había gustado la dulzura de la expresión, el calor de la frase, la pintura del pensamiento en San Agustín, en Donoso, los dos Luises, etc., y cuando escribía a sus anchas, y no al modo algebráico de la escuela, con ellos se iba encariñado, para no perder el buen gusto, que siempre se pagó del donairoso hablar, sin dejar de tener por sacramento la exactitud rigurosa de que los escolásticos

hacen gala. Pocas veces se vieron tan hermanadas esas dos cualidades, hasta el punto de que suele decirse que los escolásticos, atentos a lo principal, que es la verdad y precisión del pensamiento, desestiman los arreos literarios que las comprometen, y se afirma igualmente que los humanistas de todas las edades, con raras excepciones, se echan a buscar formas interesantes, dándoseles un bledo por la exactitud.

El padre del Prado propende evidentemente a armonizar ambas tendencias. Era hijo de la escolástica, en disertaciones escolásticas pasó la vida y es devoto rendido de la sana literatura, y no digo de la castiza, porque de ésta sólo aceptaba la timorata y moralizadora. Su espíritu candoroso, hasta en Cervantes y Pereda echaba alguna vez el lápiz rojo, y sólo se repastaba y solazaba en lo más acendrado de su veta cristiana.

Llegó en esa armonía de la precisión y el interés a un grado tal, que no será superado fácilmente. Sirva de prueba su trabajo sobre *El Condenado por desconfiado*, del gran Tirso, replicando a Menéndez Pidal, y el que lleva de epígrafe *Santo Tomás y la Inmaculada Concepción*. Este, principalmente, es un poema teológico, de tanto color de paleta como vigor de pensamiento. Sin esfuerzo se asiste a su clase, y en el manto imperial de la Virgen María se va leyendo lo que acerca de ella pensaron profundísimamente Santo Tomás y Escoto y lo que la Iglesia definió de ambos doctores. Es una especie de *Nombres de Cristo*, sin la riqueza de lenguaje —claro está— de fray Luis de León, pero con una trabazón más espontánea. No hay diálogo; mas los grandes maestros parecen dialogar con el calor de un drama.

*
* *

Desdeñando el valor objetivo de la literatura revelacionista para la resolución de problemas teológicos, el profesor de Friburgo era místico. Temperamento metafísico, sólo hallaba aire respirable en las cumbres de la contemplación; religioso de gran recogimiento, de un método de vida que no ladeaban cumplimientos de mundo, no se comprometía más que a lo que encajaba con su disposición de horas y con los compromisos adquiridos en las que le quedasen libres. Pocas eran, porque aparte de las que le llevaba la oración, durante muchos años escribía íntegras las explicaciones de clase. Entre los que estudiaron en Friburgo corren sus lecturas o explicaciones de

la *Summa* como las de aquellos antiguos maestros salmantinos del siglo xvi, que él emulaba. De esos apuntes, revisados por el autor, se preparaban muchos tomos para la imprenta, que sería lástima no llegasen a publicarse.

Siendo en sus lecciones ordinarias tan reparado, no es de extrañar que lo fuese en las extraordinarias que daba sobre *la Metafísica de Escoto*, *la Metafísica de Suárez*, *la Mística de San Juan de la Cruz*, que eran escuchadas con avidez por alumnos y profesores. ¡Como que eran tratados escritos con el esmero del que estuviese dispuesto a llevarlos de la clase a la imprenta!

La unión del espíritu de ciencia con el de piedad todavía es más importante que esa otra de la elegancia con la claridad y precisión, y ambas pueden predicarse en igual grado de nuestro maestro severo, recogido, inocente tanto como docto y sutil. Buen ejemplo para cuantos enseñen.

Bien le conocieron en Friburgo cuando en uno de los homenajes tributados con motivo de una fecha memorable para él, proporcionaronle una sorpresa: adornaron su cátedra con el lema que para cualquier otro pareciera punto menos que sacrilegio: *Divus Thomas redivivus, P. del Prado*.

*
* *

Al pensar en nuestro teólogo, hay forzosamente que pensar en el Doctor Angélico, no sólo porque parece envuelto en su mirada de pensador cristiano enamorado de la Teología, que trata siempre como a la reina de las Ciencias, sino porque se pareció tanto a él en las costumbres, en la vida inocente, retirada, consagrada al estudio de la Teología, sin haber sido en la Orden más que *Definidor General*, exactamente como el Doctor de Aquino.

Su fama no vamos a compararla con la del Príncipe de los Doctores, hoy que esta fama es única, por decirlo así, en las escuelas; pero en el número de los grandes discípulos del Aquinatense es posible que ninguno llegara a obtener un triunfo de escuela como el que obtuvo el profesor de Teología de Friburgo. Me refiero al *Syllabus* tomista, emanado de la suprema potestad de la Iglesia en 1914, declarando 24 tesis *fundamentales y de Santo Tomás*, y disponiendo se *guarden santamente*. Para nosotros, las disposiciones de la Iglesia es como si no tuvieran otro autor que a ella propia y con ese respeto debemos aceptarlas; mas para nadie es un secreto que el alma de la

Congregación de donde salió ese decreto eran dos cardenales sapientísimos, *Lorenzelli* y *Billot*, y que éstos escribieron al padre del Prado dos famosas y entusiastas cartas de felicitación, de adhesión a su obra *De veritate fundamentali Philosophiae Christianae*. Y en esa obra están las tesis tan claramente expuestas, que el padre Mandonnet, al llegar el documento pontificio, exclamaba: «Hasta ahora nunca había dudado de la salvación del padre del Prado; mas ahora, viendo canonizadas sus doctrinas, temo ya que su humildad peligre...»

Nunca había llegado la Iglesia a decidir qué doctrinas eran las de Santo Tomás en puntos concretísimos, contentándose con alabarlas y recomendarlas a todas las escuelas. Estas se permitían interpretaciones que a los tomistas fervorosos les parecían corrupciones del Santo; la Iglesia elogiaba sus procedimientos, pero no decidía esas discusiones. En el *Syllabus* decidió muchas cosas. Y el *Syllabus*, por muchas razones, es una corona del padre del Prado. Alrededor de su frente brillan esas tesis como otras tantas estrellas, que no se extinguirán. Con las especulaciones teológicas y metafísicas ocurre un singular fenómeno: cuando se exponen ramplonamente, materialmente, de un modo sencillamente autoritario, sólo sirven para comprometer la doctrina y para acreditar de testarudos a los que de tal manera la exponen; en cambio, si desde los principios se dirige la luz a las consecuencias y se funden como en foco las altas enseñanzas de la fe y de la ciencia, se llega a esta especie de consagración, ante la cual la de las otras ciencias es como una sombra. En vano la sociedad materialista de nuestros días suprimió en muchas Universidades —¡así andan ellas! — las asignaturas de Teología y de Metafísica; a la Teología y a la Metafísica tienen que tender los que en asignaturas que no sean puramente empíricas busquen crédito sólido, los alpinistas del pensamiento. Esa es la región de las águilas y del oxígeno immortalizador.

Hasta la muerte llevó el padre Norberto ese ideal de ascensión a las cumbres, como lo prueban sus últimas palabras. La angina de pecho le obligó a una fuerte expectoración, y al recogerse la el hermano enfermero, oyó de sus labios esta sentencia, digna de tan alto filósofo: «¡Qué miserables parecemos! Sin embargo, bajo este fango hay un alma inmortal.»

Esa frase, que leímos en los periódicos suizos, nos recuerda uno de sus discursos sobre la Asunción de la Virgen, del que trasladaremos un fragmento para dejar hablar al que tan bien lo hace, en sus mismos funerales:

«¿Qué importa que con los años el hombre exterior se vaya desmoronando? El hombre interior, o sea el espíritu, sostenido por la gracia, se va renovando de día en día; y aun cuando desfallezca el cuerpo consumido de miserias y trabajos, el espíritu que lo informa, al volar al Señor que lo crió, no se separa de él de una manera definitiva, pues quédale una inclinación natural de volver a unirse con él para devolverle la vida; inclinación que la gracia robustece y que por la gracia obtendrá total cumplimiento de todos sus deseos y aspiraciones. El cuerpo morirá; pero será como las hojas de los árboles que caen en el otoño para brotar de nuevo en otra primavera que no conocerá invierno. Morirá; pero a la manera de las flores que se marchitan en el estío para engalanar otros campos donde soplan perpetuas auras de vida. Morirá; pero como el sol que se hunde tras las montañas del Poniente para levantarse rejuvenecido en la mañana de un día que no tendrá ni declinación de tarde ni sombras u oscuridad de noche. Nuestro cuerpo, al descender al sepulcro, queda, según las profundas expresiones de Tertuliano, grabado con el sello de la inmortalidad futura. Los sacramentos, al causar la gracia santificante en el alma, convierten el cuerpo en templo del Espíritu Santo. El ha sido lavado en el Bautismo, cuando el alma fué limpia del pecado original. El ha sido ungido en la Confirmación, cuando el alma recibió la plenitud del espíritu de fortaleza. El se arrodilla y se encorva bajo el dolor que humilla al alma, cuando confiesa sus pecados en el tribunal de la penitencia. El es consagrado con el óleo santo de la Extremaunción, cuando en el alma se borran hasta las últimas reliquias de la culpa. El ha comido la carne y bebido la sangre de Jesús, cuando el alma se alimenta de Dios en la Eucaristía y recibe juntamente con Jesús Sacramentado una prenda de la vida perdurable. ¡Ah!, nuestro cuerpo es algo sagrado que no puede perecer para siempre, y de la gracia santificante del alma recibe una prenda de su resurrección gloriosa.

»Pues siendo esto así, como de verdad lo es; si la gracia que santifica el alma resucitará glorioso al cuerpo, no podía, no, aguardar la resurrección universal de la carne aquel cuerpo informado por el alma adornada de la plenitud de la gracia; aquel cuerpo purísimo animado por un espíritu que sobrepuja en santidad y pureza a los más encendidos serafines; aquel cuerpo, verdadero templo del Señor, compenetrado y henchido de la gloria del Altísimo; aquel cuerpo no contagiado jamás con la mínima culpa, trono real del verdadero Salomón, labrado de maderas olorosas e incorruptibles del Líbano, con columnas de plata y respaldo de oro, y vestido y entapizado de púrpura y de grana y en el centro con divinos esmaltes que inspiraban amor.

»Los cielos demandaban a la tierra con imperio aquel cuerpo todo limpio, todo hermoso, todo inmaculado; cuyos ojos, vivos y brillantes como de palomas, habíanse apacentado mirando el rostro de Dios hecho hombre; cuyos labios, graciosos como claveles rosados o cinta de carmesí, habían besado la frente y las mejillas del verbo de Dios hecho carne; cuyo cuello, recto y airoso como bruñida torre de marfil, había sido estrechado por los tiernos brazos del Niño-Dios; cuyos

pechos, como blancas azucenas, habían alimentado con su leche al que alimenta a los angeles; cuyas manos, llenas de jacintos y hechas a torno, habían sostenido al que sostiene colgada de tres dedos la redondez de la tierra, y en cuyo vientre, cercado de lirios y guarnecido de zafiros, se había encarnado el Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.»

Y después de otras consideraciones concluye así el discurso, en el que tan claramente se reflejan su ansia de inmortalidad y su amor a la Virgen:

«Hoy María es trasladada al empíreo en cuerpo y alma. El paraíso de delicias muda de lugar, pero la fuente que en el paraíso brota no tuerce por eso la dirección de su curso. Las aguas de la gracia caen siempre de lo alto y corren hacia abajo antes de dar saltos para la vida eterna. Los dones de Dios lloverán en mayor abundancia sobre los hombres cuanto más cerca de Dios esté María. La Asunción de la Santísima Virgen se ordena a mayor provecho nuestro, de la misma suerte que la Ascensión del Señor. Si Jesucristo entró en el Cielo para presentarse por nosotros en el acatamiento de Dios, para presentarse, a su vez, por nosotros en el acatamiento de Jesucristo, Salvador nuestro, entra también en el Cielo María.

»De María pende nuestra vida y en María está toda nuestra esperanza. ¡Dichosos los hijos cuya eterna bienandanza la puso el Señor en manos de nuestra Madre!»



Si el entusiasmo por restaurar el pensamiento de Santo Tomás fué el ideal del padre Norberto como filósofo y teólogo, la devoción más tierna a la Virgen Santísima endulzaba su corazón de cristiano y de religioso. Tres tomos comprende su magna obra *De gratia et libero arbitrio*, ordenada a exponer las doctrinas de Santo Tomás más discutidas en las Escuelas, y otros tres las *Enseñanzas del Rosario*, que llevan por remate quince discursos sobre la *Eucaristía*.

Será difícil resolver si el padre del Prado fué más filósofo que religioso, más amigo de la meditación que de la clase, del Oficio divino que de la *Summa*. Toda su vida se la pasó profundizando en ella para la ciencia y para la virtud, lo mismo cuando estudiaba en Ocaña, que cuando enseñaba en Manila, que cuando enseñaba en Friburgo, que cuando salía de paseo en todas partes. Cuéntase que estuvo dos años enteros convenido con otro compañero docto, que vive todavía, para hablar en cada recreo de un artículo de la *Summa*, penetrando más hondamente su sentido. En Somió, donde pasaba con el reverendísimo padre Vigil parte de sus vacaciones, se le veía frecuentemente de paseo con un tomo de la *Summa* y lo mismo en Avila, donde, muerto el padre Vigil, se retiraba hasta el día del Rosa-

rio, en que invariablemente predicaba, hacía los Ejercicios y regresaba a la Universidad de Friburgo.



Tal fué el padre Norberto, el que todo el mundo puede conocer a través de sus libros y de noticias generalmente conocidas. Los que conservamos su correspondencia llena de idealismos y sin una frase de murmuración ni de miseria; los que hemos gozado de su conversación, siempre elevada y optimista, podíamos trazar al lado de esta historia otra más brillante, quizás, y más interesante, sobre todo.

Pero la amistad íntima, como el parentesco inmediato, tiene una época de duelo en que se pueden decir las cosas, pero parece profanación que se escriban. La palabra pone un calor que no puede esperarse de la pluma, y sin ese calor amoroso no deben salir del pecho secretos de cariño hasta que el tiempo desdibuje las notas de más intimidad.

Bienlogrado, no malogrado, fué el padre Norberto, que tan bien hizo fructificar los talentos que le concedió la Providencia. Es posible que el pesimismo nos engañe o el cariño nos ciegue y que seamos injustos con la gente de nuestra edad exigiendo para el mérito excelso las canas que no necesita ostentar; pero a nosotros nos parece que el solio del padre del Prado quedará muchos años vacío, y que hoy por hoy nadie puede llenarlo.

Fechas: Nació en Lorío, concejo de Laviana (Oviedo), el 4 de Junio de 1852; tomó el hábito de Dominico en Ocaña el año de 1869, profesando al año siguiente; en 1873 pasó a Filipinas, donde terminó la carrera a los dos años y fué nombrado profesor del colegio de San Juan de Letrán; en 1878, se graduó de Doctor en Teología y Filosofía, y nombrado profesor de la Universidad de Manila, primero de Filosofía y luego de Teología; después de unos doce años de enseñanza en este centro, vino enfermo a España, y al poco tiempo fué designado para profesor de la Universidad de Friburgo por el ministro del ramo de aquel cantón suizo, donde perseveró enseñando, fuera de una breve temporada de enfermedad, hasta su muerte, ocurrida el 14 de julio pasado, después de breve, pero traidora dolencia. El 15 tuvieron lugar los funerales, celebrados por la Universidad, con enorme concurrencia de fieles.

Obras:

1.º *De gratia et libero arbitrio.*—Tria volumina.—Vol. I.—Pars prima: In qua explanantur sex quaestiones.—*De gratia Dei, ex Divo Thoma, Sum. Theol.* I-II. a quaest. 109 usque ad quaest. 114. (1xxxiv-758 págs.)

Vol. II.—Pars secunda: Concordia liberi arbitrii cum divina motione juxta S. Augustinum et D. Thomam. (404 pág.)

Vol. III.—*Pars tertia: Concordia liberi arbitrii cum divina motione juxta doctrinam Molinae* (596 págs.). Friburgi Helvetiorum, Typis Consociationis S. Pauli, 21 franc.—España, Madrid, librería del Amo, 25 pesetas.

2.º *Santo Tomás de Aquino y la Inmaculada*.—Estudio crítico-teológico de la cuestión 27 de la tercera parte de la *Suma Teológica* (250 págs.). Vergara, 1908. Imprenta del *Santisimo Rosario*. Pesetas 2,50.

3.º *Estudio crítico teológico del drama El Condenado por desconfiado*, de Tirso de Molina (72 págs.). Vergara, 1907. Imprenta del *Santisimo Rosario*. Pesetas 1,50.

4.º *De Veritate fundamentali Philosophiae Christianae*.—(Vol. I. xlv-659 páginas.) Friburgi Helvetiorum, ex Typis Consociationis S. Pauli; 10 franc.—España, Madrid, librería del Amo, 11 pesetas.

5.º *Enseñanzas del Rosario*. Tres volúmenes en 4.º

Vol. I.—*Jesús y María en los misterios del Rosario*, 31 capítulos.

Vol. II.—*El Rosario, luz del alma*, 25 capítulos en 607 páginas.

Vol. III.—*El Rosario, escuela de santidad*, 27 capítulos, seguidos de 15 sobre la Eucaristía, uno sobre el Patronato de Santo Tomás y otro sobre La subida del alma a Dios por la oración del Rosario. Vergara, 1914. Imprenta del *Santisimo Rosario*.

6.º Sermón predicado en los Franciscanos de Manila (1883).

7.º Discurso de apertura en Santo Tomás (1882).

8.º Sermón en la elección del padre Provincial, Manila (1886).

9.º Panegírico de San Vicente de Paul, Manila (1885).

10. De Santo Tomás, ante el Claustro Universitario (1889).

11. De San Agustín (2 ed. Vergara, 1916).

12. A la Orden Tercera de Santo Domingo, en Avila (1892).

13. Guadalete y Covadonga (en San Pedro, de Gijón, con motivo de la estatua a Pelayo, agosto de 1891).

14. Sermón de Nuestra Señora de Covadonga (en la Colegiata de ídem, Oviedo, 1895).

15. Zaragoza y Covadonga (en ídem, 1898).

16. *De veritate fundamentali*, lib. I (del *Divus Thomas*, Plasentiae, 1899).

17. *De veritate fundamentali*, lib. II (ídem íd., 1906).

18. *De veritate fundamentali* (discurso en el Congreso de Friburgo, 1898).

19. *Carta a un joven teólogo, sobre la predicación y la lectura de los clásicos* (Vergara, 1902: 2 ed., 1915).

20. *Carta a un joven teólogo sobre la premoción física* (Vergara, 1915).

21. *La lengua española* (ídem).

22. *Balmes, filósofo* (ídem).

23. *La filosofía de Santo Tomás según León XIII y Pío X* (ídem).

24. *Estilo de Santo Tomás* (ídem).

25. *El P. Zeferino* (ídem).

26. *De gratia et libero arbitrio* (Friburgi, 1907).

27. *Santo Tomás y la Inmaculada* (réplica a *Razón y Fe*. Vergara, 1910).

28. *A propósito de un libro. El sistema de R. Lulio*, por Bové. (*Santisimo Rosario*, 1909.)

29. «La verdad fundamental...» (CIENCIA TOMISTA, 1910.)

30. Idem íd., en francés (de la *Revue Thomiste*, 1910).
31. «Escoto y Santo Tomás» (C. T., 1914).
32. «El problema ontológico» (C. T., 1915)
33. «Balmes y Santo Tomás» (C. T.).
34. *Dos páginas de un libro. La Evolución doctrinal del P. A. (Santísimo Rosario, 1911).*
35. *Un censor y tres críticos (España y América, 1911).*
36. *D. Thomas et Bulla «Ineffabilis Deus» (Friburgi, 1918. Próxima a aparecer).*
37. *Comentarios latinos a la Suma (en la Jahrbuch fur Philosophie, de Comer).*
 Cuestión II de la primera parte.
 Cuestión XXVII de la tercera parte.
 «De Concordia Molinae.»
 «De diversis perfectionis gradibus in physica praemotione.»
 Quedan litografiadas las lecciones de su curso de *Suma* (8 vols.).

Más que el número de obras, es de notar el mérito de ellas, todas acabadas a gusto del autor, que no aceptaba compromisos sin el tiempo suficiente para salvarlos a su gusto. Así resultan también a gusto de los lectores, que rara vez podrán espigar donde él siegue. Si en esta revista no hubiesen salido varios trabajos suyos, con gusto estudiaríamos el carácter de los escritos de nuestro llorado maestro y colaborador.

FR. LUIS G. ALONSO GETINO.

CATEDRATICOS DE SAGRADA ESCRITURA

en la Universidad de Alcalá durante el siglo XVI

Con ser la Universidad de Alcalá desde su fundación una Academia eminentemente teológica, Cisneros no estableció en ella cátedra de Biblia. Son muchos los historiadores antiguos y modernos que han afirmado lo contrario, seducidos por el desaprensivo Quintanilla, que fué el primero o de los primeros que propalaron ese infundio (1). Pero ni unos ni otros merecen en esto perdón, porque dan a entender que para hablar de nuestra Universidad no han leído atentamente las Constituciones establecidas por el gran Cardenal ni tampoco la biografía de éste, escrita por Alvar Gómez de Castro, donde hubieran encontrado la fecha de la institución de la cátedra de Biblia. El diligente investigador

(1) He aquí las palabras textuales de este biógrafo de Cisneros. "Las cátedras que dexó y dotó para enseñamiento del estudio N. Arçobispo fueron quarenta y seis, divididas en esta forma: seis de Teología; seis de Cánones; quatro de Medicina; dos de Notomía y Cirugía; ocho cátedras de Artes; una de Filosofía Moral; otra de Matemática; catorze de lenguas y Retórica y Gramática. De los hombres insignes que truxo de todas las Universidades de Europa para que leyessen estas 46 cátedras trata Alvar Gómez y las Constituciones del siervo de Dios y nueva reformation de su Magestad, del título de cada una, las materias y doctrinas que se han de leer y de la renta de todas ellas. Sólo se nota que la primera cátedra y la que dexó por más principal el venerable Cardenal fué la de la Biblia (ansí la intitula) mandando que se lea testualmente, que oy llaman la cátedra de Escritura." *Archetypo de virtudes*, Palermo, 1653, págs. 179-80. En la enumeración de cátedras Quintanilla sigue al maestro E. de Robles (*Compendio de la vida y hazañas del Cardenal don fray Francisco Ximénez de Cisneros*, Toledo, 1604, pág. 133), con la particularidad de decir que fueron 46 esas cátedras fundadas por Cisneros, aunque, como ve el lector, el señalarlas por sus títulos le resultan solamente 42, las mismas que encontramos en Robles. La cátedra de Biblia, de que luego habla Quintanilla, es de suponer que la incluyese en una de las seis de Teología. En Robles no se encuentra esa referencia a la cátedra de Biblia; en cambio Fernández del Pulgar, que escribía veinte años después de Quintanilla, pone no una sino dos cátedras de Sagrada Escritura, fundadas por Cisneros. Pero todas estas aserciones son arbitrarias. Acerca del número de cátedras fundadas por Cisneros véase LA CIENCIA TOMISTA, t. XVII, pág. 55.

Antonio de la Torre y del Cerro ha señalado concretamente, hace algunos años (en 1910-1911), las cátedras que deben su fundación a Cisneros, y por eso es más de extrañar que un historiador tan académico como el padre Zacarías García Villada, S. J., repita en 1917 la leyenda quintanillesca, corregida y aumentada en lo que se refiere a la cátedra de Biblia, por Fernández del Pulgar (1).

Para proceder con orden, veamos, ante todo, qué disponen las Constituciones acerca de la enseñanza de la Sagrada Escritura en esta Universidad.

En la redacción de esas Constituciones, que lleva la fecha de 1510, como en la de 1517, cuyo contenido fundamental es obra del mismo Cisneros, nada se dice de la lectura de Biblia al señalar las regencias de Teología en la constitución XLIII. En el título o constitución XLV, que trata de los primeros ejercicios que han de hacer los que aspiran a los grados académicos, se manda que, terminados los cuatro cursos de Teología, comiencen por tener el acto de "tentativa", y siendo en él aprobados, pasen luego a explicar públicamente el texto del Maestro de las Sentencias durante un curso entero y lo que va de San Lucas (18 de octubre) a Pascua de Resurrección del año siguiente. La misma Constitución señala la clase de ejercicios con que, después de haber descansado unos dos meses, a contar desde Resurrección, habían de terminar este segundo curso. He aquí sus palabras:

"Elapsis quindecim dies post Pascha Pentecostes incipiat legere dictus baccalaureus de Biblia, et legat usque ad festum sancti Lucae Evangelistae duos libros, unum veteris, alium novi Testamenti, quos ipse ad libitum elegerit, quibus praemittet unum principium de laudibus Sacrarum Scripturarum et causis materiali et efficienti illius libri. Hoc principium erit sine praesidente et sine argumentis et sine expensis. Legent autem hos libros baccalaurei utiliter et publice."

Y esto es todo lo que el espléndido editor de la *Políglota complutense* estableció en su Universidad para la enseñanza de la Sagrada Escritura.

Aunque no deja de ser éste un defecto grave que se echó en cara a la Universidad de Alcalá, y, por tanto, a su fundador, el pecado tiene algún atenuante, consideradas las tendencias que imperaban en aquella época en materia de estudios bíblicos. El predominio de éstos en las escuelas hacia mediados del siglo XIII había ido en continuo descenso en las dos centurias siguientes, hasta quedar suplantado por el predominio de la teología escolástica. La legislación interna de la enseñanza de la Teología en las Universidades nos da a conocer las fases sucesivas de ese cambio, debido, como factor principal, a la exagerada especulación que la dialéctica nominalista de los maestros parisienses puso de moda.

(1) Cfr. *Razón y Fe*, t. XLIX (1917), pág. 185.

en el último período medieval (1). Sancionado el método en Filosofía, invadió muy pronto el campo teológico, obstruyendo el saludable manantial escriturario al extraviarse por la aplicación forzada del discurso en raciocinios quiméricos. La bibliolatría de la Reforma protestante, que tal vez pudiera parecer un pretexto arbitrario para independizarse de Roma, surgió y fué secundada principalmente por el elemento humanista, a título de reacción contra las logomaquias pedantescas de muchos escolásticos decadentes, mal avenidos con las nuevas formas introducidas en la Teología por el Renacimiento. Las frecuentes y a veces sangrientas reprensiones del autor de los *Locis theologicis* a los dialécticos de su tiempo, y no menos las cuerdas observaciones que hace Simón Abril a Felipe II acerca de los vicios de la Teología de entonces, revelan que aun en su apogeo existía latente en nuestras escuelas una buena dosis de fermento corruptor, que después, en el siglo XVII, salió a la superficie y esterilizó en gran parte la labor gigantesca de nuestros profesores y escritores teólogos (2).

La restauración de los estudios escriturarios al puesto de honor que por derecho propio les correspondía, se inició entre nosotros en pleno siglo XV, bajo el poderoso impulso que les imprimió el Tostado en la Universidad de Salamanca.

Después de un breve paréntesis, los maestros de la centuria siguiente, formados en un ambiente de ruda controversia con los protestantes y llevados en su mayoría por el espíritu amplio y netamente teológico que bebieron en Santo Tomás al cultivo más intenso de los estudios bíblicos, continuaron la tradición de la escuela salmantina, llegando a encarnar en figuras como Deza, Vitoria y Cano la verdadera ciencia sagrada en sus dos aspectos bíblico y teológico.

El movimiento de renovación no había llegado aún a su apogeo cuando Cisneros organizaba sus escuelas, y el ilustre purpurado, que trataba, ante todo, de restablecer la ciencia teológica a su antiguo esplendor, tuvo el desacierto de apadrinar tendencias tan perniciosas como el nominalismo, desatendiendo, en cambio, la enseñanza de la Biblia. Semejante desacierto no puede tener explicación satisfactoria atribuyéndolo a ser un achaque de la época, porque, precisamente por entonces, organizaba también el arzobispo Diego de Deza su Colegio de Santo Tomás en Sevilla, y como si de propósito hubiera querido llevar la contraria a Cisneros, prohibió que en él se enseñasen autores nominalistas,

(1) Cfr. LA CIENCIA TOMISTA, t. XIV (1916), págs. 190 y sigts.

(2) A mediados del siglo XVI el autor del *Crotalón de Christophoro de Gnophoso*, en su entrevista con Dios, burla burlando, hace un retrato a lo vivo de las extravagancias a que había llegado esta fiebre logística. Hablando del método de explicación de la Biblia, dice así: "Es venido el negocio a tal estado que ya se glosa y declara vuestra Escritura y ley según dos opiniones: nominal y real."

ordenando, en cambio, que “el principal estudio que en él se ha de tener es en la Sagrada Escritura”, según se leía en una inscripción que mandó poner sobre la puerta de la biblioteca del Colegio (1).

Los rivales de Cisneros y de la Universidad complutense, entre los cuales bien podemos suponer a los doctores salmantinos, no le perdonaron esta “mácula”, como decía el Claustro alcaláino, que tanto se prestaba para desacreditar su obra. Heridos por ello en su amor propio los colegiales de San Ildefonso, y mirando también por el buen nombre de su fundador, después de maduro examen, acordaron a principios del año de 1532 erigir la suspirada cátedra de Biblia, excusando al propio tiempo la omisión de Cisneros, “por quanto en su vida no pudo advertir ni en tan breve tiempo ocurrir a todas las cosas neçesarias en la Universitydad, ansy en letras como en hacienda” (2). La excusa no era muy acertada, puesto que, si pudo en 1517 instituir nuevas cátedras que no eran de estricta necesidad, debiera, ante todo, haber preferido ésta, que era la más urgente. Pero... algo habían de decir los colegiales, a fuer de agradecidos, en defensa de su fundador.

He aquí la escritura de erección, que tomamos del libro 4 f. fol. 278, del Archivo universitario:

En la villa de Alcalá de Henares en veynte días del mes d' enero de mill y quinientos y treynta y dos años dentro en el Colegio de Santo Alfonso, estando ayuntados los reverendos señores Rector e Consiliarios e Colegiales del dicho Colegio e Capilla por campana tañida segund que lo han de uso e de costumbre de se ayuntar para las cosas del servicio de Dios e tocantes al dicho Colegio. E estando en el dicho ayuntamiento los reverendos señores el doctor don Pedro Alexandre, Rector del dicho Colegio e Universitydad, el doctor Pedro de Ayllon y el maestro mosen Coteller y el maestro Beltran Peres, Consiliarios del dicho Colegio y el doctor Pedro de Bibas y el maestro Jerónimo Velasco y el maestro Hernán Ramírez y el maestro Juan Ruys d' Ovago y el bachiller Iñigo de Angulo y el maestro Martín Malo y el maestro Bonifacio y el maestro Francisco de Vera y el maestro Xristoval Peres y el maestro don Alonso Baçan y el maestro Luys Carro, todos Colegiales en el dicho Colegio: todos unánimes e conformes en un querer nèmeine discrepante dixerón que por quanto el Rmo. Cardenal de gloriosa memoria, fundador del dicho Colegio en su vida no pudo atver-

(1) D. I. de GÓNGORA: *Historia del Colegio Mayor de Santo Tomás de Sevilla*. Sevilla, 1890, t. 1, pág. 110. También en el Colegio de San Gregorio de Valladolid, había cátedra de Biblia según el estatuto 18 de los que poco después de esta época hizo el provincial Diego de Pineda (en 1525).

(2) También Alvar Gómez quiere disculpar a Cisneros y justificar la creación tardía de esta cátedra por la dificultad de encontrar quien la regentase con la debida preparación lingüística, diligencia en materia de exegesis, madurez de juicio e integridad de costumbres, añadiendo que durante los primeros años en la Universidad “satis occupationis habebatur in pugnis litterariis instituendis, in rudibus animis ad eas formandis in fundamentis studiorum iacendis ac exercitiis eorum versandis”.

tir, ni en tan breve tiempo ocurrir a todas las cosas neçesarias a la Universitydad ansy en letras como en hacienda, dexó a los Colegiales facultad y poder para lo poder remediar. Los quales consyderando quant neçesario es para esta Universitydad que principalmente es la theología que se estudie y sepa la Sagrada Escritura, que es el nuevo y viejo Testamento. E por quitar la mácula de que era notada la Universitydad porque creyan todos que no aviendo en este Estudio liçión de Blivia, que no podían saber la Sagrada Escritura. Por estas razones y otras muchas que les movieron para el aumento y honrra desta Universitydad criaron y ynstituyeron una cátedra de Blivia *ad perpetuam rey memoriam* para que después del que agora la ha de tener la provean los señores Colegiales a otro. Y al presente por la neçesidad que el Colegio tiene la doctaron de çient florines de salario y no más.

Y después de ansy averla erigido y criado dixeron que nonbraban y nonbraron por catredático della al reverendo padre fray Dionisyo, de la Orden de Sant Agostín, doctor en sancta theología, predicador de su Magestad del Emperador nuestro señor para que la pueda residir y leer cada día una liçión, la qual él aya de leer y lea a la ora que los reverendos señores Rector e Consiliarios vieren e determinaren, y que haya de residir y resida e la tenga por tienpo de quince años primeros siguientes, el qual lleve en cada un año de salario los dichos çient florines, los quales se le den y paguen como se dan y pagan los otros regentes catredáticos del dicho Colegio y que en las multas e absençias que hisiere sea multado conforme a las dichas cátedras del dicho Colegio. Testigos el señor capitan Antonio de Vera e Juan Guillen y Bartolomé de Ledesma, familiares del dicho Colegio.

E después de lo susodicho los dichos reverendos señores Rector e Consiliarios dixeron que por quanto el dicho revendo padre fray Dionysio es predicador de sus Magestades y tiene del Emperador nuestro señor por su cédula de poder estar absente de la Corte excepto las Quaresmas, que es obligado a ir a servir, los dichos reverendos señores Rector e Consiliarios, como personas que tienen facultad del Rmo. Cardenal, fundador del dicho Colegio, acordaron, determinaron y declararon que las Quaresmas en que el dicho reverendo padre fray Dionisyo es obligado a ir a la Corte a servir en su ofiçio no se le quenten en el tienpo de sus absencias sino que le hayan por presente. Y esto dispensan con el dicho padre fray Dionisyo y no con otra persona alguna que haya de residir en la dicha cátedra. (*Firmado y rubricado*) D. Alexander, Rector.—El doctor Aillon.—El maestro Beltrán, Consiliario.

Tal fué el origen auténtico de esta cátedra, y del que parecen haber prescindido los historiadores cisnerianos en su mayoría, advirtiéndolo que no es concebible cómo uno de ellos, Quintanilla, habiendo revisado a sus anchas el Archivo de la Universidad complutense y leído a Alvar Gómez, haya ignorado totalmente estos hechos.

La legislación subsiguiente a la fundación de esta cátedra no contiene interés particular para que nos ocupemos de ella. Sólo recordaremos que en la visita hecha en 1548 por el doctor Juan González de Pedraza

se manda que, conforme a lo dispuesto en la constitución XL, se tengan cada ocho o quince días, después de comer, conclusiones de Sagrada Escritura (leg. 18 de Varios). Pero es de advertir que la constitución XL no dispone precisamente eso, sino que se tengan conclusiones de Teología, y sólo por estar incorporada la cátedra de Biblia a la Facultad de Teología se hacía extensiva a ella, según interpretación auténtica, lo ordenado para las demás cátedras de Teología por el mismo Cisneros.

Durante el siglo XVI ocuparon esta cátedra eminentes personalidades, tan celebradas en vida como lo pudieron ser las de la escuela salmantina, si bien habiendo quedado inéditos la mayor parte de sus escritos, no alcanzaron la fama póstuma de que hoy disfrutan los maestros de la ciudad del Tormes. Y dada esa celebridad, bien merecida, que nuestros expositores complutenses lograron, tanto en la cátedra como con sus escritos, es injustificado el olvido en que yacen hoy, que impera la tendencia a revisar y aquilatar los valores y talentos que contribuyeron a hacer grande a la España del Siglo de Oro en todos los órdenes de la actividad humana. Que estas líneas sirvan para dar a conocer los principales rasgos de maestros tan eximios y la exuberante producción literaria —hoy en gran parte perdida— con que acrecentaron nuestro caudal bibliográfico.

El lector nos perdonará si en la narración de las lides de los opositores entre sí descendemos a veces a detalles nimios, pero que al mismo tiempo son muy interesantes para conocer la vida íntima de nuestras Universidades de antaño.

1.º Ya queda indicado cómo se otorgó esta cátedra a su primer regente el padre *Dionisio Vázquez*, elegido para ella, según expresión de Alvar Gómez, "post longam consultationem, divino numine rem suam curante". La toma de posesión tuvo lugar en la forma que se expresa en el acta siguiente:

En veynte y dos días del mes d' enero de mill y quinientos y treynta y dos años en presençia de los reverendos señores Rector e Consiliarios y otros muchos colegiales del dicho Colegio y otras muchas personas doctores y estudiantes desta Universitydad el reverendo padre fray Dionisyo, doctor en santa theología, predicador de Sus Magestades, en presençia de mí Pedro Gomez de Madrid, escrivano e notario público e escrivano del dicho Colegio tomó la posesyon de la sobredicha cátedra de Biblia, el qual entró en el abla de theología del dicho Colegio e subió en la cátedra e púlpito de la dicha abla y allí estovo leyendo en latín çiertas razones del Nuevo Testamento con los quales abtos dixo que tomaba e tomó la dicha posesyon de la dicha cátedra de Biblia. Testigos el doctor Diego de Naveros y el doctor Hernan Vasques, visitador del dicho Colegio y el bachiller don Juan Alascad, capellán del dicho Colegio y el bachiller Ayllon, sacristán del dicho Colegio e yo el dicho Pedro Gómez, escrivano. (Lib. 4 f, fol. 278.)

Era el padre Vázquez natural de Toledo, donde había ingresado en la Orden agustiniana, profesando el 5 de julio de 1500. Alvar Gómez, que debió conocerle de cerca, hace de él un singular elogio, inédito aún en su mayor parte, y que vamos a extractar aquí. Era, dice él, "ingenii prodigiosi vir, qui tunc in concionibus apud hispanos principatum tenebat". Sus sermones eran muy aplaudidos en la Corte, y por iniciativa personal del emperador Carlos V fué nombrado predicador palatino. En Roma mereció que Gil de Viterbo, general entonces de los Agustinos, se interesase por él ante el Pontífice León X, quien le honró también con el título de predicador pontificio.

Como orador sagrado tenía suma habilidad para sugestionar al auditorio, según dice Alvar Gómez por estas palabras: "Quoties ad ipsam perorationem veniebat, tanto dicendi ferebatur impetu, tam precipiti torrente decurrebat ut animos omnium vel nollente raperet et in quamcumque vellet partem flecteret adeo ut Ramirius de ipso dixerit, nullum aetate sua praeter unum Dionysium oratorem natum vidisse." (Folio 223 v. del impreso y 176 r. bis del manuscrito.)

A este dominio de la palabra se juntaba en él un conocimiento no vulgar de la teología escolástica, de los escritos de los Padres y de las lenguas bíblicas. La distinción con que le honró la Academia complutense le puso en condiciones de poder satisfacer uno de sus más ardientes deseos, que era difundir las doctrinas y aclarar los misterios encerrados en la Escritura. Era voz pública en la Universidad que desde que él entró en la cátedra habían comenzado a conocerse en Alcalá los estudios bíblicos, lisonja con que él se complacía grandemente, afirmando, "false quidem et acculeate", escribe Alvar Gómez, para no molestar a los cortesanos, que "in caesareo comitatu vestes quidem preciosas cerni, caeterum aures laceras et quacunq[ue] diffuentes. At in complutensi Academia vestes contra detritas et discissas, caeterum aures integras et sanas; nullibique meliorem aurium acervum se in toto orbe terrarum vidisse". (L. c., fol. 176 v. bis del manuscrito.)

En los últimos años de su vida le sobrevino una parálisis lingual, teniendo por ello que abandonar la cátedra. Retirado a su convento de Toledo, murió el 1.º de junio, día de la Santísima Trinidad, del año de 1539, próximo ya a los sesenta de edad. El escritor agustiniano Tomás Herrera afirma que, según testimonio constante de la tradición, no quiso aceptar el arzobispado de Méjico ni el obispado de Palencia, con que le brindaba el César (1).

De su producción bibliográfica sólo nos quedan noticias fragmentarias. Pérez Pastor cita de él un *Martirologio Romano, en castellano*.

(1) T. HERRERA: *Alphabetum augustinianum*, t. I. Madrid, 1644, pág. 196.

Madrid, 1587 (1). En el manuscrito citado de Alvar Gómez se lee también: "Quae super Ioannem interpretatus est magna studiosorum aviditate conquiruntur cum nihil adhuc earum in publicum prodierit, sed manuscriptis codicibus inter eos qui tunc audierunt velut praeciosus thesaurus asservatur. Pari etiam modo contiones aliquae circumferuntur, quae si adulterinae non sunt nec scriptorum imperitia vitatae, neminem in eis legendis collocasse tempus poenitebit." El padre Herrera afirma también que en su tiempo se conservaban varios Comentarios del padre Vázquez a los Libros Santos (2).

2.º En los libros universitarios no hemos encontrado el acta de posesión de la vacante que dejaba el padre Vázquez. Por el testimonio de Alvar Gómez sabemos que le sucedió en esta cátedra el doctor *Jorge de Naveros*, cuya erudición patristica, santidad de vida y amor al estudio, según afirma el mismo historiador cisneriano, que asistió durante un bienio a sus lecciones, le granjearon la estimación y respeto de cuantos frecuentaban las aulas complutenses. Aunque pocos, hemos podido reunir algunos datos para su biografía, que vamos a consignar aquí:

Fué natural de Tordesillas, diócesis de Palencia, e hijo de Juan de Palencia. En una declaración prestada en 1529 se hace constar que tenía un hermano, cuyo nombre no se consigna, ni hay tampoco probabilidad de que fuese su contemporáneo el doctor Santiago o Jacobo de Naveros, natural de Castro Nuño, que entró de colegial mayor en San Ildefonso el 7 de diciembre de 1521. Jorge de Naveros entró el 23 de junio de 1524, pero llevaba ya varios años de estancia en Alcalá, como se comprueba por los libros de actos y grados de esa época. Por noviembre de 1521 estaba ya graduado de bachiller en Artes y tenía terminados los cuatro cursos de Teología. A fines de ese mismo mes hizo el ejercicio de *tentativa*, bajo la presidencia del maestro Diego de Valladares, y continuó en diciembre y durante todo el año siguiente las lecturas que exigían las Constituciones para llegar a ser *bachiller formado* en Teología, título que obtuvo el 14 de agosto de 1525. (Libros 396 f y 397 f.)

El Colegio y la Facultad de Teología supieron apreciar sus relevantes dotes, y después de ser elegido colegial en 1524, le nombraron sustituto de la cátedra de Santo Tomás, y como tal suplió más de un bimestre al doctor Carrasco en 1525, y luego, otra vez, en mayo del año siguiente. (Libro 814 f, fols. 139 v. y 147 r.) Quizá por eso no pudo hacer en aquel curso los ejercicios de la licenciatura, como se le había se-

(1) C. PÉREZ PASTOR: *Bibliografía madrileña (siglo xvi)*. Madrid, 1891, pág. 142.

(2) L. c.—Entre los manuscritos del doctor Cantero, de que luego hablaremos, se menciona unos comentarios al Evangelio de San Juan, de Dionisio, que tal vez sean los mismos de que habla Alvar Gómez.

ñalado, coincidiendo precisamente el último de todos ellos, el llamado de *Alfonsina*, con su regencia de la cátedra de Santo Tomás, como sustituto de la misma en mayo de 1526. Así se explica que en los protocolos de las actas de ejercicios celebrados en 1527 y 1528 aparezca de nuevo Naveros (Jorge) haciendo sus lecturas de *quodlibeto*, *parva*, *magna* y *Alfonsina*, la cual tuvo lugar el 30 de octubre de 1528. De maestro en Artes se había graduado el 2 de junio de 1526, asistiendo al acto el obispo de Avila fray Francisco Ruiz. Tuvo fin para él y para sus compañeros de fatigas este penoso calvario de actos escolásticos el 18 de noviembre de 1528, en que se les concedió la absolución *a laboribus scholae theologiae*. El 22 de diciembre siguiente recibió Naveros el título de licenciado, y el 5 de enero de 1529, la “laurea doctoratus seu magisterii in sacratissima theologiae facultate. (Libros 396 f y 397 f.) Durante este curso de 1528-1529 regentó una cátedra de Física, teniendo por compañero al maestro Alfonso Galindo, y en ese mismo año de 1529 se presentaba a oposición a la capellanía mayor y arciprestazgo de Alcalá, junto con los doctores Cristóbal de Loaysa, Juan de Pedraza, Francisco de la Fuente, Pedro Gómez y Fernando Matatigui. (Sala de Universidades, legajo 21 de Varios.)

El libro de entradas de colegiales de San Ildefonso coincide con Alvar Gómez en asegurar que Naveros consiguió una canonjía en Palencia, lo cual, según nuestros cálculos, tuvo lugar después de la oposición hecha en Alcalá, pues, al no hallar mencionado su nombre en los libros universitarios, debe suponerse que se había ausentado de esta población.

De Palencia, a pesar de su edad, relativamente avanzada, partió para Lovaina, a fin de perfeccionarse en el estudio del griego, y habiendo regresado a su iglesia, acudió de nuevo a Alcalá, donde lo encontramos en noviembre de 1539 (libro 397 f, fol. 123 r.), logrando suceder por entonces, o poco después, al padre Vázquez en la cátedra de Biblia. En ella dió tales muestras de laboriosidad y de saber, que Francisco de Vergara, a la sazón catedrático de Griego en aquella Academia, concurría a su cátedra sólo por el interés que despertaban sus explicaciones. Su regencia debió durar, aproximadamente, un quadrienio, ignorándose si hizo o no nueva oposición.

El título de predicador real que ostentaba da fundamento para suponer que, no obstante su modestia, el buen nombre de su vida ejemplar llegó a oídos del César, el cual le nombró capellán de los ejércitos que peleaban en el sitio de Metz contra Enrique II, rey de Francia (1552), para que asistiese a los enfermos y heridos, “quod munus” —escribe Alvar Gómez— cum religiose et sanctissime Naverus obiret e vivis cum caeteris sublatus fuit”.

3.º El sucesor de Naveros en la cátedra de Biblia no fué el cister-

ciense Cipriano de Huerga, como afirma Alvar Gómez (l. c., fol. 224 r. del impreso), sino el trinitario *Juan Beltrán*. Es extraño que el diligente historiador complutense, habiendo frecuentado por entonces esta Universidad, pues había sido discípulo de Naveros, dejase escapar ese lapsus. Ni el manuscrito de su obra, notablemente corregido, que se conserva en la biblioteca de la Universidad Central, ni tampoco el ejemplar impreso, con adiciones manuscritas, de la Biblioteca de El Escorial, rectifican ese punto, y así, únicamente por la indicación sumaria del libro de actos y grados sabemos quién entró a regentar esta cátedra en 1546, o sea poco después de la fecha en que debió dejarla Naveros (1). He aquí el texto decisivo:

Die decima nona novembris anni supradicti [1546] a domino rectore et consiliariis fuit facta provisio cathedrae Sacrae Scripturae seu Bibliae domino doctori fratri Beltrano conformiter ad constitutiones et reformationem apostolicam, qui iuravit ut moris est et aprehendit possessionem etc., praesentibus ibidem bedelis Francisco de Castro et Michaelae Mexia et fratre Christoforo de Alderete et multis aliis fratribus ordinis sanctissime Trinitatis. (Lib. 398 f, fol. 21 v.)

La biografía del padre Juan Beltrán es de un interés particular, por las muchas noticias que nos puede suministrar acerca de las Universidades españolas en la época de su mayor florecimiento; pero, desgraciadamente, esa biografía está aún por hacer. Nosotros hemos podido recoger algunos datos, en parte inéditos, acerca de su actuación en cuatro de nuestras Universidades, de las siete por que pasó.

Los historiadores trinitarios que hemos consultado no dicen de dónde era natural. El padre Francisco de la Vega, repitiendo las palabras del maestro Arcos, dice: "No sé si fué natural de Toledo; pero es constante que fué hijo de aquel convento (2). Mas por el acta de su doctoramiento en la Universidad de Sigüenza, que tuvo lugar en abril de 1546, consta que era natural de Monzón, en la diócesis de Lérida (3). Allí mismo consta que para esa fecha estaba graduado de bachiller, licenciado y doctor en Teología por París. Sabemos, por otra parte, que regentó cátedras

(1) El padre Benigno FERNÁNDEZ, O. S. A., en su libro *Impresos de Alcalá en la biblioteca del Escorial*, Madrid, 1916, págs. 79-112, reproduce las adiciones del ejemplar escorialense.

Siendo incierta la fecha en que dejó Naveros esta cátedra, cabe la posibilidad de una regencia intermedia entre la suya y la del padre Beltrán; pero no encontrándose vestigios de ella, debemos estar a lo que consta expresamente en los libros universitarios.

(2) Padre Francisco de la VEGA y TORAYA: *Crónica de la Provincia de Castilla, León y Navarra del Orden de la Santísima Trinidad Redención de cautivos*. Segunda parte. Madrid, 1723, pág. 465.

(3) Archivo Histórico Nacional. Sala de Universidades. Sigüenza, libro 18 de la signatura antigua y 1251 f de la nueva (de Actos y Grados).

en las Universidades de Huesca, Lérida, Barcelona y Salamanca, donde le encontramos al frente de la de Hebreo en el curso de 1544-1545 (1). El citado Vega, siguiendo a Arcos y a lo que otros historiadores han escrito, afirma con aplomo que “fué gran teólogo y sabio en todas lenguas y ciencias, y por eso lo buscó el cardenal Cisneros para que leyera la cátedra de Escritura en la Universidad que fundó en Alcalá”. (1)

Sin tratar de precisar el tiempo que residió en Alcalá, sabemos positivamente que por diciembre de 1548 continuaba aún en esta Universidad. Algún tiempo después pasó a Valladolid, si hemos de creer a Vega cuando escribe: “Enseñó también en la Universidad de Valladolid, a instancias repetidas que le hizo la misma Universidad. Así lo hallo escrito en los papeles antiguos que junté para escribir esto, y asimismo que ejercía en la Universidad, con gran utilidad de sus oyentes, este oficio tan laborioso, como tal catedrático, año de 1550.” Esto nos induce a sospechar si sería él *el fraile de la Trinidad* a quien el doctor Juan Fernández Bodillo llevó una cátedra en la Universidad vallisoletana en 1549 (2); pero como falta el libro de Claustros de dicha Universidad correspondiente a esa fecha, no nos ha sido fácil comprobar la verdad de nuestra sospecha.

Desempeñó el padre Beltrán durante algún tiempo el cargo de Vicario general de su Orden y el de ministro del convento de Monzón. Carlos V le presentó para el obispado de Cartagena; pero él no lo quiso aceptar. Murió por los años de 1556 y fué enterrado en el convento de su Orden de Lérida. No sabemos que haya dejado ningún escrito.

4.º La vacante del padre Beltrán en Alcalá se proveyó el 14 de octubre de 1551 en el padre *Cipriano de Huerga*, el exégeta más eminente que pasó por esta Universidad y uno de los que en España cooperaron más eficazmente a despertar y encauzar la afición a los estudios escriturarios.

La fecha de esta primera provisión de la cátedra de Biblia en el padre Cipriano consta en el libro 398 f, fol. 141 r.

Al cumplirse el año de su regencia, poco satisfecho, al parecer, con

(1) E. ESPERABÉ Y ARTEAGA: *Historia de la Universidad de Salamanca*, t. II, página 315. De la estancia del padre Beltrán en la Universidad de Huesca habla R. del Arco en sus *Memorias de la Universidad de Huesca*, tomo I, Zaragoza, 1912, pág. 227. Debe rectificarse allí la afirmación del autor que dice haber sido éste “primer catedrático de Escritura en Alcalá”.

(2) “Juan Fernández Bodillo... hizose maestro en theologia año de 1549 a 3 de febrero y el mismo año llevó una cátedra a un fraile de la Trinidad.” *Annales del muy ynsigne Collegio de Sancta Cruz de Valladolid*. Manuscrito que se conserva en la biblioteca de este antiguo colegio, fol. 52 r. La cátedra de Biblia era de creación reciente en esta Universidad. Su erección se acordó en el Claustro celebrado el 4 de octubre de 1541. Cfr. “Libro primero de Claustros que da principio en 13 de abril de 1529 y acaba en 4 de septiembre de 1546” en el Archivo del citado Colegio de Santa Cruz de Valladolid, fol. 86 vto.

el salario asignado a esta cátedra, la quiso dejar; pero habiendo recurrido el Colegio al Emperador para que permitiese un aumento de sueldo, obtuvo la real provisión que sigue:

Don Carlos por la divina clemencia emperador semper augusto... Por quanto por parte de vos el Colegio e Universidad de la villa de Alcalá de Henares nos a seydo íecha relación que fray Çebrián, maestro en santa teología tiene la cátedra de Biblia desa dicha Universidad y la lee y sirbe sin thener señalado salario competente según a otros sus predeçesores se ha dado por estar proybido por una reformation que no se pueda dar más salario de çient florines por año al letor de la Sagrada Escritura; e que a causa que con lo susodicho no se puede sustentar, se quiere yr y dexar la dicha cátedra, en lo qual si ansy pasase rescibiriades agravio y daño por ser como el dicho fray Çebrián es persona muy docta y se sigue muy gran beneçio de su letura, suplicándonos vos diésemos liçençia y facultad... fué acordado [por nuestro Consejo] que debíamos mandar dar esta nuestra carta para vos en la dicha razón y nos tobimoslo por bien por la qual vos damos liçençia y facultad para que podays señalar y dar de salario al dicho fray Çebrián dozientos ducados en cada un año de los que leyere y sirbiere la dicha cátedra... Dada en la villa de Madrid a quatro días del mes de noviembre de mill e quinientos e çinquenta y dos años. (Libro 7 f, fol. 157.)

Esta real provisión se leyó en la capilla celebrada el 5 de noviembre, y fué aceptada en todas sus partes, quedando, sin embargo, la duda de si en virtud de ella se le debía dar ese plus de asignación por el año que había ya vencido o solamente en los sucesivos. Hecha nueva consulta para ello al Consejo, decidió éste que se sometiese el negocio al dictamen de letrados, como se hizo en la capilla de 14 de noviembre. Uno de los nombrados para que emitiesen parecer fué el doctor Delgado, quien dictaminó que, en virtud de que anteriormente al doctor Naveros se le habían dado los 200 ducados, y al padre Cipriano, al tiempo que obtuvo la cátedra, "se le situó determinado partido y se le prometió de asignarle y darle lo que su Magestad señalase", y atendiendo a "la suficiencia que el dicho señor maestro tiene y el provecho que resulta de su lectura a esta Universidad", se le diesen también los 200 ducados por el año de regencia que había terminado. De igual parecer fué el doctor Saavedra, añadiendo a su dictamen estas palabras: "Y aun digo que, atenta la eminencia del Padre Maestro y la notoriedad della, que yo, sin que viniera la provisión, le librara sin escrúpulo ninguno y sin que se hiziera desacato a todo lo mandado, y esto creo ser así de justiçia y conciencia." (Ibid.)

El 19 de noviembre de 1555 obtuvo por segunda vez la misma cátedra, siendo, como en la primera, opositor único. (Libro 398 f, fol. 220 r.)

En cambio, para el siguiente cuadrienio, que comenzaba en diciembre de 1559, se presentaron a competir con él los doctores Casas y Lo-

renzo de Santiago. El padre Cipriano había nombrado procurador suyo para esta oposición al doctor Juan Méndez, colegial mayor, el cual hizo constar el 22 de dicho mes, ante el Rector y Consiliarios, que su representado estaba enfermo, como podría testificarlo el doctor San Pedro, decano de la Facultad de Medicina, que asistía al Padre Cipriano, el cual, en efecto, depuso con juramento cómo dicho padre estaba enfermo y "no puede leer de oposición sin grave detrimento de salud y vida, y esto sabe este testigo porque le cura y visita al presente como su médico y le ha visitado esta mañana". (Leg. 31, núm. 8.) El mismo día enviaron al Secretario de la Universidad para que tomase juramento al padre Cipriano, y "yo, Alonso de la Serna, rescibí juramento en forma del dicho padre doctor Cipriano, el qual juró por las órdenes que rescibió, puesta la mano en el pecho, por Dios e por las sacras órdenes que rescibió, que está enfermo, e no solamente no está para leer, pero aun comer no puede ni tiene fuerzas, y firmólo de su nombre". (Ibid.)

El 2 de enero siguiente presentó Casas un requerimiento, pidiendo que se declarase inhábiles a los otros dos coopositores; pero no se hizo caso de su petición. Aquel mismo día tomó puntos el doctor Santiago para tener el ejercicio de oposición, y lo mismo hizo Casas el día 3. Terminadas sus lecturas el día 4, cuando se supo que el padre Cipriano iba a tomar puntos, enviaron ambos, cada uno por separado, un memorial al Rector, alegando que lo que se pretendía hacer, con cualquier pretexto que fuese, "es contra la preeminencia de los [opositores] más antiguos", que, efectivamente, tenían derecho a ser los últimos en hacer el ejercicio de oposición, y que con ello "se abría puerta perniciosísima en la Universidad". El Rector se limitó a reiterar la información de si el martes, 2 de enero, cuando se le requirió para que se presentase a tomar puntos, estaba o no enfermo el padre Cipriano, y cerciorándose de que, efectivamente, estaba enfermo, no puso obstáculo a que se procediese adelante. En virtud de lo cual, el mismo día 4 compareció dicho Padre ante el Rector y Consiliarios, diciendo que "al presente ha sido Dios servido de darle salud", y pedía que se le señalasen puntos para la oposición. Le tocaron en suerte *Job*, *ad Romanos*, y *Daniel*. Escogió para su ejercicio a *Job*, capítulo V. El día siguiente, 5, después de la lectura, se procedió a admitir votos, y el 6 se hizo el escrutinio, en el que obtuvo el padre Cipriano 68 votos; Casas, nueve, y Santiago, ninguno. El padre Cipriano tomó posesión aquel mismo día, regentando la cátedra un mes escaso, porque a primeros de febrero le sobrevino la muerte.

En su sepulcro se grabó el siguiente epitafio:

CYPRIANUS

HISPANIAE MUSA ET PHOENIX

*Maximus ille brevi Cyprianus conditur urna,
 Ille humili excelsus clauditur hospes humo.
 Iudicium, labor, ars, facunda peritia rerum,
 Una adiere virum, quocum obiere simul.
 Obiit anno MDLX.*

En un manuscrito de la Biblioteca Nacional (núm. 4.270), titulado *Farrago poematum, orationum et descriptionum aliarumque variarum rerum*.—Granatae, anno Domini 1590, pág. 271, se lee también este otro:

EPITAPHIUM CYPRIANI COMPLUTENSIS

*Sacrarum si quid rerum te forte latebat
 In libro Vitae nunc, Cypriane, legis.*

Si los elogios que le dedicaron sus contemporáneos no son exagerados, debe reconocerse que su persona era por entonces una de las que más descollaban en esta Universidad, y, desde luego, la de mayor competencia en materias bíblicas. Era natural de la diócesis de Astorga, según consta en el expediente de su doctorado en Teología por la Universidad de Sigüenza. (Archivo Histórico Nacional, lib. 1.251 f.) Concretando más, puede suponerse que el apellido lo tomó de su pueblo natal; pero habiendo dos poblaciones que llevan el nombre de Huerga en la diócesis de Astorga, para fijar de cuál de las dos le tomó, a falta de testimonios más seguros, debe recurrirse a las tradiciones locales.

Según Visch (1), había ingresado en la Orden cisterciense, en el convento de Nuez, de donde vino a Alcalá para regentar la cátedra de Sagrada Escritura en el Colegio de su religión.

De su amplia erudición, talento singular y habilidad para la enseñanza, hablan con grandes encomios Alfonso García Matamoros, en una obra publicada en vida del mismo padre Cipriano (2), y Alvar Gómez de Castro, en la biografía de Cisneros. Ambos conocieron personalmente a nuestro exégeta, y aunque pudiera tacharse de exagerada su apreciación, lo que entre retóricos, como eran ellos, suele darse a veces, no es concebible que adulterasen los hechos, con peligro de que se lo echasen en cara los lectores sus contemporáneos, que los habían presenciado. Matamoros dice expresamente que se decide a hacer el elogio de Huerga

(1) C. DE VISCH, S. D. C.: *Bibliotheca scriptorum Sacri Ordinis Cisterciensium*. Segunda edición, Colonia, 1656 págs. 73-76.

(2) Alfonsi Garsiae Matamori hispalensis et primarii rhetoris Complutensis: *De asserenda hispanorum eruditione sive de viris Hispaniae doctis narratio apologetica*, Alcalá, 1553, págs. 52-54.

para contrarrestar las recriminaciones injustas que de una manera velada propalaban algunos contra el insigne Cisterciense.

Poseía éste un conocimiento no vulgar de las lenguas latina, griega, hebrea y caldea, y estaba muy versado en los escritores clásicos. Y como, por otra parte, contaba con un ingenio privilegiado y una facilidad de palabra asombrosa, sus disertaciones alquiritan un marcado carácter oratorio que tenía suma aceptación entre los escolares complutenses (1). Y que era así lo comprueba el resultado de la votación última, cuando, por razón de sus muchos achaques, no podían abrigar los estudiantes grandes esperanzas de continuar oyendo sus luminosas explicaciones. Tiene, pues, buen justificante en estos hechos aquella expresiva sentencia con que Matamoros termina el elogio de varón tan eximio, cuando dice: *Tantum virum datum fuisse divinitus Academiae complutensi ut hoc insigni praeceptore discant posthac nostri hispani vere et eleganter sacras litteras interpretari.*

La inmensa producción literaria del padre Cipriano ha quedado, en su mayor parte, inédita. C. Visch, en su *Bibliotheca scriptorum sacri Ordinis cisterciensis*, ha procurado catalogar esos escritos, y de allí tomamos la siguiente lista de obras del padre Cipriano:

Commentaria in Cantica Canticorum. Alcalá, 1582, en folio.

Commentaria in Iob. Ibid., fol.

De Opificio mundi, libri 3.

In Isaia prophetam, lib. 4.

Commentaria in Threnos Ieremiae.

In Nahum prophetam. [Lyon, 1562.]

In psalmum De profundis. [Alcalá, 1555.]

In Evangelium S. Matthaei, lib. 1.

In Evangelium S. Ioannis, lib. 1.

In Epistolam S. Pauli ad Ephesios, lib. 1.

(1) Alvar Gómez corrobora esta aserción de Matamoros acentuando el esmero con que el padre Cipriano pronunciaba sus elocuciones. Por ser inédito reproduciremos aquí el final del elogio que el historiador cisneriano dedica a esta lumbrera de aquella Universidad. Después de recordar el acuerdo unánime con que fué elevado a la regencia de la cátedra de Biblia, continúa así: "In qua tandem [cathedra] approbationem et applausum adipiscitur, ut unum aliquem de Academia invenisse existimaret, qui parem cum ipsa celebritatem retineret. Tantum vis habet ad vulgi animos delinendos elocutionis cura, aptaque rerum dicendorum distributio. Nam, ut audiui, nulla in re magis Cyprianus laborabat, quam in oratione sua omnibus numeris et modis componenda, hiulcis vocalium hiatibus vitandis, concursibusque duris litterarum fugiendis, quibus auditores delicati abalienantur. Accedebant ad eam curam vox sonora, et vultus hilaritas, ac pene quidam roscianus gestus, quibus illum natura singulariter dotaverat: unde ingens concursus ad eum fiebat, quo ille imprimis exultabat et incitabatur; adeo ut praetereuntium procerum relatu, regi tandem Philippo notus, honoris gradus facturus crederetur, nisi mortis invidia in medio aetatis suae cursu, cum iudicium maturius est, interceptus fuisset." (*De rebus gentis...*, fol. 177 del manuscrito.)

In Epistolam ad Haebreos, lib. 1.

In Apocalypsim S. Ioannis, lib. 1.

Isagoge in totam Sacram Scripturam.

In librum Psalmorum isagoge quinque longissimis tractatibus contenta.

In priores 8 psalmos, et in psalmum 22, et in psalmos 44 et 45 cum triplici textus translatione iuxta veritatem hebraicam.

In psalmum 7 commentaria.

In psalmum 38 commentaria. [Alcalá, 1555.]

In psalmum 67 meditationes.

In psalmum 109 commentaria.

Commentaria in secundam epistolam divi Pauli ad Timotheum.

De ratione musicae et instrumentorum usu apud veteres hebraeos.

El mencionado bibliógrafo cisterciense dice que tiene noticia de otros manuscritos del padre Cipriano, que no han podido ser hallados, como, por ejemplo, el tratado *De Symbolis mosaicis*, ab ipso autore summis laboribus, summoque ingenio laboratum.

FR. V. BELTRÁN DE HEREDIA.

(Continuará.)

La filosofía del Derecho penal en la «Suma» del maestro fray Pedro de Ledesma, O. P.

(Continuación.)

Asuntos especiales.—Son éstos cuatro: tiranicidio, justicia secreta, condenación del inocente aparentemente culpable y venta de los oficios de Justicia.

El primero se plantea de dos maneras, según que el tirano lo sea de hecho o de derecho. Se entiende lo primero cuando el que posee la legítima autoridad abusa de ella en provecho propio, y lo segundo cuando alguno se apodera del mando por la fuerza. Al tirano de hecho no es lícito a ningún particular matarle, lo que sí lo es con respecto del segundo, y sólo en caso muy apurado y previa sentencia pronunciada por la autoridad competente podrá atentarse contra la vida del primero (1).

La justicia secreta, que digan lo que quieran Balmes y los que a él copian, hizo fortuna en el reinado de Felipe II, como lo prueba el asesinato de Escobedo, encuentra un severo reglamentador en Ledesma, que, a pesar de todas las razones en contra de Domingo Soto, hace suyas las opiniones del confesor del Rey Prudente fray Diego de Chaves. Para que sea lícito matar al reo, precisa que el delito sea público o se prue-

(1) "el Tyrano puede ser de dos maneras. La primera es del dominio y señorío: porque por fuerza y contra justicia se hizo Rey de la República. La segunda manera de tyrano es en el gouierno y es quando es legitimo principe pero todas las cosas conuierte en su propio cómodo y utilidad." (Pág. 456, col. 1.^a, líns. 12-50.) "A qualquiera persona es lícito matar al Tyrano de la primera manera... Al Tyrano de la segunda manera no es lícito matarle qualquiera persona en particular." (Pág. 456, col. 2.^a, líns. 11-13.) "qué remedio tendrá la República contra el Príncipe Tyrano en el gouierno. A esto se responde que la República puede acudir al Príncipe superior qual es el Papa o el Emperador. Y si este remedio no fuere tan fácil puede la República juntarse y dar sentencia contra el Príncipe Tyrano y despojarle del Reyno o de la vida, si fuere necesario. Porque el Rey se ordena y cria para el bien de la comunidad y no al contrario: luego en caso de extrema necesidad la República le puede juzgar y castigar, si no se sigue otro mayor daño en la religión cristiana." (Pág. 456, col. 2.^a, líns. 44-51; 457, col. 1.^a, líns. 1-8.)

be (1), se substancie la causa ante el Príncipe o sus delegados, poniendo un patrono que haga de defensor, y, por fin, que la República pudiera sufrir grave daño de proceder de otra manera (2). Todo lo que sea hacer algo distinto de lo que estas condiciones exigen, es cometer un crimen (3), del que no quedan excusados los que materialmente lo ejecutan (4).

Cuestión discutida en las escuelas largamente fué la de si era lícito al juez condenar al que, resultando jurídicamente culpable y constándole de su inocencia, le es imposible probar ésta. Alfonso de Castro, siguiendo la opinión de San Buenaventura, sostenía la negativa, al par que Domingo Soto, inspirándose en Santo Tomás, propugnaba la afirmativa. Ledesma se inclina de este lado y sostiene que el juez en este caso, después de hacer todo lo posible por salvar al inocente, debe dar la sentencia según lo alegado y probado, opinión que razona diciendo que el magistrado es persona pública y, por consiguiente, debe juzgar con arreglo a la ciencia pública y no a la suya privada, no estando obligado, como sostuvieron algunos, a renunciar al oficio antes que dar una sentencia semejante (5).

La venta de oficios, aunque muy restringida, cuenta a Ledesma entre sus partidarios (6).

* * *

(1) "Si el delito es público sin citación y testigos puede ser el reo condenado y castigado." (Pág. 452, col. 2.^a, líns. 31-33.) "Si el delito es del todo improbable no puede el supremo Juez condenar a muerte al delincente no se defendiendo." (Pág. 457, col. 2.^a, líns. 15-18.) "Quando el Juez manda matar a uno por saber que cometió el pecado el qual con testigos no puede averiguar... en tal caso el Juez peca mortalmente pecado de homicidio." (Pág. 459, col. 2.^a, líns. 29-45.)

(2) "por el bien público se podría dexar el processo judicial quanto a la citación personal, siendo Juez supremo. Pero en tal caso esta causa se debe tratar delante del supremo juez con grandísima diligencia, dándole un procurador y patrono al reo el qual le defiende con diligencia." (Pág. 514, col. 2.^a, líns. 46-50 y pág. 511, col. 1.^a, líns. 1-3.)

(3) "Son homicidas los Reyes y Príncipes y sus ministros que matan con veneno o con otro género de muerte los delinquentes sin ser oydos." (Pág. 457, col. 2.^a, líns. 4-9.)

(4) "los ministros del Rey que matan los tales [condenados sin juicio] por mandado del Rey pecan mortalmente." (Pág. 514, col. 2.^a, líns. 18-20.)

(5) "Lícito es que el Juez dé sentencia contra la verdad que ciertamente sabe, constándole legitimamente y jurídicamente lo contrario" (pág. 502, col. 2.^a, líns. 13-17); "porque el Juez ha de juzgar según lo alegado y probado: luego lícito es juzgar según lo alegado y probado contra la verdad que él sabe como persona particular..., porque el Juez es persona pública y juzga con pública autoridad: luego necesaria cosa es que sentencie conforme a la ciencia pública." (Pág. 502, col. 2.^a, líns. 30-39.) "el Juez en tal caso ha de hacer todas sus diligencias en quanto fuere posible guardando su oficio, para librar al inocente; pero no está obligado a renunciar el oficio ni puede dexar de condenar al tal delincente, si en realidad de verdad se lo prueban no teniendo otro medio." (Pág. 502, col. 2.^a, líns. 44-50.)

(6) "El vender estos ofizios seglares mirado en el ayre y de su naturaleza y prescindiendo de algunos accidentes y circunstancias, no es malo" (pág. 279, col. 2.^a, líns. 40-44); "el vender estos ofizios en el ejercicio y en la práctica, regular y comúnmente es malo." (Pág. 280, col. 1.^a, líns. 16-18.) Parecerá excusado, pero no

La erudición de fray Pedro de Ledesma en la *Suma moral* es grande en cuanto al número y calidad de los autores de que se muestra conecedor. A los jurisprudencistas antiguos, que parecen clásicos en esta clase de obras, y al Angélico Doctor, cuya doctrina anima las páginas de esta obra, agréganse, en lo tocante a la filosofía del Derecho penal, numerosos teólogos y juristas modernos, particularmente españoles; más de cuarenta nombres figuran en mis notas; pero como algunos de ellos, v. gr., Biel, Lambertini y Felino, son citados a bulto y refiriéndose a doctrinas en las que para nada han influido en las opiniones de Ledesma, y otros, como Orellana, Prepósito, etc., sólo rarísima vez, y como de pasada, se nombran, para no alargar inútilmente este trabajo los omito en la bibliografía que de la materia que estudio he podido formar. Las fuentes de la *Suma moral* son las siguientes:

- Adriano VI. *In quartum sententiarum*.
 Alcozer Francisco, O. F. M. *Confesionario breve*. Salamanca, 1572.
 Alés (Alejandro de), O. F. M. *Summa Theologica*.
 Antonino (San), O. P. *Summula confessionis*.
 Aragón (Pedro de), O. S. A. *In secundam secundæ divi Thomæ, de Justitia et de Jure*. Venecia, 1595.
 Bañez (Domingo), O. P. *De Justitia et de Jure*. Salamanca, 1594.
 Bañez (Domingo), O. P. *In primam et secundam partem Divi Thomæ*. Lyon, 1598.
 Castro (Alfonso de), O. F. M. *De potestate legis pœnalis*. Salamanca, 1550.
 Castro Alfonso de), O. F. M. *Adversus omnes hæreses*. París, 1534.
 Castro (Alfonso de), O. F. M. *De justa hæreticorum punitione*. Salamanca, 1547.
 Cayetano (Cardenal Tomás de Vio), O. P. *Commentaria in universam Summam Divi Thomæ*. Lyon, 1540-1541.
 Cayetano (Cardenal Tomás de Vio), O. P. *Summa casuum*.
 Córdoba (Antonio de), O. F. M. *Tratado de casos de conciencia*. Zaragoza, 1561.
 Covarrubias (Diego de). *Opera omnia*. Amberes, 1638.
 Durando de Saint Pourçain, O. P. *In quatuor libros sententiarum*.
 Gallo (Juan), O. P. *Lecturam super quartum sententiarum*. Manuscrita.
 Henríquez (Enrique), S. J. *Summa Theologiæ Moralis*. Salamanca, 1591.
 Hostiense (Cardenal Enrique de Segusia). *Summa Aurea*.
 Ledesma (Martín de), O. P. *In quartum librum Magistri Sententiarum*.
 López (Luis), O. P. *Instructorium conscienciæ*. Salamanca, 1592-1594.
 López (Luis), O. P. *Tractatus de contractibus*. Salamanca, 1592.
 Medina (Bartolomé de), O. P. *In primam secundæ divi Thomæ*. Salamanca, 1582.
 Medina (Bartolomé de), O. P. *Expositionem in tertiam partem divi Thomæ usque ad questionem LX complectentem tertium librum sententiarum*. Salamanca, 1596.
 Medina (Juan de), *De restitutione et contractibus tractatus*. Salamanca, 1550.
 Medina (Juan de), *In titulum de pœnitentia, ejusque partibus commentarius*. Salamanca, 1550.
 Molina (Luis), S. J. *De iustitia et de iure*.
 Navarro (Doctor Martín de Azpilcueta). *Commentarium in ius canonicum*.
 Navarro (Fray Pedro), O. P.

quiero dejar de hacer notar, que Ledesma admite el tormento como medio de prueba en el procedimiento criminal. Cosa muy natural para un pensador de su época. Así, entre otras cosas dice: "es lícito al Juez dar tormento al testigo y al reo quando no quieren dezir la verdad." (Pág. 554, col. 2.ª, lins. 27-29.)

Panormitanus (Nicolás de Tedeschi), O. S. B. *Commentarium in libros decretalium*.

Palude (Pedro de), O. P. *Commentarium in quatuor libros sententiarum*.

Peña (Juan de la), O. P. *Super quatuor partes Sancti Thomæ commentaria*. Inédita.

Rodríguez (Manuel), O. F. M. *Suma de casos de conciencia*. Salamanca, 1604.

Salzedo (Ignacio López de), *Præsum criminalem canonicam*. Alcalá. Según Nicolás Antonio. *Biblioteca Nova*, vol. I, pág. 624, col. 1.^a, la publicación de esta obra es anterior a 1614.

Silvestre de Prieras. *Summa Silvestrina*.

Soto (Domingo), O. P. *De Justitia et de Jure*. Salamanca, 1556.

Soto (Domingo), O. P. *In quartum librum sententiarum*. Salamanca, 1557.

Soto (Domingo), O. P. *In quatuor libros sententiarum*.

Tomas de Aquino (Santo). *Opera omnia*.

Vitoria (Francisco de), O. P. *Theologicæ relectiones*. Lyon, 1557.

Vitoria (Francisco de), O. P. *Summa Sacramentorum Ecclesiæ*. Valladolid, 1561.

Vitoria (Francisco de), O. P. *Comentarios a la Suma de Sto. Tomás*. Manuscritos en Salamanca y Roma.

Estas indicaciones están tomadas de las citas puramente nominales que de estos autores hace Ledesma, completadas según mis conocimientos bibliográficos.

* * *

Suele olvidarse con frecuencia, cuando de nuestros príncipes juristas se trata, que, como todos los grandes hombres, son hijos de su época, nutridos con el alimento de sus tradiciones y apoyados en las que les precedieron. Aquella gráfica imagen con que el padre Didón hacía ver la obra del genio comparándola a una pirámide cuya base eran las vulgaridades, el cuerpo los talentos y la cúspide el genio, no se tiene presente para condicionar los elogios cuando hay que ocuparse de Vitoria, de Soto o de Suárez, entre otros. Y, sin embargo, si atentamente y con desapasionamiento se analizan detenidamente sus escritos, desaparecen y obscurécense los nimbos de luz que circuían a sus autores, porque todos ellos vienen a ser no más que estrellas magníficas de un sistema, que reciben impulso, calor y vida de un sol en torno del cual giran, toda vez que lo que en realidad constituye su verdadero mérito es el haber sabido adaptar a las circunstancias nuevas los principios ya viejos del Doctor Angélico, desarrollando con singular maestría las eternas virtualidades que en ellos se contienen. Y estas ideas, que nunca será cansado repetir, van a recibir nueva demostración y al mismo tiempo han facilitado el conocimiento de ellas con la indicación de las fuentes inmediatas de las opiniones penales de fray Pedro de Ledesma.

Las estudiaré con el mismo orden y bajo los mismos epígrafes con que fueron expuestas.

Ley penal.—La noción de ley penal que Ledesma expone es tributaria del pensamiento de Santo Tomás, expuesto en el artículo 5.º de la cuestión XLVIII de la *Summa Theologica* (1). Lo mismo sucede con

(1) "de ratione pœnæ est quod noceat agenti in seipso." (*Sum Theol.*, 1.^a, quæst. XLVIII, a. 5.º ad tertium).

las condiciones que ha de reunir la ley para que se la deba obedecer (1); pero en lo referente a la actitud que se ha de tomar con respecto a las leyes tiránicas de derecho, separándose del Angélico Doctor, se inclina del lado de Domingo Soto y hace tributario su pensamiento del de éste (2). La mutabilidad de las leyes, tan admirablemente expuesta por el Sol de Aquino, no podía menos de ganar el asentimiento de teólogo tan avisado como éste (3). Lo mismo ocurre con lo referente al ámbito del Derecho penal (4); mas viniendo después una cuestión omitida por Santo Tomás, pero tratada por los grandes maestros tomistas, la de que si la pena obliga en conciencia a su cumplimiento antes de la sentencia del juez, Ledesma, abandonando la opinión negativa gallardamente sostenida por Domingo Soto, a quien refuta con brío, sigue la afirmativa defendida por el panormitano, escudándose en que modernos tomistas así lo hacen (5). El derecho de gracia, ampliamente discutido y reglamentado por Domingo Soto, al que sigue Ledesma también, arranca de una observación de Santo Tomás expuesta en la 2.^a 2.^a de la *Summa* (6) Mas enseñan los profesores salmantinos sobre el Angélico Doctor que en el caso de utilidad de la nación puede prescindirse, para uso del derecho de gracia, del perdón del ofendido (7).

La doctrina acerca de la naturaleza y condiciones de la pena, que como materia más especulativa sólo de pasada e incompletamente ha tratado Ledesma, encuéntrase toda ella en la *Summa Theologica*, como elementos que son de la magnífica síntesis jurídica de Santo Tomás, las ideas que la integran; lo mismo ha de decirse sobre la proporcionalidad

(1) Cfr. *Summa Theológica*, 1.^a 2.^a, quæst. XCV, arts. 3.^o y 4.^o: "punire non pertinet nisi ad ministrum legis, cuius auctoritate pœna infertur." (1.^a 2.^a, quæst. XCII, art. 2.^o ad 3.^m)

(2) "lex tyrannica cum non sit secundum rationem non est simpliciter lex sed magis est quedam perversitas legis" (1.^a 2.^a, quæst. XCII, art. 1.^o ad 4.^m); "aliud autem est tyranicum quod est omnino conceptum: unde ex hoc non sumitur aliqua lex" *Sum. Theol.*, 1.^a 2.^a, quæst. XCV, art. 4.^o Domingo Soto, *De Justitia et de Jure* "in his quæ præ se non ferunt manifestariam tyrannidem, resistere patentibus non est citra scandalum possibilem et ideo ferendi interim sunt quousque leniori via in mentem saniozem adducantur." (L. 1.^o, quæst. VI, art. 4.^o, pág. 44.) Ledesma se ha inspirado también en Vitoria, *De potestate civili*.

(3) Cfr. *Summa Theol.*, 1.^a 2.^a, quæst. XCVII, arts. 1-4. "lex recte mutari potest propter mutationem conditionum hominum, quibus secundum diversas eorum condiciones diversa expediunt." (Ibid., art. 1.^o)

(4) "Dupliciter ergo aliquis homo potest esse legi subjectus: uno modo sicut regulatum regulæ: et hoc modo omnes illi qui subduntur potestati subduntur legi quam fert potestas." (*Sum. Theol.*, 1.^a 2.^a, quæst. XCVI, art. 5.^o passim.)

(5) "Lex pœnalis ob id quod dicat ipso facto, vel ipso jure aut quid simile non obligat ad pœnam ante sententiam a iudice latam." (*De Justitia et de Jure*, l. 1.^o, quæst. 6.^a, art. 6.^o, pág. 53.)

(6) "princeps qui habet plenariam potestatem in republica, si ille qui passus est injuriam velit eam remittere, poterit reum licite absolvere, si hoc publicæ utilitati viderit non esse nocivum." (2.^a 2.^a, quæst. LXVII, art. 4.^o Domingo Soto, *De Justitia et de Jure*, l. 5.^o, quæst. 4.^a, art. 4.^o)

(7) Para que se vea la influencia ejercida en algunos casos por Domingo Soto sobre Ledesma, pondré a dos columnas el texto del tratado *De Justitia et de Jure* y

que debe existir entre el delito y la pena que lo castiga, las clases de castigos que se pueden imponer, la obligación en conciencia de cumplir la pena después del juicio, el fin de la pena y todos los otros puntos que se encuentran en la *Suma moral* (1).

Personas que intervienen en el procedimiento criminal.—Lo mismo que en las materias contenidas en párrafo anterior, es Ledesma fiel discípulo y secuaz del Doctor Angélico en éstas de que se va a tratar; las cuestiones de la 2.^a, 2.^a, referentes a la injusticia del juez, del acusador, del reo, del abogado y del testigo son las fuentes en que primeramente ha bebido y las que le han dado como el esqueleto de esta parte de su *Suma moral*. La división de los jueces en inferiores y supremo, las facultades de interpretar la ley, dulcificarla y aun en casos necesarios desobedecerla concedida a entrambos, los poderes discrecionales que deben concederse a estos funcionarios y las obligaciones de juzgar tan sólo a los propios súbditos, de conformarse en las sentencias al texto de las leyes, de respetar los castigos que el legislador impone y de no ser aceptador de personas ni venal, encuéntranse harto claras en las páginas de la *Summa* para que sea necesario ir a buscar sus fuentes en otra parte (2).

el correspondiente de la *Suma moral* sobre esta adición a lo sostenido por Santo Tomás:

TEXTO DEL MAESTRO DOMINGO SOTO, O. P.

"usu venire posse ut deceret principem (quod habetur 2 q. 7.^o si qui pœnituerit) accusationem abolere et accusatorem compellere ut prudentum arbitrio alia satisfactione esset contentus ut persona vel ad bellum gerendum, vel ad alia munera egregie comoda servaretur."

(*De Justitia et de Jure*, 1. 5.^o, q. 4.^a, a. 4.^o, pág. 410.)

TEXTO DEL MAESTRO PEDRO
DE LEDESMA, O. P.

"Adviértase que pueda acontecer algún caso particular en el qual el Príncipe pueda quitar y borrar la acusación y compeler al acusador que se contente con alguna satisfacción al albedrío de varones prudentes. El ejemplo es en caso que la persona... que merece muerte es muy útil para la guerra o para la República."

(*Suma moral*, vol. 2.^o, pág. 504, col. 2.^a, líns. 6-16.)

(1) "pœna quæ etiam secundum leges humanas infligitur non semper est medicinalis ei qui punitur sed solum aliis; sicut cum latro suspenditur, non ut ipse emendetur sed propter alios ut saltem metu pœnæ peccare desistant." (*Sum. Theol.*, 1.^a 2.^a, quæst. LXXXVII, art. 3.^m and 2.^m) "pœna spiritali... nunquam puniuntur filii pro parentibus nisi communicent in culpam vel per originem vel per imitationem." (*Ibid.*, quæst. LXXXI, art. 2.^o) Conviene notar que Santo Tomás parece admitir que bajo algún respecto puedan ser castigados los hijos por las culpas de sus padres (pœna corporali interdum iudicio divino vel humano puniuntur filii pro parentibus in quantum filius est aliquid patris secundum corpus." (*Ibid.* ad 1.^m) Sobre la variabilidad de las leyes, según Santo Tomás, ya se han indicado textos. Sobre la proporcionalidad entre la pena y el delito, entre otros, léase este texto: "Non solum propter gravitatem culpæ sed etiam propter alias causas gravis pœna infligitur; primo quidem propter quantitatem peccati... secundo propter peccati consuetudinem... tertio propter multam concupiscentiam... quarto propter facilitatem committendi peccatum et jacendi in ipso." (1.^a 2.^a, quæst. CV, art. 2.^m ad 9.^m) Sobre la gama de los castigos cfr: 2.^a 2.^a, quæst. LXIV, arts. 2, 3; quæst. LXV, arts. 1, 2, 3; passim.

(2) Para que se vea la influencia ejercida por el pensamiento de Santo Tomás

Del fiscal, como acusador en los crímenes en que la Hacienda pública se defrauda, no se ocupa Santo Tomás; mas la doctrina que sustenta Ledesma se encuentra en el Tratado tantas veces mencionado de Domingo Soto (1).

La doctrina expuesta en la *Suma moral* al tratar del reo encuéntrase, salvo un detalle, toda en la *Summa Theologica*. La obligación de decir verdad, aun a trueque de perder la vida, y el derecho de apelación son cosas que en numerosos pasajes de sus obras reconoce el Angélico Doctor (2). Lo que de la no obligación de denunciar a los cómplices dice es opinión de Soto, el que hace también suya la sentencia del cardenal Cayetano, que permite huir al reo condenado a muerte o prisión perpetua, abrazada por Ledesma (3).

sobre el de Ledesma, pondré a continuación, a dos columnas, lo que cada uno de ellos dice acerca de las facultades discrecionales de los jueces:

SANTO TOMÁS

"si emergat casus in quo observatio talis legis sit damnosa communi saluti non est observanda... Sed tamen hoc est considerandum quod si observatio legis secundum verba non habet subitum periculum cui oporteat statim occurri non pertinet ad quemlibet ut interpretetur quid sit utile et quid inutile civitati: sed hoc solum pertinet ad principes... Si vero sit subitum periculum, non patiens tantam moram ut ad superiorem recurri possit, ipsa necessitas dispensationem habet annexam quia necessitas non subditur legi."

(*Sum. Theol.*, 1.^a 2.^a, quæst. XCVI, art. 6.)

LEDESMA

"El guardar la ley en algún caso sería contra el bien común: luego en tal caso no se ha de guardar la ley. Adviértase que el tal caso no se ha de extender por el libre albedrío de los jueces sino tan solamente quando es evidente necesidad. De suerte que apriete de tal suerte que luego sea necesario el remedio." (Pág. 512, col. 2.^a, líns. 29-42) "Es lícito... al supremo Príncipe y algunas veces es lícito a los jueces inferiores, los cuales pueden relaxar y templar el rigor de la ley teniendo atención a las circunstancias y al tiempo y lugar." (Pág. 531, col. 1.^a, líns. 40-44.)

"quædam singularia quæ non possunt legem comprehendere necesse est committere iudicibus". (1.^a 2.^a, quæst. XCV, art. 1 ad 3.^m) "Necessarium est quodvis iudicium semper secundum legis scripturam fieri." (2.^a 2.^a, quæst. LX, art. 5.^o) "quis alium iudicans non habens auctoritatem... graviter peccat." (Ibid., art. 6.^o) "Personarum acceptio in iudicio peccatum est, cum ipsum iudicium pervertat et corrumpat." (2.^a 2.^a, quæst. LXIV, art. 4.^o) La obligación que Ledesma impone al juez de no recibir nada ni aun justamente de los particulares que intervienen en el juicio, está inspirada en la doctrina de Domingo Soto. (*De Justitia et de Jure*, lib. 4.^o, quæst. VII, art. 1.^o, pág. 334, col. 2.^a) Lo referente a la dispensa de ciertos trámites del juicio se estudiará al tratar de la llamada justicia secreta.

(1) "Etenim quod fisci (fiscales), procuratores instituantur, justum est ut curam habeant aerarii publici. Item ut criminum etiam in peritiam publici boni, ut expositum est, vergentium accusatores existant: quando quidem quilibet tenetur illa detegere." (*De Justitia et de Jure*, lib. 5.^o, quæst. IV, art. 1.^o, pág. 401.)

(2) "Non potest accusatus in iudicio, veritatem interrogatus a iudice mentiri vel negare absque mortalis criminis incurso: potest tamen non respondere iudici in his quæ interrogatur non secundum juris ordinem." (2.^a 2.^a, quæst. LXIX, art. 1.^o) "Superiorem appellare in causa justa, ubi quis nimium a iudice gravatur, reo licet." (Ibid., art. 3.^o)

(3) "liceat reum interrogare de complicitibus quando ipse teneretur accusare; nempe ad obviandum futuro malo in damnum reipublicæ, vel egregium tertiæ perso-

En lo relativo a los abogados, encuéntrase en la *Suma moral*, además de la doctrina expuesta por Santo Tomás en la *Summa*, una opinión de Domingo de Soto y ciertas reglas acerca de la justicia o injusticia de las causas que, aunque originales de Ledesma, son tributarias de la entonces novísima doctrina del probabilismo propugnada por fray Bartolomé de Medina. Los puntos inspirados por Santo Tomás son los siguientes: *a*), condiciones intelectuales y morales del abogado; *b*), no debe defender causas injustas; *c*), conducta que debe seguir para abandonar la causa que en un principio creyó justa; *d*), graduación de los honorarios, y *e*), patrocinio a los pobres (1). El punto inspirado por Domingo Soto es éste: en el caso de que en un proceso criminal se ventile la vida u honra del reo, no es lícito desempeñar el papel de acusador, a no ser que sea más probable esta parte que la contraria (2). El secreto profesional, defendido y notado por Ledesma, no puede decirse inspirado por Santo Tomás o Soto sino sólo de un manera muy lata, toda vez que ninguno de los dos plantea de manera abierta la cuestión.

De los oficiales inferiores es tan corto lo que en la *Suma moral* se dice, que sólo como un corolario de los principios sustentados anteriormente puede considerarse, y en tal sentido sus afirmaciones son tributarias del pensamiento de Santo Tomás.

La doctrina acerca del testigo está inspirada en la que el Doctor Angélico profesa sobre la misma materia, como es la obligación de responder cuando es preguntado jurídicamente, la de presentarse espontáneamente cuando el crimen es de los que acarrean graves daños a la sociedad o es preciso para salvar a algún inocente. De las causas que excusan de testificar, el parentesco y ser el testimonio en contra del reo, las trae expresamente Santo Tomás, y la otra sale espontáneamente de uno de sus principios generales. La indemnización que pueden recibir los testigos es reconocida como justa por el Angélico Doctor (3).

122: non autem ad vindicandum præteritum." (*De Justitia et de Jure*, lib. 5.º, quæst. VI, art. 2.º, pág. 421.) Para la huída véase la misma obra, libro citado, quæst. 6.ª, art. 4.º, pág. 428, pues no es fácil citar un texto que sinteticamente toda la doctrina.

(1) "est enim necessaria advocato et interior peritia qua possit convenienter justiciam assumptæ causæ ostendere et iterum loquela cum auditu." (2.ª 2.ª, quæstio LXXI, art. 2.º) "advocatus si injustam causam scienter defendat graviter peccat et vinculo restitutionis tenetur." (*Ibid*, art. 3.º) "Advocatus si in principio credidit causam justam esse et postea in processu appareat eam esse injustam, non debet eam prodere ut scilicet aliam partem juvet vel secreta suæ causæ alteri parti revelet. Potest tamen et debet causam deserere vel eum cujus causam agit, ad cedendum inducere, sive ad componendum sine adversarii danno." (*Ibid*, art. 3.º ad 2.ª) "Licet advocatis pro patrocinio suo in aliorum causis exhibito, pecuniam moderate suscipere, secundum personæ conditionem et regionis consuetudinem." (*Ibid*, art. 4.º) "Ubi pauperum causis aliter subveniri non potest tenentur advocati eorum suscipere causas et illis patrocinari." (*Ibid*, art. 1.º)

(2) "Quando enim est causa mortis aut sanguinis aut ubi honor alicujus periclitatur tunc actori contra reum patrocinari nisi minimum tanta vigeat probabilitate accusatio quanta defensio, præfecto ingens esset scelus. (*De Justitia et de Jure*, lib. 5.º, quæst. 8.ª, art. 3.º, págs. 440 y 441.)

(3) "In manifestis criminibus et in iis de quibus infamia præcessit, homo, pe-

Procedimiento criminal.—La mutabilidad del Derecho que Ledesma tan acertadamente sienta, y que viene a ser como el prenotando de su doctrina acerca del procedimiento, es cuestión admirablemente tratada por Santo Tomás, del que en esto, como en otras muchas cosas, es tributario el ilustre profesor salmantino (1).

La acusación corresponde a la parte ofendida, y cuando el delito daña a la República, a todos los sabedores de él; siendo tan necesaria, que sin ella no puede incoarse el procedimiento, pues solamente puede procederse de oficio cuando el juez tenga testigos y el delito se haya cometido ante su vista. Estas ideas de Ledesma proceden de Santo Tomás las dos primeras y de Domingo Soto la tercera (2).

Lo que acerca de las pruebas y su valor, y también del derecho que asiste al reo de que las dudas han de ser interpretadas a su favor y que los indicios, valiendo para la defensa, no tengan valor para la condenación, son opiniones que, aunque si bien se miran, encuéntranse incluidas en algunas cuestiones de Santo Tomás y en la explanación que hace de ellas Soto, no es posible negar al escritor de que se ocupa este trabajo el mérito de haber sabido sacarlas de aquellos principios (3).

El número de testigos necesario para que hagan fe, que ha de ser el de dos o tres, la concordancia que debe existir entre ellos y la graduación que entre sus dichos se ha de establecer, son cuestiones tratadas

tente suo superiore secundum ordinem juris testimonium ferre tenetur." (*Sum. Theol.*, 2.^a 2.^{ae}, quæst. LXX, art. 1.^o) "Si testimonium requiratur ad liberandum hominem vel ab injusta morte, seu pena quacumque, vel a falsa infamia; vel ab aliquo damno, tunc tenetur homo ad testificandum." (*Ibid.*) "Super his vero quæ pertinent ad condemnationem alicujus non tenetur aliquis ferre testimonium... si immineat periculum accusatori non est curandum quia ipse in hoc periculum sponte se gessit.." (*Ibid.*) "Reddatur autem probabili quod aliquis in veritate testificanda non sit firmus.. ex affectu sicut patet de inimicis, et personis conjunctis et domesticis." (*Ibid.*, art. 2.^o) En él se habla de *Utrum alicujus testimonium sit absque ejus culpa repellendum* y entre los que han de admitirse se enumeran los citados "testes accipiunt non quasi pretium testimonii, sed quasi stipendium laboris, expensas vel ab utraque parte vel ab ea a qua inducuntur." (*Ibid.*, quæst. LXXI, art. 4.^o ad 3.^{am})

(1) "Cum lex humana sit rationis dictamen, quo humani diriguntur actus, contingit legem mutari, dum imperfectis perfectionis aliquid superadditur pro hominum ac temporum variis conditionibus" (1.^a 2.^{ae}, quæst. XCVII, art. 1.^o) Cfr. toda esta cuestión en que expone con una sencillez maravillosa toda la doctrina del progreso jurídico el Angélico Doctor. Después de leídas estas páginas, más que de oro, se comprende la inscripción que León XIII mandó grabar en torno de la cabeza de Santo Tomás. *Doctorum sol*, y aún resulta inexpressiva.

(2) "in criminibus non potest aliquem juditio condemnare iudex, nisi habeat accusatorem." (*Sum. Theol.*, 2.^a 2.^{ae}, quæst. LXVII, art. 4.^o) "Si crimen fuerit tale quod vergat in detrimentum reipublicæ tenetur homo ad accusationem, dummodo sufficienter possit probari." (*Ibid.*, quæst. LXVIII, art. 1.^o) "Ubi quis in conspectu populi vel iudicis cum legitimis testibus delinquit, tunc... non alius præstolandus est accusator." (*De Justitia et de Jure*, lib. 5.^o, quæst. IV, art. 3.^o, pág. 409.)

(3) Cfr. *Sum. Theol.*, 2.^a 2.^{ae}, quæst. LX, arts. 3.^o y 4.^o (*De Justitia et de Jure*, lib. 3.^o, quæst. IV, arts. 3.^o y 4.^o Passim. ("Simplena autem probatio censetur unus testis omni exceptione superius." (*Ibid.*, lib. 5.^o, quæst. VI, art. 2.^o, pág. 422.)

por el Angélico Doctor, y más claramente por Soto, y en ellas, como en las anteiores, se inspira Ledesma (1).

Las circunstancias modificativas de la responsabilidad, tan brevemente expuestas en la *Suma moral*, están incluidas en las numerosas que en la *Summa* señala Santo Tomás (2).

Asuntos especiales.—La doctrina del tiranicidio, con su distinción entre tirano de hecho y de derecho, al segundo de los cuales es lícito matar a cualquiera, profésala Santo Tomás, de quien la toma Ledesma; pero difieren en esto: que para el Angélico Doctor se puede llegar a la destitución del tirano de hecho, y nada más, en tanto que el salmantino, apoyado en el Concilio de Constanza, después del juicio no vacila en conceder a cualquiera la facultad de ejecutar en él el fallo de la justicia. Esta doctrina la profesa también Domingo Soto, que admirablemente trata la cuestión siguiendo los principios de Santo Tomás, de los que *lógicamente* fluye esta conclusión (3).

En lo relativo a la justicia secreta, Ledesma se aparta de Domingo Soto, enemigo de este procedimiento, y sigue la opinión de fray Diego de Chaves, confesor de Santa Teresa y del Rey Prudente (4).

Por último, la cuestión de la muerte del inocente que aparece culpado, constándole al juez de su inocencia, que no puede probar jurídicamente, está inspirada en la *Summa*, según desarrolla sus ideas el maestro Soto (5). Conviene hacer notar que hay esta diferencia: que, según

(1) Cfr. *Sum. Theol.*, 2.^a 2.^a, quæst. LXX, art. 2.^o *De Justitia et de Jure*, lib. 5.^o, quæst. VII, art. 2.^o, Passim.

(2) Cfr. *Sum. Theol.*, 1.^a 2.^a, quæst. LXXIII, art. 10.^o; 2.^a 2.^a, quæst. LXIV, art. 7.^o

(3) "quando aliquis dominium sibi per violentiam surripit nolentibus subditis vel etiam ad consensum coactis et quando non est recursus ad superiorem per quem iudicium de invasore possit fieri; tum qui ad liberationem patriæ, tyrannum occidit, laudatur et præmium accipit." (*S. Thom. in 2.^m Sententiarum*, Dist. XLIV, lib. II, art. 2.^o ad 5.^m) "Si ad jus multitudinis alicujus pertineat sibi providere de rege, non injuste ab eadem rex institutus potest destitui vel refrenari ejus potestas si potestate regia tyrannice abutatur. Nec putanda est talis multitudo infideliter agere tyrannum destituens etiam si eidem in perpetuo se ante subjecerat: quia hoc ipse meruit in multitudinis regimine se non fideliter gerens, ut exigit regis officium, quod ei pactum a subditis non reservetur." (*De regimine principum*, lib. 1.^o, c. 6.^o) "Bifariam quæpiam contingit esse tyrannum videlicet aut potentatus acquisitione aut sola ejusdem administratione quam juste adeptus fuit. Atqui in hoc secundo casu communis consensus est nemini licere ipsum privatim interimere. Et ratio est quod cum jus habeat ad regnum non est illo nisi per publicum iudicium expoliandus ut scilicet audiat, Lata vero in eum sententia quisque potest institui executionis minister." (*De Justitia et de Jure*, lib. 5.^o, quæst. I, art. 3.^o, pág. 360.)

(4) "princeps... non posset generalem facultatem civibus facere, ut unusquisque quem obvium haberet nocentem absque alia condemnatione interficeret. Est enim contra jus naturæ ut contra inauditam partem, indictaque causa, sententia feratur: sed quicumque quantumvis perniciosus audiendus est... nisi forsan publicus esset reipublicæ invasor aut Regis; nam tunc liceret unicuique vim in reipublicam illatam repellere." (*De Justitia et de Jure*, lib. 5.^o, quæst. I, art. 3.^o, pág. 361.)

(5) "judex si scit aliquem innocentem esse qui falsis testibus convincitur debet diligentius examinare testes ut inveniat occasionem liberandi innoxium sicut Daniel fecit. Si autem hoc non potest debet eum superiori relinquere judicandum. Si autem

Santo Tomás, el juez debe declinar la sentencia, al paso que Ledesma permite que la dicte en las circunstancias usuales y corrientes.

La venta de oficios, que, según Ledesma, aunque no es mala de sí no conviene, se encuentra regulada con los mismos términos por Santo Tomás y explanados éstos con su profundidad habitual por Domingo Soto, con lo cual está de más decir que en ellos se inspiró el autor de la *Suma moral* (1).

* * *

Llegados a la meta de esta fatigosa y árida labor de investigación, parece oportuno dirigir una mirada retrospectiva y sintetizar las conclusiones que lógicamente se desprenden de las premisas sentadas. La *Suma moral*, en lo relativo a la filosofía del Derecho penal, es una vulgarización feliz, elegante y no desprovista de mérito ni sello personal de los grandes principios del Doctor Angélico y su gran comentarista en esta materia Domingo Soto. Los escolásticos y canonistas eminentes que su autor maneja sólo sirven para aquilatar más la doctrina de aquellos dos grandes maestros. A veces se revela el pensador original y profundo; mas ciertamente no es aquí donde hay que buscar los sillares en que asentar la merecida gloria de Ledesma. Este libro, escrito con completa independencia de Suárez, al que ni una vez se le cita en la doctrina penal, es testimonio de lo que llegó a ser la ciencia jurídica de nuestros teólogos, y destinado al pueblo, que le acogió con amor, es monumento perenne de cómo influyó el pensamiento tomista en nuestra legislación. Pocos libros, pues, desde el punto de vista de la historia genética del pensamiento tomista, serán más interesantes que éste y merecerán, por consiguiente, ser objeto de un análisis detenido. Del que se acaba de hacer, dos cosas se deducen: una, que la doctrina de nuestros príncipes juristas no es más que el desarrollo lógico de los principios de Santo Tomás, y la otra, que antes de Suárez existe una poderosa corriente intelectual que, desarrollando la doctrina del Derecho, llega a parecidas o idénticas conclusiones que el autor del tratado *De Legibus*, corriente que coexiste con entera independencia de él y que pide una verificación de las opiniones del ilustre jesuita, contrastándolas con las de los teólogos y filósofos que le precedieron, para escribir después, no panegíricos, que sólo arguyen la falta de sentido crítico en quien los escribe, sino el verdadero y ecuaníme juicio de este grande hombre, a quien sobran méritos reales para que se trate de cimentar su gloria en lo que no es exacto.

nec hoc potest, non peccat secundum allegata sententiam ferens quia ipse non occidit innocentem sed illi qui eum asserunt nocentem." (*Sum. Theol.*, 2.^a 2.^a, quæstio LXIV, art. 6.^o) "Judex in ultimas conclusus angustias debet in omni causa tam criminali quam civili contra veritatem sibi notam secundum allegata et probata sententiam pronuntiare." (*De Justitia et de Jure*, lib. 5.^o, quæst. IV, art. 2.^o, pág. 405.)

(1) Santo Tomás, *De regimine principum*. Soto, *De Justitia et de Jure*, lib. 3.^o, quæst. VI, art. 4.^o, pág. 247.

Existe en la iconografía medieval italiana un tema simbólico que ha sembrado aquellas catedrales y conventos de maravillas pictóricas. Benazzo Gazzoli, Traini, Antonio Veneziano, lo han trazado sobre los muros de la catedral de Pisa, de Santa Catalina, de la misma ciudad, y del célebre Capitulo de Santa Maria Novella, de Florencia, y pasando los límites del tiempo y del espacio, tuvo una repercusión feliz aquí en España en el siglo XVII, gracias al vigoroso pincel de Zurbarán. En él, un hombre que recibe en su frente las luces del Altísimo, irradia de su corazón rayos que esclarecen los misterios del Antiguo Testamento, iluminan las doctrinas de los grandes doctores del Nuevo, dan más alto sentido a las especulaciones de Platón y Aristóteles, síntesis de la sabiduría antigua, y derramando por doquier su tamizada luz, ejercen benéfico influjo sobre las ciencias y artes liberales todas. Esa representación simbólica se llama en la historia del arte apoteosis de Santo Tomás de Aquino, y lo que los artistas de los siglos XIV y XV supieron expresar tan felizmente, eso mismo repiten hoy los sabios que al esclarecimiento de la historia de la filosofía escolástica dedican sus vigilijs, como el resumen de sus investigaciones. Príncipe de los Doctores le ha titulado la Iglesia por boca de los Pontífices, y a la verdad, estudiado de cerca el Angélico Doctor, siéntese el espíritu orgulloso de poder someterse a las direcciones de inteligencia tan sublime.

*De cujus fante luminis
Verbi coruscat faculae.*

HIPÓLITO SANCHO.

Sevilla, 14 de diciembre de 1917.

EL CARDENAL CAYETANO y los problemas de introducción bíblica

(Continuación.)

PRINCIPIOS DE HERMENÉUTICA

Síguese luego la cuestión de los principios hermenéuticos. Las palabras de Cayetano sobre este punto deben ser conocidas, puesto que ellas fueron la causa principal de las acusaciones que M. Cano le dirige. “*Scripturus super quinque libros Mosi, juxta sensum litteralem, novumque Scripturae sensum quandoque illaturus*, sub sanctae matris Ecclesiae ac Apostolicae Sedis censura; rogo lectores omnes ne praecipites detestentur aliquid, sed *librent omnia apud sacram Scripturam, apud christianae fidei veritatem, apud Catholicae Ecclesiae documenta ac mores*. Et si quando occurrit novus sensus *textui consonus*, nec a sacra Scriptura, nec ab Ecclesiae doctrina dissonus, quamvis a torrente Doctorum alienus, aequos se praebeant censores. Meminerint jus suum unicuique tribuere; solis sacrae Scripturae authoribus reservata est autoritas haec, ut ideo credamus sic esse, quia ipsi ita scripserunt; alios autem (inquit Agustinus) ita lego, ut quantalibet sanctitate doctrinaque praepolleant, non ideo credam sic esse, quia ipsi ita scripserunt. Nullus itaque detestetur novum sacrae Scripturae sensum ex hoc quod dissonat a priscis Doctoribus; *scrutetur textum ac contextum Scripturae*, et si quadrare invenerit, laudet Deum, qui non alligavit expositionem Scripturarum sacrarum priscorum Doctorum sensibus; sed *Scripturae ipsi integrae, sub Catholicae Ecclesiae censura*.” (Praef. in quinque libros Mosi.) Y ya en su primer ensayo exegético sentaba el mismo principio, discutiendo el difícil pasaje de Rom., I, 3 s. “Ad hanc quaestionem, absque quocumque praejudicio cujusvis expositionis, respondendo (quod subintelligi volo, tam in praecedentibus, quam in sequentibus totius hujus operis) dicitur, quod

sensus proprius litterae *ex intentione Apostoli, et contextu sumendus est.*" (*Jentaculo*, II, quaest. 1.^a)

Parece ser que los luteranos abusaban de este texto y de la autoridad de Cayetano para defender sus principios exegeticos (1). Tal vez por este motivo impulsado, y engañado por una inteligencia demasiado estrecha de la autoridad de los Padres en materias escriturarias (2), Melchor Cano llegó a ver en este prólogo nada menos que los principios de Lutero y de toda cáfila reformista. Pero fácil es ver, por la simple lectura del texto, que los principios de Cayetano son los más sanos de la hermenéutica católica. Primero, el texto y el contexto de la misma Escritura, como criterios inmediatos para definir la intención del autor sagrado, por quien el Espíritu Santo se expresa; luego, el conjunto de la doctrina bíblica; en tercer lugar, las verdades de la fe cristiana, y, por fin, los documentos de la Iglesia católica sobre la fe y costumbres.

Como el mismo M. Cano enseña, la autoridad de los Padres y Doctores es concluyente cuando hablan de cosas de fe y de costumbres y como órganos de la tradición de la Iglesia, no cuando hablan como Doctores particulares o sobre cosas que a la fe y costumbres no pertenecen. Su

(1) "Invitus quidem facio ut doctissimum virum, nomine etiam expresso, reprehendam; sed cum nominis et gloriae celebritas hoc loco a Lutheranis objiceretur, notandam temeritatem putavi." L. c. Más fuerte está Catarino al exponer los motivos por que impugna a Cayetano. "Sed quis me coegit in hujusmodi tam futilibus ineptiis tantopere immorari? Quis non sentit nimiam esse quorundam affectionem atque admodum intemperatam, quae hujus viri doctrinam defendere nimis obstinati conantur? Et si quaeritur auctoritas, plus illi tribuitur quam priscis et longe firmioris gloriae viris, ita ut quidam nostri quidem miseri juvenes, non solum reliquorum sanctorum in hujus novi magistri gratiam despiciant, verum etiam ipsius B. Thomae, non cogitantes periculum in novitate dogmatum." Enarrat. II.

(2) Sabido es que M. Cano expuso en el libro VII de sus Lugares Teológicos las reglas sobre la autoridad de los Santos Padres. La dificultad no está en los principios sino en las aplicaciones. M. Cano establece su quinta conclusión en los siguientes términos: "Omnium etiam sactorum auctoritas in eo genere quaestionum, quas ad fidem diximus minime pertinere, fidem quidem probabilem facit, certam tamen non facit." La siguiente está redactada como sigue: "In expositione sacrarum Litterarum communis omnium sanctorum veterum intelligentia certissimum argumentum theologo praestat ad theologicas assertiones corroborandas; quippe cum sactorum omnium sensus Spiritus Sancti ipse sensus sit." ¿Cuáles son las cuestiones incluídas en la conclusión 5.^a y que no pertenecen a la fe? La cosa no es tan sencilla, y entre las que Cano menciona está la excepción de la Virgen del pecado original, o sea el misterio de la Inmaculada Concepción. ¿Y todas las cosas de la Escritura pertenecen *per se* a la fe y no sólo por estar inspiradas? Tal no es el sentir de Cano; pero entre las cosas de fe e incluídas en la conclusión 6.^a, cuenta la formación de Eva de una costilla de Adán, tomada en sentido propio. Hablando de la autoridad de los padres, León XIII dice: "Quocirca studiosae dignoscendum est in illorum interpretationibus, quaecumque reapse tradant consensu; namque in his quae de necessitate fidei non sunt, licuit sanctis diversimodum opinari, sicut et nobis, ut est sancti Thomae sententia." Enc. *Providentissimus Deus*, núm. 29. El olvido de esta máxima ha sido causa de no pocas equivocaciones en materia de exégesis bíblica, y de esperar es, dada la condición humana, que se vuelvan a repetir.

autoridad en este último caso es digna de tomarse en cuenta y debe ser siempre tratada con respeto; pero no liga nuestro espíritu hasta el punto que debamos atenernos necesariamente a las exposiciones de los Padres, con frecuencia varias y dependientes de la erudición de los autores, de su capacidad intelectual, de su ciencia exegética y también de las preocupaciones en que vivían. Ciertamente Cayetano parece preocuparse de los Padres menos de lo justo; ni para un remedio se encuentra en sus comentarios una cita de un Santo o de algún otro autor. La falta de erudición es el defecto más saliente de sus obras exegéticas. Pero es preciso tener en cuenta que no se debe concluir la erudición de un escritor por solos los libros que expresamente cita, y Cayetano, hombre de tanto estudio, dice entre líneas que conocía también los escritos de los Padres. Además que, conociendo, como conocía, la Teología y las obras de Santo Tomás, poseía ya, por este mismo caso, un conocimiento pleno de la sólida doctrina de los Padres y un sentido seguro de la fe cristiana, con el que podía caminar con paso tranquilo por los campos de la Escritura, seguro de no incurrir en graves errores. Compararle con los novadores protestantes es cometer el más grave delito que en crítica histórica se puede perpetrar. La conducta de Cayetano tiene, a nuestro juicio, su razón de ser aquí, como en la cuestión de los sentidos místicos, en la poca crítica con que en su época se usaba y abusaba de la autoridad de los Padres, en la necesidad que sentía de volver la exégesis bíblica a sus principios primeros. Si en algún punto se extralimitó, cuéntense, en cambio, sus aciertos y los desaciertos de los contrarios por seguir opuesta senda (1).

EL SENTIDO CRÍTICO

Decíamos en otra parte (2) definiendo la exégesis de los maestros medievales, que éstos buscaban en la Escritura la plenitud de la revelación divina, tal como la ciencia teológica se la ofrecía. Defecto común era de los expositores antiguos mirar el texto sagrado, no a la luz de la Historia, sino de la Teología, y su preocupación era, bien las tesis de la Teología, bien los argumentos con que refutar los errores contrarios.

(1) Séanos permitido recordar las contiendas del siglo pasado y de lo que va de éste sobre la universalidad del diluvio, sobre la obra de los seis días, sobre la composición del Pentateuco, etc., etc. Los defensores de las tesis llamadas tradicionales pretendían apoyarse en la autoridad de los padres que no consentían apartarse de la exposición obvia del texto sagrado. Las citadas cuestiones, si no eran puntos de fe, estaban a lo menos íntimamente ligadas a ella. Las cosas han cambiado mucho de algunos años a esta parte, esto sin renunciar a los principios puestos por el Concilio Tridentino y declarados por León XIII y por la Comisión Bíblica.

(2) La C. T., t. XIV, págs. 216 y sigs.

Sería demasiada exigencia pedir que Cayetano estuviera totalmente libre de esta preocupación teológica y sería, además, un milagro que el expositor de Aristóteles y el príncipe de los comentadores de Santo Tomás se desprendiera totalmente de su mentalidad de filósofo y teólogo escolástico para revestirse la de un historiador. Pero si no realizó ese milagro, todavía hizo cosas que le colocan muy por encima de los expositores de la época.

El principio fundamental de la exégesis histórica, que es el progreso en la revelación profética, no es por Cayetano aplicado con la amplitud que debiera; todavía pudieran citarse algunos ejemplos que se ajustan a ese principio. Más frecuentes son aquellos casos en que, colocado en presencia de un texto, a primera vista apto para probar una tesis teológica, él agudamente distingue los modos como a ella se adapta. Sobre San Juan, por ejemplo (XX, 23), distinguiendo la confesión voluntaria del pecado y la confesión secreta o auricular, sostiene "quod Christus instituit confessionem voluntariam peccati, sed modum confitendi et similiter absolvendi (an ad aurem an publice) Ecclesiae usui reliquit, juxta tamen qualitatem peccati publici vel occulti" (1). Repetidas veces dice también que el no tener propio Nuestro Señor debe entenderse en privado, no en común: "Apparet rursus quod proprium, in communi tamen, habebat; non enim de alieno, sed de proprio emebat cibos." Creemos que le faltó una distinción de este género en muchos pasajes del Antiguo Testamento, donde quiere mostrar el dogma cristiano de la inmortalidad del alma. Bien merece reprobarse "impudentium hominum temeritatem, qui audent dicere, nec unum verbum in libris Moisis haberi de vita hominum post mortem." (*Gén.*, XXV, 8.) Igualmente pudieran alegarse muchos pasajes "contra affirmantes in Veteri Testamento nihil scribi de alia vita". (*Eccles.*, XII, 7.) Pero con esto no queda resuelto el problema que presentan tantos textos escriturarios sobre la parte que la vida del *scol* tiene en los juicios de Dios sobre la conducta de los hombres en esta vida. Cuando nosotros hablamos de la inmortalidad del alma, la consideramos, como cristianos, desde el punto de vista de la sanción divina. A esta consideración parecen oponerse los textos que *esos atrevidos* alegan en favor de su aserto. A la agudeza de Cayetano se le escapó este matiz de los textos bíblicos. En un caso análogo, exponiendo la argumentación de Jesucristo contra los saduceos (*Mat.*, XXII, 32), basada en las palabras del *Exodo*, III, 6, sabe bien distinguir entre la inmortalidad del alma y la resurrección de los cuerpos, admitiendo que por la revelación de Jesucristo hemos venido a conocer "in his verbis contineri mysterium resurrectionis, quatenus continetur in eis immortalitas ani-

(1) *Respons. ad cens. theol. parisiensium.*

marum Abrahæ, Ishac et Jahacob, quia non est Deus mortuorum, sed vivorum”.

Donde más muestras da de hallarse libre de preocupaciones escolásticas es en lo raro que es en llamar la atención de los teólogos sobre el texto bíblico o invocar las luces de la teología especulativa para explicarle. Sobre San Pablo (*Rom.*, II, 14), luego de explicar la ley natural de los gentiles, añade: “Et hæc sint notata propter quaestiones theologorum in hoc textu.” En la I In., III, 2, remite a la “teología especulativa” para explicar el *videbimus eum sicuti est*. Otra cosa es cuando se trata de explicar la moralidad de las cosas narradas. Y así, advierte que en *Gén.*, XVI, 2, “nihil indecentis habuisse tunc hujusmodi pluralitatem uxorum; sed solitam et communi more probatam”; y defiende la conducta de Lot, alegando que obró así “animo placandi, hyperbolica submissione, furentem populum”. (*Gén.*, XIX, 8.) De igual modo justifica la conducta de Jacob con su hermano, menos en la mentira, en la que claramente confiesa que “respondendo Jahacob: *Ego sum*, inexcusabilis est ab officioso mendacio. Intentio Jahacob ergo bona, sed locutio mala moraliter fuit”.

Lo que es mucho para maravillar es que, escribiendo en los comienzos de la controversia protestante, apenas se encuentren en sus comentarios, sino muy raras veces, alegatos contra ellos. Cfr. *Mat.*, XV, 9.

* * *

Síguese que estudiemos las muestras de sentido crítico de Cayetano y su habilidad en apreciar las modalidades literarias e históricas de la Sagrada Escritura. Es éste un escollo en que suelen dar los hombres como él, formados en las disciplinas filosóficas y teológicas. Habitados a formar juicios absolutos de las cosas y al tecnicismo científico, no son capaces de entender ni las matices de la verdad ni el valor de las varias formas literarias. Muchos ejemplos nos mostrarán que Cayetano, educado en las disciplinas aristotélicas y tomísticas, supo todavía deshacerse de sus hábitos escolásticos para apreciar la verdad histórica de la Escritura y entender las expresiones literarias de los autores sagrados, dejándose otras veces llevar de esos mismos hábitos a exposiciones menos acertadas. Algunos ejemplos ilustrarán mejor la materia.

¿Cómo habló Dios a Caín cuando la primera vez le reprendió su conducta? El estilo del texto “insinuare videtur quod illo modo locutus est quo secundum suavem humani generis gubernationem consuevit alloqui homines post peccatum, arguendo mediante interno synderesis sermone ut resipiscant”. (*Gén.*, IV, 4.) Poco más adelante renuncia a esta interpretación, para decir que “dialogus iste, qui sequitur inter Deum et Cain, in aliqua sensibili specie factus videtur”. (*Gén.*, IV, 9.)

¿Qué significa aquel *profetizar* que la Escritura atribuye a los discí-

pulos de Samuel? "Congregatio prophetarum prophetabat, hoc est, saltabant, cantabant, seu choreas ducebant; Samuel autem stabat et praesidebat illis prophetantibus, dirigendo proponendoque forte divinarum laudum materiam, aut carminis metrum aut exhortando." (I Reg., XIX, 20.) Tal vez se levanta demasiado a consideraciones metafísicas cuando sobre el *Ecclesiastes* (I, 1) dice "quod Salomon concionando loquitur de tempore mundi, secundum id quod probabilius apparet ex sensibilibus". Más adelante, en el mismo libro (VI, 12), movido sin duda por sus opiniones sobre el poder de la Filosofía para conocer los fines del hombre, advierte al lector "quod intra terminos naturalis scientiae loquitur Salomon in istis argumentis", y que por eso se muestra un tanto escéptico.

En su comentario sobre la *Suma* (I, II, q. CVI), con muy buen sentido escribe: el Evangelio fué predicado "etiam tempore Apostolorum in orbe universo secundum reputationem, sicut et exiit edictum a Caesare Augusto ut describeretur universus orbis; *de orbe enim secundum nostram notitiam habitato haec et similia intelliguntur*". Semejante modo de escribir lo había olvidado cuando en San Mateo (XXVII, 45) dice que en la muerte del Señor "tenebrae fuerint super terram universam, non partem terrae Evangelista testatur". Ya no hay aquí modalidad literaria, sino el lenguaje escueto de la Filosofía. Siguiendo, aunque sin citarle, la opinión de San Jerónimo, excusa a San Lucas de añadir en la genealogía del Señor el nombre de Cainan, por haberlo encontrado escrito en los LXX. Y de este hecho saca una conclusión muy importante. "Providitque —dice— per hoc Spiritus Sanctus ne sanctis doctoribus imputaretur quod exposuerunt Scripturas juxta interpretationem communiter receptam et usu communi probatam, quamdoquidem Lucae evangelistae hoc ipsum fecisse licuit absque proprio errore." (Luc., III, 36.) Apoyado en la misma autoridad de San Jerónimo, apunta que San Juan cita el texto de Isaías, VI, 9 s., sin atenerse ni al texto griego ni al hebreo, "ut discamus a Joanne evangelista licere nobis afferre dicta prophetarum, mutatis verbis, modo servetur sensus". (Jn., XII, 40.) Más de una vez en el mismo Evangelio observa que la expresión de Hijo de Dios aplicada al Mesías no expresaba la filiación natural, sino la adoptiva, *adoptioe praecipua* (Jn., I, 34, 49).

Pero al lado de estos pasajes en que Cayetano da muestras de buen sentido crítico, abundan otros en los cuales se echa de menos. Los problemas de autenticidad literaria o los de la lengua original los resuelve de la manera más singular. Prevenido contra la autenticidad de la Epístola a los Hebreos por la autoridad de San Jerónimo, cree ver una confirmación de esta tesis en el hecho de que el autor cite las palabras de la promesa davídica, aplicándolas, en sentido típico, al Mesías (*Heb.*, I, 1); de que traduzca por *testamento* el *pacto*, BERITH, del Antiguo Testamento.

(V, 10), por parecerle que tal procedimiento exegetico sería indigno de la autoridad de un Apóstol. Esto es muy de admirar en Cayetano, que explica en el mismo sentido muchas citas de San Mateo. Igual procedimiento sigue en la Epístola segunda de San Pedro, negando en absoluto la validez del argumento sacado del estilo: "Haec ratio non minus infert primam quam secundam non esse Petri, nam tantum dissonat prima a secunda quam secunda a prima." La cita del libro de Enoc es a sus ojos un argumento casi decisivo contra la autenticidad de la Epístola de Santiago, "quoniam, etsi citare apocrypha multo magis licet quam poetas, authoritati tamen Scripturae derogat, ut apocrypha prophetia simpliciter et absolute prophetia dicatur". No hay que decir que Catarino rebate con su acostumbrada acrimonia estos argumentos y que en este caso obtiene una victoria fácil de su adversario.

El problema de la lengua original lo resuelve con razones singulares y poco dignas de su talento. La explicación del nombre de Melquisedec es para él una razón concluyente de que la Epístola a los Hebreos ha sido escrita en griego, porque "si hebraice scripta est, in quo, quaesio, idiomate interpretatur Melchisedec *rex justitiae*?" Y aplicando en sentido contrario el mismo principio, resuelve con toda franqueza que San Mateo no fué escrito en hebreo. (Praef.) Pero cuando se llega a San Marcos, que también explica las palabras hebreas, renuncia a su principio y prefiere corregir el texto mismo según sus ejemplares griegos, eliminando la interpretación.

Igual falta de sentido literario puede observarse en la exposición de muchos pasajes. La hermosa descripción con que el salmo XVIII describe la aparición de Dios en auxilio de David, la toma como una seca exposición de poder de Dios sobre la naturaleza antes de tratar las cosas del orden sobrenatural. La introducción de la madre del Sabio en los Proverbios, amonestando a su hijo, le presenta una grave dificultad sobre si tuvo Betsabé alguna revelación divina de las cosas que dice a su hijo. La solución es que no hay necesidad de acudir a esta hipótesis: "Nathan enim docebat Betsabe ut instrueret filium ab aetate tenera, repetendo crebro hujusmodi documenta. Hic enim modus rationi consentaneus est." (Prov., XXXI, 1.) A los curiosos que deseen averiguar de dónde vinieron los Magos y qué significa ese *Oriente* de que habla el Evangelista (Mat., II, 1), les responderá Cayetano: "Insinuare, imo significare aperte videtur, quod terra unde isti venerunt sit in Oriente, non solum respective ad Hierusalem, sed ad universam terram habitabilem." Y Cayetano escribía después que Magallanes había dado la vuelta al mundo. En el discurso apocalíptico, San Mateo, al referir la alusión del Salvador al vaticinio de Daniel, puso esta llamada: *Qui legit intelligat*; Cayetano, no advirtiendo que Jesucristo hablaba a sus oyentes y que no podía decir

qui legit, atribuye la alusión al Salvador y no al Evangelista. Si a un lector del Evangelio se le ocurriera preguntar cómo Pedro conoció en el Tabor a Moisés y a Elías, “respondetur quod ex eorum verbis vel ex similitudine ad pictos Moysem et Heliam agnovit eos”. Y si desea más pruebas, le aducirá que “Ambrosius enim testatur, cum revelata ei fuerunt corpora Gervasii et Prothasii, apparuisse sibi Paulum apostolum qualem eum pictura docuerat”. (Luc., IX, 33.) Otras muchas pruebas pudiéramos aportar en confirmación de esta falta de sentido crítico de Cayetano. Seríamos injustos si le achacáramos esto a pecado, a él, filósofo y teólogo ante todo, cuando otros muchos que habían consagrado su vida al estudio de la Escritura no supieron penetrarse de este sentido literario e histórico, tan necesario para interpretar una obra literaria cualquiera.

Esta sumaria exposición de la doctrina de Cayetano sobre los puntos que abarca la Introducción general a la Escritura, claramente muestran en él un continuador de la tradición medieval de una parte, y de otra un renovador de la exégesis científica según los principios de la tradición católica. Sus defectos en la inteligencia de algunos principios y en su aplicación, más que a falta de ingenio, deben atribuirse al peso de la tradición medieval, de la que no pudo totalmente desprenderse; a su educación primera, más escolástica que históricoliteraria, y a la celeridad con que escribía sus comentarios, la cual no le permitió familiarizarse bastante con el estilo de los autores sagrados y recurrir a las ideas y pasajes paralelos para declarar los textos bíblicos.

FR. ALBERTO COLUNGA,

Prof. de S. Escritura
en el Colegio Angélico de Roma.

LA DUDA METODICA DE DESCARTES

Una de las revoluciones más universales que registran los anales de la Filosofía es, sin duda ninguna, la que siguió a la publicación del *Discurso sobre el Método* en 1637. Con esta obra, tan insignificante por su volumen, se colocó Descartes a la cabeza del movimiento filosófico posterior, y a ella, exclusivamente a ella, debe el dictado de padre de la Filosofía moderna.

Y no fueron las cuestiones de Física que toca en la quinta, ni los buenos propósitos de que nos habla en la sexta y última sección los que tan alto le encumbraron, ni siquiera fueron las pruebas de la existencia de Dios y de la espiritualidad del alma las que tamaña gloria le merecieron: fué aquella decisión solemne, aquella llamada general a destruir por medio de la duda toda la ciencia del pasado, para elevar sobre sus ruinas toda la sabiduría del porvenir. “Lo verdaderamente sorprendente en su empresa filosófica —escribe Janet— es su resolución atrevida y sin ejemplo de comenzar desde un principio y de tomar la edificación de la Filosofía por su base, construyendo sobre un terreno propio y nuevo, según la expresión de Hegel. Por esto puede muy bien decirse que la Filosofía ha nacido dos veces en nuestro Occidente: una vez en Grecia con Tales de Mileto, que no se percataba de su innovación, y una segunda vez con Descartes, que tenía conciencia de su empresa y quería realizarla.” (1)

El mérito filosófico del *Discurso*, como asimismo el de las *Meditaciones* que le siguieron en el 41; de los *Principios*, en el 44, y de los otros pocos opúsculos, escritos en diversas fechas, se cifra ahí: Descartes, como filósofo, es el filósofo de la duda.

Pero esta duda, por la que Descartes comienza su construcción por donde quiere que empiece todo el que seriamente se propone filosofar,

(1) *Rev. des Deux Mondes*, 15 janvier 1868.

no es una duda escéptica, blanco y fin de la Filosofía, antes bien una duda que interviene en la ciencia cual medio de certeza filosófica y su principio. "Nec tamen in eo —declara expresamente— Scepticos imitabar qui dubitant tantum ut dubitent, et praeter incertitudinem ipsam nihil quaerunt. Nam contra totus in eo eram ut aliquid certi repere-rem." (1)

De esta oposición marcada entre la duda del escepticismo y la duda cartesiana le ha venido a ésta la denominación de *duda metódica*, mientras se llama duda absoluta a la primera. El apelativo no es de Descartes, pero de él tiene su espíritu y su significado.

* * *

La empresa del filósofo francés fué juzgada empresa loca por los unos y por los otros inspiración genial bastante de sí para inmortalizar la memoria del gran reformador. Al cabo de tres siglos de polémica y de disputas, siguen como en un principio, acaso más que en un principio, opuestos y distanciados los pareceres; el valor de la duda metódica de Descartes es hoy, como lo fué en su tiempo, una cuestión de grande actualidad.

Ante todo hay que convenir en que la expresión duda metódica nada dice de extravagante ni de contradictorio. La suspensión del juicio y dilación del asentimiento definitivo, que implica la duda, es antídoto poderosísimo contra las muchas prevenciones y prejuicios en que solemos incurrir; lo que no percibe la razón en el calor del entusiasmo, lo nota y advierte al cabo de fría y pausada reflexión. Aun después de emitido un parecer, es o puede ser muy útil volver sobre los propios pasos y preguntarse, como quien se halla indeciso, cuál de los dos partidos exhibe defensa mejor. El que no sabe dudar antes de formar su juicio apenas podrá darse razón de su ciencia; el que no vuelve, con un cierto recelo, sobre las bases de su certeza, difícilmente se percatará de los defectos en que ha incurrido ni corregirá los admitidos errores. "In est investigare volentibus —ha escrito Aristóteles— prae opere bene dubitare" (2); y Santo Tomás, comentando el texto del Estagirita, observa oportunamente que, a la manera que nadie puede desatar un lazo que liga el cuerpo si no pára mientes en su estructura, así nadie puede desatar el lazo de la mente, que es la duda, si no la advierte; que buscar la verdad sin pararse por la duda en la consideración de los argumentos contrarios es ignorar el blanco que persigue, que es la exclusiva de todo temor de error; es ignorar, cuando la logra, el punto donde ha de detenerse. En fin, que, como el buen juez ha de prestar oídos a ambas partes,

(1) At. Descartes, *Œuvres*, ed. Adam & Tannery, Paris, Cerf., 1897; VI, 556.

(2) III Metaph., c. I.

así el que quiere juzgar en Filosofía no ha de precipitar su parecer, sino mantenerse como neutral y perplejo antes de pronunciar la sentencia (1).

Si el proyecto nada tiene de loco o temerario, toda la cuestión está en saber si Descartes ha acertado o no en su realización. Tal es el problema que surge ante la duda metódica cartesiana, y que constituye el argumento de este ligero estudio.

Examinaré, por consiguiente, las dotes o propiedades de esta duda, para ver, en último análisis, si llena el fin para que fué ideada.

* * *

Y en primer término, la duda de Descartes ¿es duda real o duda ficticia? Hay duda real cuando real y verdaderamente hay suspensión de juicio; es ficticia o fingida cuando, sin darse esta suspensión, se supone dada. En aquel caso el entendimiento no se adhiere a ninguna de las contradictorias; en éste adhiere a una, pero se finge indiferente con respecto a las dos.

No están de acuerdo los autores e intérpretes en definir cuál de estos caracteres corresponde a la duda cartesiana. Entre los antiguos unos la creyeron real, otros la tuvieron por supuesta. Los modernos se dividen asimismo; un tercer partido que acaba de nacer, como para estrechar a todos en común lazo de amistad, pretende que una y otra opinión tienen sólidos fundamentos en Descartes y que el negocio es imposible de resolver.

Esta paridad es ilegítima. Como lo ha demostrado muy bien Sentrol (*R. des Sc. Phil. & Theol.*, 1909, p. 435), esto equivale a introducir en una misma categoría dos distintas formalidades: la una mira al fin, la otra al modo; y como no sería acertado el dividir los hombres en blancos, rojos, amarillos... y africanos, aun en la hipótesis de que todos y sólo los africanos son negros, así no es justo confundir la duda ficticia con la metódica, la real con la absoluta, aun en el supuesto de que toda duda real fuera escéptica y toda duda metódica fuera una ficción.

Uno de los argumentos que se ofrecen en pro de la duda ficticia, el más universalmente aducido, es el tenor de éstas y análogas frases del filósofo: *Supposui, imaginavi, finxi, fingere volui*.

"Quia notabam nullam rem unquam nobis veram videri dum vigilamus quin eadem etiam dormientibus possit occurrere, cum tunc semper aut fere semper sit falsa, supposui nulla eorum quae unquam vigilans cogitavi veriora esse quam sint ludibria somniorum." (1)

Un segundo testimonio, que parece de mayor valía, fué la protesta de Descartes contra la acusación de Boecio y Martín Schoock, que él

(1) In III Met., lect. I (ed. del Colegio Angélico, 1915), núms. 339-42.

(2) At. VI, 558.—Cf. VII, 19, 467.

llamaba pertinaz y atrocísima calumnia. El había puesto la duda de Dios y de sus atributos en la misma línea que las restantes dudas. Boecio y Scchoock, tomando las cosas por lo serio, le compararon a Vanini, condenado en aquellos días como ateo y apóstol del ateísmo (1). Pero Descartes, quien nunca parece haber pensado en abandonar, como él propio decía, la religión de su Rey y de su nodriza, se levantó contra semejante interpretación y gritó todo lo alto que pudo contra una acusación tan denigrante. “Yo no he dicho nunca —protesta en las notas al *Programa*— que se niegue a Dios, ni que pueda engañarnos, ni que haya que dudar de todo, desconfiar de los sentidos, confundir el sueño y la vigilia y otras cosas por el estilo, sino que todo esto lo he reprobado, y con argumentos superiores a los que otros han aducido antes de mí. Que si para mayor facilidad he comenzado por proponer estas cosas como dudosas, ¿quién hay tan poco advertido que piense que el reproducir las objeciones de los ateos sea caer en el ateísmo, máxime si se traen sólo para confutarlas; que se figure que ignora un autor en las primeras páginas de un libro lo que ha de decir en las siguientes?” (2)

Contra la interpretación dada, sin embargo, a aquellas frases se alza la declaración expresa de Descartes. Porque Gassendi empezaba su ataque a la *II Meditación* diciendo “Video te in ludificatione perstare, et nihilominus animadvertere...” (3). Descartes replica: “Pergis hic rethoricam simulationem loco rationis usurpare; fingis enim me ludificari, ubi serio ago... Quod enim dixi, omnia sensuum testimonia pro incertis, imo etiam pro falsis habenda, omnino serium est, et ad meas Meditationes intelligendas adeo necessarium, ut quisquis illud admittere non vult, aut non potest, nihil in ipsas responsione dignum opponere est capax”, y luego “Cum autem quidnam ab humano ingenio cognosci possit inquiritur plane a ratione alienum est eadem nolle ut dubia, imo etiam ut falsa, serio reicere, ad animadvertendum alia quaedam, quae sic reici non possunt, hoc ipso esse certiora, nobisque revera notiora” (4).

Aún es inferior la fuerza del segundo argumento; verdad es que Descartes ha rechazado o tratado de rechazar los motivos de duda y de ateísmo consignados en un principio; es probable que la idea clara de Dios y los destellos del *cogito* hayan fulgurado a su mente en los exordios mismos de su empresa; pero es muy personal, muy interior, y en nada desvirtúa el sentido explícito de la letra. Añádase que en una de sus cartas, preguntado directamente sobre el asunto: “Utrum de Deo dubitare unquam liceat; Utrum liceat quicquam falsi in iis quae Deum

(1) Cf. At. VIII, B., 5 c., 173 a., 174-5.

(2) At. VIII, B., 366-8.—Cf. 173, 175, 309.

(3) At. VII, 258.

(4) At. VII, 350-1.

spectant supponere”, Descartes no tiene el menor recelo en afirmar que es lícito mientras sea útil; si uno apela a la duda para quedar en ella, peca gravemente por el peligro a que se expone en materia de tanta trascendencia. Si abraza la duda como medio para un conocimiento superior, hace una cosa de todo punto piadosa y honesta (1). Es precisamente el caso que nos ocupa.

Además, Descartes había estudiado con los Jesuitas y conocía perfectamente la antigua y tradicional práctica de la escuela; él había hojeado y hojeaba la *Suma* de Santo Tomás y tenía entera noticia del proceso del Santo: “Utrum Deus sit. Videtur quod non.—Sed contra est.” Ahora bien: ¿es concebible que quien se ha acogido a la sombra de los autores eclesiásticos, de los teólogos, de los Doctores y de los Padres en más de una ocasión, en ésta, donde se trataba de su fe, amén que de su buena fama, no haya apelado a la autoridad de los mismos protectores?

Dejemos, con todo, estos argumentos laterales y vengamos a pruebas que tocan la cuestión más directamente.

Sea la primera la misma dificultad que encuentra en realizarla: “Assidue —observa— recurrunt consuetas opiniones, occupantque credulitatem meam tanquam longo usu familiaritatis iure sibi devictam, fere etiam me invito; nec unquam iis assentiri et confidere desuescam, quandiu tales esse supponam, quales sunt revera, nempe aliquo quidem modo dubias...” (2) Y en otro lugar: “Quoties haec praeconcepta de summa Dei potentia opinio mihi occurrit, non possum non fateri, siquidem velit, facile illi esse efficere ut errem etiam in iis quae me puto mentis oculis quam evidentissime intueri. Quoties vero ad ipsas res quas valde claro percipere arbitror me converto, tam plane ab illis persuadeor, ut sponte erumpam in has voces: fallat me quisquis potest, nunquam tamen efficiet ut nihil sim quandiu me eliquid esse cogitabo; vel ut aliquando verum sit me nunquam fuisse...” (3)

Estos y otros desahogos de Descartes denuncian como una lucha reñida dentro de su alma: la duda no es fácil negocio para su mismo predicador.

Menos fácil ha de ser para los oyentes: “Peto ut lectores advertant —dice— quam debiles sint rationes, ob quas sensibus suis hactenus crediderunt, et quam incerta sint omnia iudicia quam illis superstruxerunt; idque tandiu et tam saepe apud se resolvant, ut tandem consuetudinem adquirant non amplius ipsis nimium fidendi. Hoc enim necesse iudico ad certitudinem rerum metaphysicarum percipiendam.” (4) Que no se apre-

(1) Cf. At. IV, 62-4.

(2) At. VII, 22.

(3) At. VII, 36.—Cf. VI, 549.

(4) At. VII, 162.

suren demasiado los que lean la *I Meditación* o los *Principios*, aconseja en otro lugar, sino que la consideren durante algunos meses o, cuando menos, algunas semanas (1). ¿Qué razón tendría aquella lucha y esta tan continua insistencia de tratarse no más que de la ficticia, empleada continuamente y por los mismos principiantes en la escuela?

Duda real y seria exigen de consuno, además, su ocasión y sus argumentos. Descartes no ha aprendido nada de cierto en los libros, nada ha adquirido de inconcuso ni en el mundo ni en las escuelas. La Filosofía no es otra cosa que una colección de encontradas sentencias, sin que sea dado caer en extravagancia en que no haya caído precedentemente algún filósofo. Las otras disciplinas, apoyadas en tan poco seguros principios, no pueden tener mayor consistencia. El, que escribía: “Ab ineunte aetate ad litterarum studia animum adieci; et quoniam a praeceptoribus audieram illarum ope certam et evidentem cognitionem eorum omnium quae ad vitam utilia sunt acquiri posse, incredibili desiderio discendi flagrabam” (2), añade luego: “Sed simul ac illud studiorum curriculum absolvi, quo decursu mos est in eruditorum numerum cooptari, plane aliud coepi cogitare. Tot enim me dubiis totque erroribus implicatum esse animadverti, ut omnes discendi conatus nihil aliud mihi profuisse iudicaret, quam quod ignorantiam meam magis magisque detexissem. Attamen tunc debebam in una ex celeberrimis totius Europae scholis, in qua, sicuti in universo terrarum orbe, viros doctos esse debere cogitabam. Omnibus iis quibus alii ibidem imbuebantur tinctus eram. Nec contentus scientiis quas docebamur, libros de quibuslibet aliis magis curiosis atque a vulgo remotis, quotquot in manus incidebant evolveram. Aliorum etiam de me iudicia audiebam, nec videbam me ququam condiscipulorum inferiorem aestimari, quamvis iam ex eorum numero nonnulli ad praeceptorum loca implenda destinarentur. Ac denique hoc saeculum non minus floridum et honorum ingeniorum ferax quam ullum praecedentium esse arbitrabar. Quae omnia mihi audaciam dabant de aliis ex me iudicandi, et credendi nullam in mundo scientiam dari, illi parem cuius spes mihi facta erat.” (3) Yo dudo que se pueda escribir una página más impregnada de escepticismo.

Vengamos a los argumentos que la moderan y justifican.

Hemos hallado a veces que los sentidos nos engañan; hemos constatado que nos induce a error el natural instinto; en cosas facilísimas de Geometría y otras ciencias muchos hombres yerran siguiendo la luz de su entendimiento. “Por consiguiente —dice Descartes—, mientras no poseamos una garantía de seguridad, un criterio por donde vengamos a

(1) At. VII, 130; IX, 11-2.

(2) At. VI, 541-2.

(3) At. VI, 542.

discernir unos y otros casos, los del buen uso de nuestras facultades y los de sus falacias, debemos suspender el juicio y dudar de su veracidad. Los principios que se invocan no son ficticios, son reales, son testimonio más o menos triste de la realidad; nos engañamos sin sospechar el engaño; cuando nos hemos creído más seguros, nos hemos percatado más indefensos. Y ¿quién nos asegura que hemos corregido ya todos nuestros errores? Los principios que se invocan para la duda son reales, la duda debe serlo a su vez.

Si se trataba no más que de una duda ficticia, ¿a qué viene aquel extraño recelo de que su uso no convenga a muchos, a la mayor parte de los hombres y aquella declaración de que puede serles hasta peligrosa? (1) ¿Acaso no la había usado Santo Tomás en una obra que Descartes sabía dedicada a los novicios?

¿Y a qué viene, asimismo, aquella exclusión de la vida práctica, de la Ética y de la Religión, si era el caso de simular una abstención más bien que de realizarla? (2) “Es que en el pensamiento de Descartes —como observa Mercier—, la duda no es una simple suposición sin consecuencias, sino una verdadera amenaza contra la posesión real de la certeza y de la paz del alma.” (3)

* * *

(1) Ya en el Discurso advirtió: “Vereor ne hoc ipsum quod suscepi tam arduum et difficile sit, ut valde paucis expediat imitari. Nam vel hoc unum, ut opiniones omnes quibus olim imbuti sumus deponamus, non unicuique est tentandum. Et maxima pars hominum sub duobus generibus continetur, quorum neutri potest convenire...” (VI, 548.) Y respondiendo a las observaciones de Arnauld: “Quod ea quae in prima Meditatione —scribe— atque etiam in reliquis continentur, ad omnium ingeniorum captum non sint accomodata, plane concedo; idque ubicumque se obtulit occasio, testatus sum, atque in posterum testabor. Et haec eadem fuit causa cur eadem in eadem in Dissertatione de Methodo, quae gallice scripta erat non tractarim, sed ad has Meditationes, quae a solis ingeniosis et doctis legendas esse paremonui, reservarim. Neque dici debet rectius me facturum fuisse, si abstuissem ab iis scribendis a quibus legendis permulti debeant abstinere; tam necessaria enim existimo, ut sine ipsis nihil unquam firmum et stabile in philosophia statui posse mihi persuadeam. Et quamvis ignis et ferrum ab imprudentibus aut pueris sine periculo non tractentur, quia tamen utilia sunt ad vitam, nemo est qui putet id circo ipsis esse carentum.” (VII, 247.)

(2) “Ut illi qui novam domum in locum eius quam inhabitant, volunt exstruere, non modo veterem prius evertunt, lapides, ligna, caementum, aliaque aedificanti utilia sibi comparant, Architectum consulunt, vel ipsimet se in architectura exercent et exemplar domus faciendae accurate describunt, sed etiam aliam aliquam sibi parant, quam interim, dum illa aedificabitur, possint non incommode habitare: sic ne dubius et anxius haerere circa ea quae mihi erant agenda, quandiu ratio suaderet incertum esse circa ea de quibus debebam iudicare: atque ut ab illo tempore vivere inciperem quam felicissime fieri posset, Ethicam quamdam ad tempus mihi effinxi, quae tribus tantum aut quatuor regulis continebatur.” (VI, 552.) “Postquam me iis regulis instruxissem, il lasque simul cum rebus fidei, quae semper apud me potissimae fuerunt, reservassem, quantum ad reliqua quibus olim eram imbutus, non dubitavi quin mihi liceret omnia ex animo meo delere (id., 556).

(3) *Criter. gen.* (Paris, Alcan, 1906), pág. 72.

Otro de los caracteres que hay que estudiar en la duda de Descartes es el que a su motivo se refiere. Porque desde este punto de vista debe distinguirse una duda positiva y otra negativa. Es positiva la que surge ante argumentos que militan con igual o equivalente valor por ambas partes; es negativa la que carece de motivo determinante por la ignorancia misma de aquellas razones. Allí, la balanza mantiene su fiel porque en uno y otro platillo se han colocado pesos iguales; aquí guarda su equilibrio por la ausencia en ambos de peso alguno.

Si bien por uno de los párrafos que hemos trasladado aparece la ignorancia como causa principal y en un principio exclusiva de la duda cartesiana, fácil es reconocer que esa ignorancia ya es un muy poderoso argumento. Descartes no decide la duda porque desconoce las razones de la certeza, sino porque conoce o cree conocer que la tanto pregonada ciencia no tiene en su favor razón ninguna: no hay una verdad en que convengan todos los filósofos; al cabo de tantos siglos de investigación y estudio, no se ha dado con una proposición incommovible. ¿No es esta misma esterilidad el argumento más positivo del escepticismo?

Se infiere, además, del método o proceso dubitativo: si Descartes se hubiera contentado con hacer abstracción, relegar a la ignorancia o al olvido los conocimientos que creyó antes ciertos y ahora sospechaba poco seguros; si para levantar el nuevo edificio de la ciencia sobre roca inmóvil hubiera comenzado por asolar de un golpe el viejo y vacilante caserón; si para separar, valiéndonos de una comparación que le es propia, las manzanas buenas de las podridas, no hubiera hecho sino arrojarlas primero todas, sin distinción, del cesto, para luego separar las dañadas y volver a introducir las que no lo están, su duda pudiera pretender el dictado de duda negativa, si no en los orígenes que dieron motivo al proyecto, cuando menos al poner manos a la obra. Pero Descartes no olvida sino lo que advierte no haber, en realidad, aprendido; no destruye sino lo que encuentra vacilante; no arroja del cesto más manzanas de las que constata están dañadas y pueden contagiar y perder las otras. "*Quia tunc veritati quaerendae, non autem rebus agendis, me totum tradere volebam, putavi mihi plane contrarium esse faciendum, et illa omnia in quibus vel minimam dubitandi rationem possem reperire, tanquam aperte falsa esse reicienda; ut experirer an illis ita reiectis, nihil praeterea superesset de quo dubitare plane non possem.*" (1)

Por esto Descartes comienza por probar los criterios sobre que apo-

(1) At. VI, 558. "*Quia iam ratio persuadet, observa al principio de las Meds., non minus accurate ab iis quae non plane certa sunt et indubitata, quam ab aperte falsis assensionem esse cohibendam, satis erit ad omnes reiciendas (las antiguas opiniones) si aliquam rationem dubitandi in unaquaque reperero.*" (At. VII, 18.) Y en los Principios: "*Quoniam infantes nati sumus, et varia de rebus sensibilibus iudicia prius tulimus quam integrum nostrae rationis usum haberemus, multis praeiudiciis a veri*

yan sus creencias: cuando ve que no sufren una justa crítica, los desecha al campo de la duda. Cuando Gassendi le advierte que podía llenar su cometido *simpliciter ac paucis verbis*, teniendo por incierto lo conocido y reeligiendo luego lo que encontrare inconcuso, aquél, entre otras cosas, le responde: "Nihil prodest ad errores nostros emendandos quod dicatur nos errare, quia nostra mens calligat vel natura est imbecilla; idem enim est ac si tantum diceretur nos errare, quia sumus erroribus obnoxii; et manifeste utilius est attendere, ut feci, ad omnia in quibus contingere potest ut erremus, ne ipsis temere assentiamur." (1) Como dirá más tarde Malebranche, no basta proclamar que el entendimiento es débil: hay que mostrarle sus flaquezas; no basta decir que está sujeto a error: hay que descubrirle en qué consisten precisamente sus errores (2).

Y porque fuera negocio interminable el de examinar una por una las dichas creencias, y porque, minados los fundamentos, todo el edificio caerá, Descartes ataca desde un principio la base sobre la cual apoya toda la construcción (3).

Para esto echa mano del doble instrumento que suele emplearse en el examen de toda teoría: los defectos que de sí propia ostenta y los vacíos que una hipótesis legítima denuncia. "Prudentiae est (insiste repetidas veces) numquam illis plane confidere qui nos vel semel deceperunt." (4) Y a Gassendi: "Notandum etiam te plane non videri intelligere, o caro, quidnam sit ratione uti, quandoquidem ut probes sensuum fidem non debere esse suspectam, dicis: etsi aliquando non utens oculo visus sim ea sentire quae sine oculo non sentiuntur, me tamen non esse expertum semper eandem falsitatem; tamquam si non sufficiat ad dubitandum, quod errorem aliquando deprehenderimus, et tamquam si fieri posset ut semper, quoties fallimur, adverteremus nos falli, cum e contra in hoc ipso error consistat, quod a nobis sub specie erroris non advertatur." (5)

El otro criterio: "Quia iam ratio persuadet non minus accurate ab iis quae non plane certa sunt atque indubitata, quam ab aperte falsis assensionem esse cohibendam, satis erit ad omnes (meas sc. opiniones)

cognitione avertimur; quibus non aliter videmur posse liberari, quam si semel in vita de iis omnibus studeamus dubitare, in quibus vel minimam incertitudinis suspicionem reperiemus." (At. VIII, 5.—Cf. VII, 351.)

(1) At. VII, 349.

(2) *Recherche de la vérité*, liv. I, ch. XX.

(3) At. VII, 18.

(4) At. VII, 18; VIII, 6, etc.

(5) At. VII, 354. En otro lugar: "Nullam habes rationem existimandi omnia in quibus error esse potest, iam olim a te fuisse animadversa; et facile probari posset te in iis interdum falli quae certa esse sic admittis." (At. VII, 385-6.)

reiciendas, si aliquam rationem dubitandi in unaquaque reperero." (1)
 ¿La razón? Porque "ad recte philosophandum non est opus ut ea omnia
 quae non admittimus, quia ignoramus an sint vera, probemus falsa esse;
 sed tantummodo esse summopere cavendum ne quid ut verum admitta-
 mus, quod non possimus probare verum esse" (2).

Sirviéndose de estos dos postulados, Descartes ataca las diversas fa-
 cultades de conocimiento; atacando las facultades, ataca sus actos, y
 atacando los actos, ataca su testimonio y contributo.

Si al contacto de una de esas reglas, los sentidos, externos o inter-
 nos, la memoria, la inteligencia misma, vacila o flaquea, Descartes re-
 chaza su veracidad y destierra al campo de la duda todos sus datos.

Basta que los sentidos, que la memoria, que el entendimiento, nos
 hayan engañado alguna vez, para que debamos temer que en análogas
 circunstancias, sobre los mismos o parecidos objetos, nos engañen siem-
 pre. Basta que no podamos disponer de un criterio cierto para discernir
 el sueño de la vigilia, para que no demos mayor valor a las imágenes que
 percibimos durante el día que a los fantasmas que nos asaltan durante
 la noche. Basta que podamos sostener que no repugne la hipótesis de
 un Dios o Genio juntamente falaz y omnipotente, para que caigan por
 tierra los más firmes pilares de nuestras convicciones.

Estos argumentos son positivos, tan positivos, que Descartes mismo
 reconoce haber sido en todo tiempo las armas de los escépticos; tan po-
 sitivos, que, una vez adelantados, no ya la fuerza de Descartes, pero nin-
 gún poder humano será capaz de debilitar.

FR. P. LUMBRERAS, O. P.

(Continuará.)

(1) At. VII, 18.—Cf. 553. "Statim, dice en otro lugar, atque aliquid a nobis recte
 percipi putamus, sponte nobis persuademus illud esse verum. Haec autem persuasio
 si tam firma sit ut nullam unquam possimus habere causam dubitanti de eo quod nobis
 ita persuademus, nihil est quod ulterius inquiremus..." (At. VII, 144.—Cf. 460 y
 VIII, 5.)

(2) At. VII, 354.

Alteraciones y reconstitución de una personalidad

(Continuación.)

CAMBIO DE FASE

En seguida que quedamos los dos solos, poniéndose muy alegre, exclamó: "Dentro de cuatro horas." Y con esto empezó ya a recordarme lo escrito en el papel de ayer (29) y a olvidar lo del de hoy (30). Pero diciéndole yo que no temiera, replicó: "Estaré muy contento... Apenas conoceré a nadie..., a dos más."—"¿Quiénes?"—"El P. C. (F.) y Fr. Enc. Nada más ponerme las manos así (en las sienes), perderé la vista."—"¿Cuándo?"—"De aquí a tres horas y media."—Eran entonces las siete, y para ver qué resultaba y evitar, a ser posible, que volviera a esa fase, que no me había dejado muy satisfecho, le dije: "No ponga ahí las manos."—"Bueno— replicó—; ¿y si las pongo sin querer?"

Me pidió, para corregir algunas cosas, el papel del 29; pero, escarmentado, y temiendo le diese por modificar lo que ofrecía tan buenas esperanzas, no se lo enseñé, dándole buenas disculpas, y así, sólo explicó el de este mismo día 30.

A las nueve y media se acostó, bueno y contento, en la misma fase aún; mas a las once fué el enfermero a verlo y lo halló ya cambiado.

OTRA VEZ NIÑO CIEGO

El día 31, a las seis y media, lo encontré con el enfermero, muy triste y diciendo: "No es el P. Juan." Al oírme, en seguida me conoció y se puso alegre. Habiéndolo vestido, le mandé se pusiera la capa, y dijo: "No, la *greca*", o sea el abrigo que en la otra fase ciega había lle-

vado. Le encargué se dejara servir del mismo enfermero, y sin dificultad lo hizo, dándole ya en adelante ese nombre. Le pregunté por los dos *amos* y por algunos de los demás Padres que, con nuevos nombres, había llegado a conocer así ciego, y no los recordaba. En cambio, dijo que conocía también —además de F. B. y a mí— al P. F. C. (antes *Marcha Real*) y a Fr. Enc., *amigos suyos*. Temiendo no los contara en el número de “los de siempre”, le dije no fuera a tratar de hacer con ellos alguna *picardía*, y me prometió que no. Con esto vi que recordaba algunas cosas del otro día; y sabía ya la Doctrina cristiana y algo de música, y cantaba muy bien la *Marcha Real*.

Viéndole, pues, con más conocimientos y como de algunos años más de los que aparentaba al principio de la otra fase, le di un lápiz y un papel para ver si así, a ciegas y todo, sabía escribir su nombre. Pero no acertaba con la C. Entonces le mostré una al tacto, y, reconociéndola, se puso ya sin dificultad a escribir lo que le había mandado, con algo más que añadió y con letra cada vez mejor o menos mala, como propia de niño, según puede verse aún en ese papel, que conservo junto con otros varios por el estilo. A su nombre antepuso ya, sin dificultad, el *fray*, como de costumbre, pero añadiéndole una larga serie de apellidos, en esta forma: *F. C. G. González, Bravo, Lezcano, Revilla, Plaza, Barba, Palacín*. Le mandé escribir también el mío, y lo hizo con mejor letra aún, añadiendo: *Catedrático Física, Historia Natural*.

Luego, del todo espontáneamente y sin decirme nada, escribió: *El sábado te se pasa a las cuatro, poco más*. Preguntado por esto, respondió que *se lo habían dicho esta mañana*. Y continuó escribiendo: *Guerra al mundo, demonio y carne; guerra, guerra contra Lucifer*. En seguida se puso a cantar varios cánticos religiosos que en la niñez sabía.

Antes de escribir le mostré algunos grabados de pájaros, y los tenía otra vez todos por *erizos*. Le di rapé, a ver qué hacía, y no sabía tomarlo; preguntó si picaba, y cogiendo un poquito con un solo dedo, le hizo toser y llorar.

Habiendo yo tenido luego que salir a confesar a las Religiosas de Cangas, lo dejé entre tanto con uno de los dos nuevos conocidos suyos, el P. F. C., en cuya celda se entretuvo casi toda la mañana cantando y tocando la filarmónica, pero no comoquiera, sino admirablemente. Este Padre, que también entendía de tocarla, y que antes solía ser de él en-

vidiado, por manejarla mucho mejor, ahora estaba atónito, viéndose de repente muy superado y oyéndole muchas piezas nuevas que antes ni de nombre recordaba. Esto le dió mucho que pensar y que temer, y juntándolo con aquella portentosa delicadeza del tacto y todo lo demás, le hizo creer, y así me lo declaró luego, que aquello tenía todas las trazas de ser diabólico.

Temiendo se alarmara más el pobre chico oyendo a éste o a otros tales sospechas, le encargué mucho que anduviera siempre a mi lado, sin separarse un punto, sino para quedar tan sólo con quien yo le dijera y le hablara como convenía. Le saqué a la tarde conmigo a paseo por el bosque, y todos quedaban maravillados de verle seguirme por mal camino desde bastante distancia, sin perderme la pista con la palma de la mano. Y lo más chocante es que, no sólo conoció también a F. B. y Fr. Enc. por el tacto, desde cosa de un metro de distancia, o tocando sus escapularios, sino que, diciéndole yo que me indicara los árboles y arbolitos que había cerca de nuestro camino, me los iba señalando todos con gran precisión desde unos dos metros, y aun desde más lejos empezaba ya a orientarse bien hacia ellos, diciéndome que los sentía con la mano.

A la noche estuvo en mi celda entretenido en cantar, y, sobre todo, en tocar con el acordeón muchas piezas, casi todas religiosas, y al ver cuán bien las tocaba —siendo así que antes solía manejar con dificultad ese instrumento, sin poder competir con el P. F. C.—, y enterado por éste de que algunas de aquellas piezas antes no las sabía, pude averiguar cómo las aprendió, y vi claro que, lejos de ser cosa diabólica, eran simples recuerdos de su niñez, que ordinariamente tenía olvidados, y ahora, en esta fase ciega, se le habían renovado del todo: él mismo me fué diciendo cómo y cuándo había estudiado de niño esas piezas y cómo entonces se había ejercitado mucho en el acordeón o filarmónica, que luego abandonó.

Alguna de esas piezas olvidadas creo que se la hicieron copiar entonces. Pero a la vez decía que quería tocar también el piano y el órgano.

Luego lo llevé al coro, a la oración, y rezó bien el Rosario, etc. Y volviendo a tocar en mi celda el acordeón, mientras yo rezaba Maitines, lo vi sonreírse... En un papelito escribió que lo llevara al Noviciado después de cenar, que allí le hablarían... Fuimos, en efecto, y allí, en me-

dio de los coristas, quedó mirando y sonriendo, como quien ve cosas alegres, y sin luz ni fijarse, más que enredando con los dedos, escribió de lápiz que tenía que ir a mi celda a confrontar y discutir los tres papeles del 29. He aquí ese escrito, embrollado:

A discutir los tres papeles, y fijate bien en todo lo dicho el 29. Y sobre todo, en lo que dijiste de las fases.

Luego tocó en el piano, bastante bien, varias piezas que tocaba en su pueblo; pero no pudo recordar nada de lo que mejor suele tocar ahora aquí. En seguida, continuó escribiendo:

No pusiste la hora en que habías de ir a la celda del P. J. a discutir; pero mejor será que vayas cuando esté el P. L., y allí, que, en presencia suya, se haga todo. Mañana, en Física, estaremos algo contigo. Que andes muy formal y no hagas caso de los coristas, sobre todo.

Nos dió luego cierta reseña de los "ladrones"; dijo que no todos eran como los del primer día. Con este motivo procuramos persuadirle a no hacerles caso ni prestarles atención, si no quería estar expuesto a muchos peligros y engaños, pues atendiendo a esas visiones es como daría entrada al demonio. Y por esto, le aconsejamos que cuando los viera rezara alguna oración y no tuviera ningún miedo. Y él quedó muy conforme y nos prometió hacer como le mandábamos.

Estando así, recordaba lo escrito en los papeles (del 29) y lo sucedido en la última fase lúcida anormal, y dijo que ésta le había venido por causa de nosotros, y que, probablemente, no tendría más que otra hasta mayo y estaría contento.

El día 1.º de abril se levantó tarde, y pudo ya vestirse él mismo el hábito, pero diciéndole cómo. En clase tuvo el diálogo anunciado: le dijeron que no eran ladrones, y que por eso no les ofendía que rezara el Rosario, besara la Cruz, invocara el santo nombre de Dios, etc., y que si había algunos del primer día, esos no eran malos; que el suponerlos él ladrones provenía de la primera impresión fuerte... Contó algunas cosas más que les había oído la noche anterior y no había aún escrito, y entre ellas, que "si no le daban ataques desde el 23 de mayo hasta el 3 de septiembre, se acordaría de muchas cosas de que, en estado normal, no se acuerda ahora". Y él mismo escribió de lápiz:

Desde el 3 de septiembre hasta el 12 de diciembre me acordaré de bastantes cosas que hice en los ataques.

En el mismo papel hallo escrito y firmado por él, no sé si entonces o la noche antes, lo siguiente:

Dile al P. J. qué distracción es la que te conviene, y que cuidado los demás Religiosos con las mofas.—F. C. G.

Nos contó muchas cosas relativas a su niñez y a su familia: dijo cómo de pequeñito había tenido el sarampión; que cuando murió su madre, siendo él pequeño, había quedado con un *sobresalto*, y lo tuvo que coger el maestro, y que su padre tuvo entonces un *susto* o *congoja* por no poder llorar... Que empezó a aprender música cuando iba a la escuela, y que a ésta iba desde los *dos años*, pues ya hablaba bien. Vimos que sabía acompañar con el acordeón un *Invitatorio*, pero no la letra. Nada sabía de latín, ni aun declinar; decía que había pensado estudiarlo; pero... (no sabía cómo ni cuándo, y le parecía que en seguida, de pequeño) le habían traído aquí antes de ponerse a estudiarlo... Que el hábito lo había tomado... *ayer...* y se lo había dado yo... Según esto, debería creerse como de unos diez u once años, pues a los doce es cuando empezó a estudiar latín. Mas a la noche, preguntado por la edad, daba a entender que tenía unos *nueve años*; “pero me han dicho, añadió, que diez y siete”.

También dijo que los *compañeros* no eran ladrones, y le habían reñido porque no era fraile, mandándole me dijera que no me extrañase de ciertos movimientos, que son por causa de la enfermedad; que rezara y fuera al Noviciado a *distraverse*; que no hiciese caso de los coristas, que éstos le querían; pero que no le tiraran del hábito... Cosas imposibles, en fin, querer ir a divertirse con jóvenes, y provocarles él y no ser correspondido con alguna indiscreción.

Resumen.—En esta segunda fase ciega tiene bastantes más conocimientos que en la primera, y su memoria se extiende a una edad posterior, hasta hacia los nueve u once años. Recuerda lo acaecido en su pueblo mientras estudiaba música. Al hablar, tartamudea o balbucea. Se llama *fray* y no tiene aversión al hábito; promete ponerse ya la capa, quiere ir a coro y sabe dónde está la llave de su celda; llama por su nombre varias cosas del convento, además de las que a mí se refieren; sabe qué día es y que, por ser viernes de Cuaresma, no se puede comer carne, pues en su casa no se comía, y sabe ya también que tiene, en realidad (porque alguno se lo aseguró), nada menos que diez y ocho

años. No se acuerda de las cosas que en la otra fase análoga le sucedieron; pero, bajo la influencia de una visión, parece ir recordando todo lo relacionado con ella, como, por ejemplo, los robos de cualquier fase. Come y duerme bien y está alegre, pero algo demacrado. En vez de terminar esta fase a la hora anunciada, se le prolongó, con algunas variantes, como vamos a ver.

El día 2, sábado antes de Ramos, por la mañana, le “dijeron” que, por haberse disgustado en la celda rectoral, no *despertaría* hasta el 3, y a la tarde, en la misma clase, que hasta el 4 (lunes), por enfadarse, queriendo ir al Noviciado. Traté de impedir esta dilación, procurando contrarrestar en lo posible esas “locuciones”, que así lo mantenían ciego. Al efecto, a las cuatro y media logré, cerrándole los ojos y opriéndole un poco en las sienes, que quedara profundamente dormido, y entonces traté por dos veces de sugerirle que despertara con vista; pero en vano. Otras dos veces quise sugerirle lo mismo estando él despierto, y también fué inútil. Pero en esos mismos sueños tuvo un diálogo, donde le dijeron que *mañana* le indicarían la hora de despertar, y si no, media hora antes lo sabría.

Por la noche fué ya a Maitines conmigo y estuvo siempre a mi lado muy formal, tocándome a veces ligeramente en la capa y conociendo así e imitando muy bien las ceremonias que yo hacía, y cantando cuando oía cantar las cosas que él había de niño aprendido, como *amén, et cum spiritu tuo*, etc.

El día 3 se empeñó en tocar a la Misa de Comunión; para lo cual, pidió al Noviciado *El Trovador*, y lo tuvo delante, pero *cerrado*, y tocó bien, sin que nadie pudiera conocer ni sospechar su estado. A la noche volvió a Maitines, y se arregló aún mejor, contándome después, muy ufano, pero con su lenguaje especial, lo que había cantado y las ceremonias que había hecho, cómo se *agachaba* (o hacía una *inclinación*) al cantar *Gloria Patri...*, y se *tumbaba* (*postración*) al *Kyrie...*

Al fin de Maitines vinieron *los de siempre* y le dijeron despertaría el 4, antes de las nueve y media de la noche; que no volvería a quedar ciego hasta después de Pascua, y que si no le dijeron antes la hora fué porque temían algún cambio ocasionado con nuevos disgustos.

El día 4 lo pasó como los anteriores, *enseñando música* a un principiante; de ahí todo su empeño en ir al Noviciado. A las cuatro de la

tarde, tocando el acordeón en mi celda, quedó medio dormido y tuvo una *visión*, que no quería escribir, y, al fin, la escribió; le decían que la última vez que estaría sin vista sería, probablemente, con motivo de la respuesta del P. A. C.

A las nueve y cuarto, dijo: "Voy a despertar." Puso las manos en las sienes, y antes de un minuto pidió rapé, cosa que no me había advertido. Se lo negué para ver qué hacía, y al oír que le *picaba*, desistió; mas temiendo yo no se entorpeciera el despertar, le hice tomarlo. Puso otra vez las manos, apoyándose en la mesa, y al minuto, sobresaltado un poco, sonrió, diciendo: "Ya desperté." No se alarmó de encontrarse entre los coristas; recordaba varias cosas de esta fase ciega, y aun al día siguiente dijo que todavía conservaba de algunas de ellas cierta idea general. Creía que aún debía ser sábado 2, porque así me indicó que lo suponía ya antes de entrar en esta fase. Nos dijo, además, que el día 30, a las diez y media, noche, habiendo despertado, se puso, inadvertidamente, las manos en la cabeza, y así, perdió el conocimiento...

En resumen: tenía estos días, en todo, un carácter de niño: juguetando, saltando, atrevido, inocente, crédulo a cualquier tontería; si le decían, por ejemplo, que las piezas de un *dominó* quemaban, que había muerto F. E., etc., luego lo repetía él muy convencido. Tenía una memoria muy fácil para palabras y aun para cánticos; y así, aprendió a tocar con el acordeón varias piezas. Mas sus recuerdos aún no llegaban a los doce años, pues no se acordaba de cosas que entonces presenció.

En ambas fases ciegas tenía tan delicados los párpados, que no se les podía tocar, y necesitaba andar con anteojos de color.

FR. JUAN G. DE ARINTERO.

(Continuará.)

BOLETÍN DE LA SAGRADA ESCRITURA

La guerra europea continúa absorbiendo las energías espirituales y privándonos cada vez más de los frutos de la ciencia. En las páginas que siguen recogeremos los pocos trabajos que hemos podido haber a la mano sobre la Escritura, procurando, como en otras ocasiones, fijar nuestra atención en las conclusiones que tienen más íntima conexión con los principios dogmáticos y literarios de la exégesis bíblica.

INTRODUCCIÓN GENERAL

El profesor A. Brassac, que hace años publicó una nueva edición de los dos tomos que el *Manual bíblico* de Vigouroux-Bacuez consagraba al Nuevo Testamento nos ofrece ahora una refundición del primer tomo del Antiguo Testamento (1). La difusión que esta obra adquirió, en los Seminarios sobre todo, y la autoridad que se le ha venido atribuyendo, nos inducen a exponer con alguna amplitud su contenido, según el criterio antes indicado.

“Esta refundición de la obra de Vigouroux él más que nadie la juzgaba necesaria. Mejor que nadie sabía que desde la primera edición del *Manual*, o sea desde hace más de treinta y cinco años, la mayor parte de los problemas bíblicos estaban renovados y transformados; que importantes descubrimientos y trabajos de los sabios católicos habían cambiado la exégesis en muchos puntos de historia, arqueología, lingüística; finalmente, que las decisiones de la Comisión bíblica habían resuelto gran número de controversias o limitado el terreno abierto a la libre discusión.

”Estos datos nuevos habían sido recogidos en gran parte en el *Diccionario de la Biblia* y en otras obras de Vigouroux; habían sido indicados en las ediciones sucesivas del *Manual bíblico*; pero era preciso exponerlos con la debida amplitud, para uso de los estudiantes eclesiásticos y de los legos instruídos que se interesen por los estudios bíblicos.”

El mismo autor añade que “el método y la doctrina no han cambiado nada

(1) *Manuel Biblique ou Cours d'Écriture Sainte à l'usage des Séminaires*, Ed. 14.^a revue par A. BRASSAC, professeur d'Écriture Sainte au Séminaire Saint Sulpice d'Issy, avec la collaboration de J. DUUCHER, prof. d'Écriture Sainte au même Séminaire. Tome I. *Introduction Générale. Pentateuque*. París, R. Roger et F. Chernoviz, 1917.

en lo esencial", aunque muchas cuestiones haya sido necesario ampliarlas, otras añadirlas y otras también eliminarlas, como menos correspondientes al estado de la controversia científica (págs. VIII s.).

Primeramente adviértense las ampliaciones en el tratado de la inspiración y sobre la verdad infalible de la Escritura. Sobre estos puntos son de notar las conclusiones de Brassac: "El método que se debe seguir en este estudio ni es la observación experimental, ni las deducciones *a priori* de la razón, por tratarse de un fenómeno divino, sobrenatural y dependiente de la libre voluntad de Dios. Nuestras fuentes de información son dos: los datos de la Revelación divina contenidos en la Escritura y en la tradición, que nos hacen conocer lo que Dios tuvo a bien manifestarnos sobre este punto; el estudio racional y crítico de los mismos Libros sagrados, que, por el examen de los resultados o efectos de la inspiración, puede llegar a obtener cierto conocimiento de la causa misma, o sea de la acción inspiratriz de Dios." (Pág. 34.) La fuerza de la reacción contra el moderno criticismo de los protestantes, y, en parte, de algunos católicos, que del todo olvidaban o no tenían en la debida cuenta los principios dogmáticos sobre la naturaleza de la inspiración para guiarse por la sola observación crítica, indujo a ciertos teólogos a incurrir en el extremo opuesto de juzgar de la naturaleza de la inspiración sólo por los datos que la fe nos da, comentándolos con razonamientos teológicos desprovistos de crítica. Pero la verdad está en el medio. A la manera que la historia evangélica nos ayuda a conocer lo que fué en su realidad histórica la humanidad del Salvador, de esta misma suerte, el estudio científico de la Escritura nos declara cómo la verdad divina tomó formas humanas en los Libros inspirados, escritos por hombres, para utilidad de los hombres y en forma acomodada a la condición de los mismos hombres. Desde Orígenes, muchas veces los Padres y Doctores han comparado la Escritura, que es la encarnación de la verdad divina, con el misterio de la Encarnación de la Sabiduría personal de Dios. "La Escritura es el resultado de la colaboración íntima y simultánea de Dios y del hombre: de Dios, como causa principal; del hombre, como causa instrumental y subordinada. En razón de este doble carácter divino y humano, es la Biblia objeto de dos clases de investigaciones, las cuales, bien que distintas, deben unirse, ayudarse y completarse mutuamente: la una, religiosa y teológica; la otra, racional y crítica." (Pág. 47.) Estas son las conclusiones fundamentales para el estudio de la Escritura, que entraña una recta noción de la inspiración divina.

Después de esta conclusión, es de maravillar que al tratar de la inspiración verbal se limite el autor a esta otra "Conclusión: *Prácticamente*, la controversia queda. Cada uno puede seguir su sentir con entera libertad." "*Desde el punto de vista apologético* es indiferente adherirse a una sentencia más bien que a otra." (A. Durand.) "Sin embargo, la teoría de la inspiración verbal nos parece más sencilla y más verosímil. La composición de la Sagrada Escritura es una obra sobrenatural, que el concurso divino penetra totalmente; de suerte que *nada* en esta obra es de Dios, con exclusión del hombre; nada del hombre, con exclusión de Dios." (Pág. 56.)

En lo que toca a la verdad divina de la Escritura derivada de la inspiración, asentado el principio de que *la Biblia encierra una enseñanza ver-*

daderamente histórica, añade las siguientes consideraciones, necesarias para “formarse una idea exacta de la extensión de los caracteres y del valor de esta historia bíblica”:

“1.^a La inspiración es compatible con todos los géneros literarios: la historia propiamente dicha, la historia popular, la poesía, la parábola..., y no modifica las leyes ni las condiciones de los géneros adoptados por los hagiógrafos. *Nadie, pues, tiene derecho para exigir al hagiógrafo otro grado de verdad histórica sino aquel que esté en armonía con el género literario empleado* (1). Sería un error grosero creer que la inspiración confiere necesariamente a cualquier escrito el carácter histórico. Un libro sagrado es histórico cuando el autor quiso narrar historia, y es histórico en la medida en que quiso narrar la historia.

”2.^a *La historia bíblica es, ante todo y esencialmente, una historia religiosa*... (1) En la Escritura, el relato histórico está ordenado al fin religioso.

”3.^a Esta historia *no debe ser considerada como una historia religiosa completa y perfecta, crítica, al estilo moderno* (1).

”4.^a *Hay lugar para distinguir* en la historia bíblica lo que los escritores directamente miran, es decir, *la substancia de los hechos o de los discursos y la manera* (1) en que los refieren, es decir, *el cuadro*, el vestido literario que dan a su relato. Ya hemos dicho que, con frecuencia, sola la substancia de los hechos constituyen el objeto de la enseñanza.

”5.^a Pueden aún encontrarse en la Biblia partes más o menos extensas que, bajo un estilo aparentemente histórico, no constituyen una historia propiamente dicha; antes son parábolas o alegorías, o reproducción de tradiciones populares, en el fondo históricas, pero más o menos adornadas por la ficción.” (Págs. 75 s.) Para justificar estos asertos, que hace una docena de años levantaban tantos clamores, Brassac alega la decisión de la Comisión bíblica de 23 de junio de 1905, en la cual tantas veces se quiso ver una absoluta condenación de las precedentes conclusiones, cuando no lo era sino condicional, es decir, en el caso que faltasen los motivos para prescindir del sentido obvio de la Escritura, que, por regla general, debe ser mantenido en la exégesis bíblica. Más adelante veremos algunas aplicaciones que de estos principios hace Brassac.

La historia del texto del Antiguo Testamento termina con un artículo sobre “la reconstitución de los textos originales por la crítica textual”, para la que formula, entre otras, las siguientes reglas principales: “a) Puesto que todos los manuscritos hebreos constituyen, generalmente hablando, un testigo único, la armonía de los mismos, cuando está en oposición con las versiones o con la crítica interna, no demuestra la verdad de la lección. b) La armonía de los manuscritos y de las versiones no autentiza, infaliblemente, un texto, porque bien puede ser que todos estos testigos dependan de un texto único alterado. Sin embargo, a menos de pruebas positivas en contrario, tal texto debe ser tenido por exacto en virtud del axioma: *Melior est conditio possidentis*.” (Pág. 159.) La historia del texto hebreo y de las versiones justifica suficientemente estas reglas, que a muchos parecen arbitra-

(1) Subrayado por el autor.

rias, creyendo más seguro, tal vez por ser más cómodo, aceptar el texto recibido, sin meterse en otras investigaciones críticas.

Tocante al valor dogmático de la Vulgata, sobre el que tanto discutían los antiguos teólogos, las conclusiones de Brassac son las siguientes: “a) Esta versión no encierra ningún error en materia de fe o de costumbres.” Es la conclusión primera, que se deriva del uso oficial que de ella hace la Iglesia. “b) Sin embargo, los críticos y teólogos actuales convienen en que la Vulgata puede no estar conforme con el original, aun en las partes doctrinales, sea por error de traducción, sea por interpolación en el texto auténtico. c) Pero ni estas inexactitudes de traducción, ni estas interpolaciones, pueden significar alteraciones de la doctrina revelada; el contenido dogmático o moral de tales textos inexactos se hallan consignados en otros textos bíblicos o en la tradición.” (Págs. 219 s.) Como ejemplo de interpolaciones posibles cita el famoso texto de los tres testigos en la primera Epístola de San Juan.

Sobre los sentidos de la Escritura y las reglas de hermenéutica, nada nuevo añade esta nueva edición a las anteriores de Vigouroux. No así sobre el problema del Pentateuco, que está tratado con más amplitud, tanto material como formal.

He aquí, según Brassac, en qué consiste el problema del Pentateuco: “Se trata de saber si el Pentateuco, en *su substancia*, y no en tal o cual detalle, es obra de Moisés. Unánimemente reconocen todos que el trabajo primitivo recibió adiciones posteriores. Aparte del relato de la muerte de Moisés y los complementos de Josué, XXIV, 26, pudieron ser introducidas glosas históricas, geográficas, arqueológicas; es probable que hayan sido insertadas nuevas leyes para que el Código estuviese en relación con el estado religioso y moral de los tiempos posteriores; es verosímil que en algunos lugares haya sido retocado el estilo para hacerlo más claro y más moderno. En una palabra: bien pudieron hacerse ediciones sucesivas del Pentateuco, aunque salvando la substancia de la obra primitiva.” (Pág. 302.)

Este modo de plantear el problema de la autenticidad mosaica del Pentateuco, que corresponde bien a las decisiones de la Comisión bíblica, ya se ve cuánto difiere de la manera como se planteaba no hace todavía muchos años y como se plantea aún hoy por algunos. Se trata de distinguir entre la *substancia de la legislación mosaica* promulgada y redactada por Moisés, y que en la sucesión de los siglos debió ser la norma de vida religiosa y civil del pueblo escogido y las varias formas accidentales, las aplicaciones distintas que esa ley substancial haya tomado en las diferentes épocas de la historia israelita. ¿Quién puede concebir que la divina Sabiduría, que en la promulgación de la ley tanto se atemperó a las condiciones del pueblo, había luego de obligarle a vivir durante doce o catorce siglos encerrado dentro de los moldes de una misma forma de ley? ¿Quién podrá negar que los Profetas posteriores a Moisés, que, según Santo Tomás, tuvieron por misión explicar e inculcar la ley mosaica, no habían de influir en la adaptación del antiguo Código a las nuevas condiciones del pueblo, y esto sin mudar la ley, antes siguiendo fielmente el pensamiento de Dios y de su primer Profeta? Y ¿quién puede negar que estas sucesivas adaptaciones hayan tenido no pequeño influjo en la forma literaria en que la ley se conservaba? Todo esto es claro, dicho en

general; la dificultad está en señalar esa distinción entre la substancia y los accidentes, en trazar la historia misma de estos accidentes, de estas adaptaciones y de los cambios literarios que forman la historia del Pentateuco como Código y como obra literaria. Para resolver esa dificultad, no según los radicalismos de la crítica protestante, sino según los principios de la tradición y las normas de la Iglesia, se precisa un estudio largo de los Libros sagrados, ejecutado con espíritu científico. Las conclusiones de Brassac no pueden ser sino muy generales, pero en consonancia con las ideas antes expuestas.

Quédanos por examinar la solución dada por nuestro autor a las muchas dificultades que la historicidad del Pentateuco ofrece, conforme a los principios arriba expuestos. "Para los católicos y para los protestantes conservadores todo el Pentateuco, sin excluir los once primeros capítulos, son históricos, en el sentido de que narran hechos reales. Pero esta historia no es completa. Además, los hechos, antes de ser consignados por escrito, fueron transmitidos oralmente, y, como es natural, en la forma imaginada de tradiciones populares. El autor inspirado del Pentateuco, o el autor del documento utilizado por aquél, reprodujo estos relatos en la misma forma arcaica, dramatizada, consagrada por el uso inmemorial. Hay, pues, lugar a distinguir la substancia del relato, que es estrictamente histórica y la redacción, es decir, los antropomorfismos, las metáforas, las hipérboles, el estilo dialogado..., que pide una interpretación más amplia." (Pág. 354.)

Cuanto a la aplicación de este principio, Brassac se muestra en el primer capítulo de los Orígenes bastante más literalista que la Comisión bíblica, ya en la exégesis, ya en la condenación de las sentencias contrarias; por ejemplo, la creación de Eva de una costilla de Adán (págs. 379 s.) y el Paraíso (págs. 381 ss.). Sobre la longevidad de los Patriarcas, merece ser anotado lo que escribe: "Bien que ésta sea realmente superior a la nuestra, no puede, sin embargo, ser medida. Los textos más antiguos son divergentes; por otra parte, la interpretación literal es objeto de controversia entre los apolo-gistas católicos, y puede ser mirada como dudosa." Cuatro sentencias enumera: la primera, que los nombres representan pueblos, no es verosímil; la segunda, que las cifras deben tomarse a la letra, se armoniza mal con la historia profana contemporánea de los Patriarcas postdiluvianos. M. Lésêtre propuso otra solución más amplia, que M. Vigouroux hizo suya en el *Diccionario de la Biblia*: "El examen atento de la tabla genealógica de los Patriarcas antidiluvianos autoriza *para no interpretarla con una literalidad absoluta*." Los nombres pertenecen a la lengua hebrea, que no es la primitiva. No parece posible sostener la continuidad de las genealogías bíblicas... Las palabras *engendrar* e *hijo* no significan una generación y filiación inmediatas. "Si no es preciso entender de una manera rigurosamente literal ni los nombres atribuidos a los diez Patriarcas ni la descendencia inmediata de los unos con respecto a los otros, sí es preciso ver en las diez personas mojoneras destinados a señalar el camino más bien que a medirle, síguese que el número de los años atribuido a cada uno puede tomarse igualmente en sentido amplio." La lógica pide que no se interprete más estrictamente la serie posterior al diluvio, que está en pugna con la historia profana,

La cuarta sentencia de las citas implícitas, propuesta por el padre Brucker, S. J., "da lugar a objeciones, principalmente a ésta: el fin del Génesis es trazar la línea de la raza que Dios se había escogido. Es, pues, necesario admitir que, en las tablas genealógicas, la serie de los Patriarcas constituye el objeto de una afirmación". (Pág. 397 s.)

Según, pues, la sentencia de Lešêtre, admitida por Vigouroux, y, a lo que parece, por Brassac, hay que renunciar a tomar al pie de la letra la tabla genealógica, para darle un sentido más amplio, que permita reducir sus afirmaciones a lo que exigen las leyes naturales y las enseñanzas de la historia. Consiguientemente, igual principio debe aplicarse a la cronología bíblica de esta época, ya que esa cronología está basada en las mismas tablas cronológicas. (Págs. 427 ss.) Y análoga conclusión se impone en el relato del Diluvio: "La universalidad absoluta, geográfica y zoológica del mismo no es impuesta por el texto bíblico, y parece inconciliable con los datos científicos actuales." Sobre la sentencia de un diluvio, restringido aun para los hombres, Brassac acepta las siguientes reflexiones del *Diccionario de la Biblia*: "Si las ciencias estableciesen por una demostración rigurosa o por un conjunto de indicaciones precisas y convergentes la no universalidad antropológica del diluvio, debería admitirse que el texto bíblico no se opone... Entre tanto, es prudente atenerse a la segunda opinión de la universalidad antropológica." (Págs. 411 s.). El milagro del diluvio quedaría reducido al anuncio del mismo y a las medidas tomadas para la conservación de la humanidad; en el modo de producirse habría sido natural. (Pág. 412.) También cree preciso conceder en la historia del mar Rojo una parte al lenguaje figurado y a la hipérbole oriental. Los hebreos habrían aprovechado una baja marea extraordinaria, y el hecho quedaría sobrenatural sólo en las circunstancias. (Pág. 494.)

Las indicaciones hechas muestran, si se comparan con el texto antiguo de Vigouroux, cómo la exégesis católica, por una vía o por otra, va adoptando una concepción más amplia de la historia bíblica, llegando en muchas cosas a conclusiones que hace algunos años eran tachadas de peligrosas y ajenas a la tradición.

* * *

Es cosa que se va convirtiendo casi en un axioma que la Sagrada Escritura no admite más que un sentido literal. La doctrina de los antiguos teólogos, que admitía la existencia de varios sentidos, parece a los modernos teólogos y exégetas destituida de fundamento y absolutamente contraria a la verdadera noción de la Escritura. Contra esta doctrina escribe el padre Nicolás Assouad una disertación (1), afirmando la pluralidad de sentidos literales. Su voto tiene no pequeño interés, atendido a que, según confiesa el mismo autor, algún tiempo sostuvo y enseñó la sentencia contraria. "Cum autem decem abhinc annos monumenta Patrum et Doctorum —illius praeser-

(1) *Polysema sunt Sacra Biblia*, auctore Fr. Nicolao ASSOUD, O. F. M., Lect. S. Scripturae, 1917. S. Mauritii Michaeli in Helvetia. Pág. 84, en 4.º

tim aetatis quae a Leone XIII “aurea, dicitur, exegeseos aetas” (*Providentissimus*)— investigar ad rem plenius dignoscendam coeperimus, coepit et haec ipsa prior persuasio nostra infirmari atque nutare, et eo usque instituta inquisitio perduxit, ut jam indubitata pene veritatem existimemus hoc ipsum, quod olim a nobis recentiores fidentius secutis, veluti erroris figmentum repudiabatur.” (Pág. VIII.) Llenos de satisfacción leemos estas palabras de sincera confesión, tanto más cuanto que repetidas veces hemos sostenido en esta revista la misma sentencia del padre Assouad. Por esto mismo, nos creemos más autorizados para señalar, al lado de los méritos de la incompleta disertación, sus defectos.

Con muy buen acuerdo, arguye el padre Assouad contra los exégetas modernos, poniendo de manifiesto su oposición entre la teoría y la práctica.

Es principio de todos recibido que el sentido típico debe fundarse en el *histórico*. “Ubi cumque igitur in scripturis, praeter litteralem sensum, mysticus est etiam agnoscendus, ibi necesse omnino est argumentum seu sensum litterae ad objectum materiale illius disciplinae, quae historia proprie dicitur, pertinere.” (Pág. 17.) Tomando las cosas en su estricto sentido, tal parece ser el de Santo Tomás, cuando, exponiéndonos la razón del sentido típico, dice: “Sic ordinantur res in suo cursu, ut ex eis talis sensus possit accipi, quod ejus solius est, qui sua providentia res gubernat, qui solus Deus est. Sicut enim homo potest adhibere ad aliquid significandum aliquas voces vel aliquas similitudines fictas, ita Deus adhibitionem aliquorum ipsam cursum rerum suae providentiae subjectarum.” (*Quod.*, VII, q. 6, a. 16.) Por esto suelen los autores limitar el sentido típico a los sucesos históricos, personas, acciones, instituciones, que Dios ordenaba a significar alguna cosa futura. Síguese de aquí que en los demás pasajes en que no se trata de *cosas históricas*, no hay lugar a sentido típico alguno, y que si al primer sentido del texto se añade otro cualquiera, ese no será sino literal. Ahora bien: los exégetas modernos, siguiendo el ejemplo de los antiguos, atribuyen un sentido doble a textos que en ninguna manera son históricos. Vaya un ejemplo. El texto de los Proverbios, VIII, 22, habla de la Sabiduría eterna en su sentido primero y literal. “Dans un sens spirituel —dice Lesêtre exponiendo el pasaje— intimement lié au précédent l’Eglise dans sa liturgie applique ce passage à la T. S. Vierge cause de sa prédestination éternelle au rôle de Mère de Dieu... L’application de notre texte à la T. S. Vierge a été constaté officiellement dans la Bulle dogmatique *Ineffabilis*.” No tratándose en el referido pasaje de un *hecho histórico*, sujeto a la divina Providencia, que puede ser fundamento a un sentido típico, síguese que el sentido ese *espiritual* atribuido a los Proverbios no puede ser sino un *segundo sentido literal*. Resulta, pues, afirmada la sentencia de la pluralidad de sentidos literales en esta exégesis común de Proverbios, VIII, 22, y resulta en otra multitud de pasajes, sobre todo mesiánicos, que los modernos exégetas interpretan en doble o triple sentido, sin que puedan los últimos decirse sentidos típicos. Será luego literal o acomodado. Este último es unánimemente rechazado por los referidos exégetas. Como refutación *ad hominem*, la del padre Assouad no tiene réplica. Pero como argumentación absoluta, a juzgar por lo que sigue, deja, a nuestro juicio, bastante que desear. Vindicado San Agustín de

las acusaciones que se le hacen en esta materia, pasa el autor a explicar las fuentes de la pluralidad de sentidos. La primera es la múltiple significación que tienen los vocablos, v. gr., en Gén., I, 1-2, las voces *Dios* y *Espíritu de Dios*; el salmo CIII; Prov., III, 19; Isaías, VI, 3; Luc., I, 35; Rom., XI, 36; en los cuales quieren ver dos sentidos: el uno, esencial, de Dios; el otro, personal, de una de las Personas divinas. Un segundo párrafo enumera otra serie de textos relativos al misterio de la Encarnación, a la Santísima Virgen y a la Iglesia.

La segunda fuente de la pluralidad de sentidos la expresa en los siguientes términos: "Tanta Deo auctore, tamque mirabilis analogica proportio atque similitudo symbolica intercedit ea inter quae videntur in rerum natura et quae non videntur, ut semper vel pene semper cum Scriptura verbum facit de physis seu naturalibus, statim cogat interpretem (qui suo tamen munere rite ac plene fungi satagit) ad supernaturalia mentem attollere..." (Página 74.) Conforme a este principio, casi todos los pasajes, que son infinitos, en que se describen los fenómenos naturales, como en los salmos XVIII y CIII; Job, XXXVIII-XLI, etc., tienen un sentido natural y otro u otros sobrenaturales. Verdaderamente que el principio nos parece demasiado extenso y las aplicaciones que de él hace nuestro autor más excesivas todavía. El empirismo histórico de los modernos exégetas, que sólo quieren atribuir al texto bíblico aquel sentido que los autores sagrados pudieron entender y nosotros inferir del contexto próximo de las circunstancias en que hablaban, lo consideramos un vicio muy grave de la exégesis actual, la cual se olvida de la luz profética que a los hagiógrafos iluminaba, y se olvida de la conexión lógica de las verdades divinas y naturales y de la analogía que existe entre unos y otros, lo que es un principio fundamental en la revelación de las verdades sobrenaturales. Pero ni la conexión lógica, que es la base del raciocinio, ni la analogía que lo es de la inteligencia de las verdades sobrenaturales, pueden extenderse a capricho, ni el uso que los Padres o expositores posteriores, más teólogos que exégetas, pueden hacer de ciertos textos, tomándolos como vehículo para la exposición de la doctrina cristiana, puede tomarse como fundamento para extender a capricho el principio de la *poli-semia*.

A nuestro juicio, el trabajo, por otra parte meritorio, del padre Assouad peca de este defecto. La contradicción hoy reinante entre los exégetas modernos, que con tanto tino señala, nace de que, al estudiar la inspiración, se olvidan de estudiar previamente el conocimiento profético, la naturaleza de las verdades bíblicas y el progreso en la revelación de esas mismas verdades. Por esto no aciertan a poner en armonía, de una parte, la unicidad de sentido que corresponde a la Biblia en cuanto es un libro humano, escrito por hombres para uso de los hombres y en lenguaje humano, y de otra, la pluralidad de esos mismos sentidos, que le corresponden en cuanto a libro divino, escrito por inspiración del Espíritu Santo, "qui suo intellectu omnia comprehendit", como dice Santo Tomás. Mientras se tenga olvidada esta nueva concepción de la introducción general a la Biblia, ni la exégesis saldrá del empirismo histórico hoy dominante, ni podrán los exégetas entender el método expositivo de los Padres y Doctores antiguos, ni poner en armonía

muchas de las propias interpretaciones con los principios establecidos en la hermenéutica.

Para un estudio histórico de la Escritura es absolutamente indispensable una clasificación cronológica de las partes distintas de la misma Escritura, pues sólo así se puede saber cuáles pertenecen a cada época y pueden tomarse como testimonio fiel de la misma. Esto no importa sólo al que aspira a conocer con exactitud la Historia Sagrada en su parte externa, sino también al que desee conocer esa misma Historia en lo que tiene de más íntima, en el desarrollo de la revelación divina y en la influencia de esa misma revelación en la conciencia religiosa y moral de Israel.

La crítica moderna ha venido a turbar el orden cronológico de los Libros sagrados del Antiguo Testamento, y sus conclusiones no han sido totalmente desechadas por los autores católicos. Fijándonos, por ejemplo, en el Pentateuco, ya dejamos atrás expuesto el modo como se plantea hoy su autenticidad, que consiste en averiguar los elementos que cada época histórica aportó en forma de aplicaciones o acomodaciones de la ley mosaica al cuerpo de esa misma ley, tal como hoy está escrita. En los demás libros históricos todos confiesan que hay en ellos documentos varios de épocas diversas. La crítica, aun católica, considera el Salterio como una colección de cantos, que va desde David hasta la época del segundo templo. En cada uno de los Profetas, sobre todo en Isaías y Jeremías, la crítica quiere ver también una colección de discursos pertenecientes a diversos autores y épocas.

Una introducción al Antiguo Testamento, en que los libros y las partes de los mismos se ordenasen cronológicamente, es, a no dudarlo, cosa útil, y que hasta el presente no existía, si bien los elementos de la misma se encuentran en todas las introducciones críticas al Antiguo Testamento. El profesor Creutman ofrece esta nueva introducción a los lectores y estudiosos de lengua inglesa (1). El fundamento de la obra son las conclusiones más comunes de la crítica liberal acerca de los orígenes del Pentateuco, de las colecciones proféticas de Isaías, Jeremías, Zacarías, etc.; de los Salmos, de los Proverbios, etc. Una ojeada al libro basta para ver que, según el autor, la mayor parte de la literatura bíblica fué compuesta durante el período persa y griego. Todavía la doctrina del autor merece, en parte, el calificativo de *sana* que le da su prologuista el doctor Sanders, por cuanto previene a los autores de que, al asignar las varias fuentes del Pentateuco a épocas diversas, no se debe inferir que la *materia toda* contenida en las mismas fuentes tenga también el mismo origen. Muchas cosas eran, indudablemente, transmitidas por tradición oral y, posiblemente, en documentos escritos bastante extensos. Y en favor de su aserto alega la autoridad de Kent y Kautzsch. (Páginas 27 s.) Particularmente, aplica este principio al Deuteronomio, compuesto en la época de Jesús, pero que, según Driver, puede considerarse "*como una edición profética y una adaptación de la legislación antigua a las nuevas necesidades*". (Pág. 129.) Del mismo Código sacerdotal, cuya composición co-

(1) *An Introduction to the Old Testament*, chronologically arranged by Harlan CREELMAN Jh., D. D. D., prof. of Hebrew Language and Literature, The Macmillan Company, 1917. Págs. xxxiv-383, en 4.º

loca hacia el año 400, contiene muchos elementos de la época preexílica, y tal vez del tiempo de Moisés. (Págs. 187 s.) Para los lectores católicos, la obra de Creelman puede muy bien servir de informe sobre las opiniones corrientes entre los críticos protestantes acerca de la composición y época de los Libros sagrados del Antiguo Testamento y sobre las razones en que tales críticos se apoyan, las cuales expone el autor con claridad y precisión.

EXÉGESIS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

En la colección *Harvard Theological Studies* publica W. R. Arnold un estudio sobre *El Efod y el Arca*, cuyas conclusiones importa notar, por la significación que tienen en la historia de la religión mosaica (1). El *efod*, según se desprende de dos pasajes (I Sam., II, 18, y II Sam., VI, 14), era una túnica de lino que sacerdotes y legos vestían en las solemnidades religiosas. Con éstos conviene la descripción que en Exod., XXXIX, se hace del *efod* de los sacerdotes. Pero, en cambio, está en abierta contradicción con estos datos lo que se colige de otros textos, como Jud., VIII, 27; XVII, 5; I Sam., II, 28; XIV, 13; XX, 18, etc., en los cuales parece tratarse de algún objeto que se lleva en las manos en presencia de la Divinidad. Un pasaje de I Sam., XIV, 18, según el texto hebreo, se lee: "Trae el arca de Dios. Porque el arca de Dios estaba aquel día entre los hijos de Israel." En vez del *arca*, el texto griego lee aquí *efod*, lectura falsa que supone un original adulterado, y de donde Arnold quiere sacar que la misma adulteración ha debido prevalecer en esos pasajes singulares en que se habla de un *efod* que el sacerdote lleva en las manos y constituye un instrumento de culto o de consultación. Los judíos de los tiempos posteriores habrían cambiado el texto en algunos lugares para evitar el escándalo que habría causado el relato bíblico puesto enfrente de sus preocupaciones dogmáticas sobre el arca de la alianza.

Con esto queda resuelto el problema del *efod*, que debe ser borrado de muchos pasajes y sustituido por el *arca de Dios*, o mejor *arca sagrada*. Era ésta una caja en que se guardaban los instrumentos de la consultación divina (*urim* y *tummim*), de los cuales se servían los sacerdotes para consultar al Señor en los negocios públicos o privados. "Ni se debe pensar—dice Arnold—que esta arca fuera una sola, no siendo uno el lugar de la consultación ni siendo privilegio exclusivo de un solo sacerdote el hacer esta consulta." Las arcas sagradas eran muchas; una era la que Gedeón puso en Ofra, otra la que, arrebatada a Mica, fué colocada por los danitas en Dan. La principal de todas, por su antigüedad y por las relaciones que tenía con Moisés, era la que se guardaba en Silo, el santuario nacional, servido por los sacerdotes aaronitas. La historia posterior a la dedicación del templo salomónico no hace memoria del arca, porque desde entonces los príncipes y el pueblo tenían ya un medio más directo con los profetas, que, en nombre de Dios y movidos de su espíritu, respondían a las con-

(1) *Ephod and Ark a study in the records and religion of the ancient hebrews* by Willan R. Arnald Нитчоск, prof. of hebrew in Andover theological Seminary. Cambridge, 1917. Pág. 170, en 4.º

sultas del pueblo.” ¿Qué decir de estas conclusiones del estudio de Arnold? Las correcciones textuales basadas en solas razones doctrinales son un poco aventuradas y nadie puede negar la posibilidad de que la palabra *efod* se aplicase a algún otro objeto distinto de la túnica de lino y equivalente al racional en que según *Exod.*, XXVIII, llevaba el sumo sacerdote el *urim* y el *tummin*. Ciertas apreciaciones sobre la historia del arca de la alianza que se encuentran en el libro tampoco pueden ser admitidas, y menos lo que dice de la naturaleza de la profecía, originada, a su juicio, “en los fondos más bajos de la superstición animística”. Pero muchos datos puede aportar utilizables para el estudio histórico de este punto de la religión israelita.

En las *Actas del Congreso Internacional de Apologética* de Vich, en el segundo tomo sacado a la luz pública en 1916, aparecen varios trabajos sobre el estudio de los profetas y su empleo en la Apologética.

Ocupa el primer lugar una extensa disertación del padre Lino Muriillo, S. J., cuyo título es “La demostración mesiánica por los vaticinios en el Nuevo Testamento”. El trabajo va dividido en cuatro partes o secciones: en la primera se trata de la naturaleza y empleo de la demostración mesiánica por los vaticinios proféticos en las escrituras del *Nuevo Testamento*; en la segunda, de las proporciones e importancia que a la demostración conceden los Apóstoles y Evangelistas y de su verdadero iniciador; la tercera y cuarta versarán sobre la exposición y análisis de las teorías que novísimamente propone Weidel acerca del origen histórico de la demostración mesiánica y sobre su desenvolvimiento hasta constituir, ya en la primera mitad del siglo II, una rama especial y amplísima de la ciencia eclesiástica antigua y medieval.” (Pág. 2.) Nos permitiremos anotar los puntos más importantes. Y de ellos es el primero lo que el padre Murillo dice tocante a los puntos de obscuridad en las citas neotestamentarias. La primera fuente de obscuridad es “que el contexto profético presente a veces dificultades que no es fácil disipar sino mediante un estudio detenido y paciente. Tal sucede con el pasaje de Isaías, 7, 14, donde sólo después de un prolijo análisis acaba de comprender el lector que, en opinión del Profeta, el infante Emmanuel no está próximo a su nacimiento, y que, en consecuencia, en los versos 14-16, donde se designa como plazo de la liberación de Judá el espacio de tiempo que corre desde la concepción del párvulo hasta que aprende a distinguir entre lo dulce y lo amargo, Isaías sufre un raptó profético que le traslada en espíritu a una época remota; pero que siendo para él como presente, viene a coincidir en la locución extática del profeta con el presente cronológico.” El autor consagró antes un par de páginas a explicar este vaticinio, a pesar de lo cual creemos que su exposición estática encontrará pocos partidarios, ya que el contexto profético no sugiere nada de esto.

“La dificultad puede provenir de que el escritor canónico interprete el pasaje en sentido literal, sí, pero no formal e inmediato, sino consecuente. Tal sucede en la aplicación que de la cláusula del Salmo 2 “ego hodie genui te” hace el apóstol San Pablo a la resurrección del Señor (*Act. Apost.*, 13, 33). No quiere significar San Pablo que la generación expresada en el Salmo por el tenor de la cláusula designe formalmente la resurrección, sino sim-

plemente que a la generación divina expresada formalmente por la letra está vinculada como prerrogativa inseparable la resurrección, y que por lo mismo está predicha al predecirse la resurrección.” Verdaderamente que será difícil de entender esta doctrina de los sentidos bíblicos para los autores modernos, que rehusan admitir más de un sentido literal o que no consideran el sentido consecuente como sentido bíblico.

“Otras veces emplean el sentido *típico*, es decir, significado no por el tenor formal o virtual de la letra, sino por el objeto, personaje o acontecimiento que la letra expresa.” Está bien, y nada hay que observar.

“Otra fuente de incertidumbre es la manera, para nosotros extraña, de citar los vaticinios que en ocasiones se observan en los Evangelistas; y consiste en recitar una parte solamente, y a veces no la más principal, del texto profético, omitiendo lo restante, cuando la fuerza demostrativa en el pasaje y en la intención del que hace la cita se halla precisamente en la parte omitida.” No deja de ser verdaderamente extraña esta manera de citar los textos proféticos y de probar con ellos la verdad cristiana, y sería preciso que el padre Murillo nos declarase esa extraña mentalidad de los Apóstoles algo más que con la cita de Jeremías, 31, 15, en San Mateo, 2, 17; y “esas condiciones estilísticas del escritor o esos usos literario a nosotros desconocidos”.

Finalmente, “en ocasiones se permiten también los escritores canónicos ciertos juegos de ingenio que, sin desdecir, por una parte, de la dignidad de instrumentos del Espíritu divino, sirven, por otra, para confundir, con las galas del estilo o las gracias de la dicción, las elevadas enseñanzas de la revelación cristiana.” Como ejemplo único de este “juego de ingenio” cita San Mateo, 2, 23.

Después de estos “usos literarios a nosotros desconocidos” y de “estos juegos de ingenio”, no vemos por qué tanto empeño en rechazar a carga cerrada el método rabinico en el *Nuevo Testamento*, aunque sea tan exageradamente expuesto que sólo consista en “la simple analogía material de cláusulas y vocablos, con abstracción absoluta del contexto”. No es tan riguroso con la acomodación de los textos proféticos que los Apóstoles usan a veces, “pudiendo suceder que en casos dados los escritores canónicos del *Nuevo Testamento*, aun empleando fórmulas de aplicación que en otros casos tal vez indican identidad de objeto y relación rigurosa de predicción y cumplimiento, expresan, sin embargo, simple acomodación”. “El criterio para discernir la verdadera naturaleza de la cita consiste en examinar con maduro examen: primero, la fórmula; segundo, el contexto del pasaje donde se hace la cita; tercero, el contexto profético citado.” (Pág. 24.)

Que este argumento profético haya sido empleado por Jesucristo y que a ejemplo suyo los Apóstoles le dieran grande importancia, no tiene duda para ningún católico. En la refutación de Weidel, que llena la mayor parte del estudio del padre Murillo, advertimos, como en las dos primeras secciones, un defecto fundamental, que es la falta de análisis detallado y preciso de las alegaciones proféticas hechas por los Apóstoles, con la distinción exacta de las que están hechas en sentido literal, consecuente, típico o acomodado.

Un estudio sobre “los sentidos de las profecías”, que ofrendamos a la me-

moria de Balmes, y que es el segundo de este volumen, ha sido ya publicado en esta revista poco después del Congreso Balmesiano.

El tercero, que es del padre Bover Oliver, S. J., trata también de *El Mesianismo profético.—Método para determinar los pasajes mesiánicos en las profecías del Antiguo Testamento*. El tema es verdaderamente magnífico, pero no para ser tratado en las cortas páginas que el autor le consagra. Se nos antoja que tampoco el método es muy de alabar; los textos de los profetas, que deben ser el fundamento de este estudio, son muy raros en las páginas del padre Bover, y leyendo su trabajo no viene uno a ponerse en contacto ni con las antiguas concepciones mesiánicas de los profetas ni con las de los judíos en la época del Señor.

EXÉGESIS DEL NUEVO TESTAMENTO

Cada una de las epístolas de San Pablo tiene su característica propia y su significación especial en el conjunto de la historia de la Doctrina evangélica. Las epístolas a los tesalonicenses son las primeras de cuantas escribió el Apóstol. La causa de escribirlas es conocida por los *Hechos Apostólicos*, y por el contenido mismo de las epístolas, la autenticidad apenas es puesta en duda por nadie. El punto principal que en ellas se trata es el que toca a la segunda venida del Señor. Las antiguas profecías que pintaban el futuro reino del Mesías como un reino de paz, de dicha, de justicia, del cual estaría desterrada toda maldad y miseria; sobre todo esto aquella falta de perspectiva, que es común a los profetas, que no distinguen los grados sucesivos por que habrá de pasar el establecimiento del reino de Dios, dió lugar a las varias concepciones judías sobre la obra mesiánica y a la idea que entre los cristianos parece haber sido corriente de que la segunda venida en forma gloriosa sucedería con breve intervalo a la primera. La influencia de esta concepción se echa de ver en los escritos de la edad apostólica y en los de la edad patristica primitiva. Nótase todavía más clara en las preocupaciones de la iglesia de Tesalónica al día siguiente de haber partido San Pablo. Las instrucciones del Apóstol a sus queridos fieles de Tesalónica, leídas bajo el influjo de aquellas mismas preocupaciones, fué causa de que éstas se acentuasen y aquéllas fuesen entendidas en sentido contrario al que San Pablo intentaba. Especialmente las palabras de la primera epístola, IV, 15: "Hoc enim vobis dicimus in verbo Domini, quia nos qui vivimus, qui residui sumus in adventum Domini, non praeveniemus eos, qui dormierunt." Los fieles de Tesalónica inferían de aquí que el Apóstol esperaba ver en carne mortal la venida gloriosa del Señor, la cual no podía, en ese caso, estar lejana. Esta interpretación fué causa de la segunda epístola, en que, explicando mejor su pensamiento, recuerda el dicho del Señor de que el día del Señor vendrá como ladrón, y corrige a los que con la perspectiva próxima del juicio se daban a la vagancia. La dificultad que ofrecen las palabras de San Pablo, tomadas en su sentido obvio, fué siempre resuelta por la tradición patristica, por la figura de enálage y salvando la verdad de las palabras del Apóstol. Los protestantes no fueron siempre tan fieles a esta tradición, viniendo muchos a admitir que, en efecto, San Pablo participaba de la errónea opinión

común. Algunos autores católicos, exégetas y teólogos admitieron también semejante sentencia, que, a juicio de ellos, no pertenecía al depósito de la verdad evangélica, a los Apóstoles encomendada. A estas infiltraciones de la exégesis protestante vino a poner remedio el decreto de la Comisión Bíblica de 18 de junio de 1915.

Justificar la exégesis tradicional y el decreto de la Comisión con los medios que el progreso de los estudios filosóficos pone a nuestro alcance ha sido el fin que el padre Vosté se propuso en su nuevo comentario a las epístolas a los tesalonicenses (1). De los varios puntos tratados en la introducción ninguno ofrece dificultad; pero todos muestran la diligencia del autor en conocer el pensamiento de los antiguos y de los modernos. Lo mismo se puede decir de su comentario. En la parte superior coloca el texto griego de Nestle y el latino según la edición de Hetzenaner con las variantes tomadas de von Soden para el texto griego, de San Jerónimo y otros para el latino. En el comentario ocupa el primer lugar lo que toca al texto, que es el fundamento de toda exégesis, si bien en estas epístolas no ofrezca graves dificultades; sigue a esto la discusión filológica del texto, que el padre Vosté ejecuta con gran precisión. Sobre ésta se basa la exégesis teológica, apoyada en la precedente y en sus leyes propias. Con admirable maestría sabe armonizar el autor la ciencia filológica, que tanto lucen los autores modernos, con las razones y autoridades antiguas, que el padre Vosté conoce y aprovecha muy bien y procura completar con los progresos científicos de la exégesis.

En lo que toca a la dificultad principal de estas epístolas, las conclusiones del padre Vosté son las siguientes: 1.^a El intento del Apóstol no era tratar de si la venida del Señor estaba próxima o lejana, sino de la igualdad de todos los fieles de Cristo en esta segunda venida, sin distinción de vivos ni de muertos. 2.^a Por una figura retórica el Apóstol se asocia a los que en la venida del Señor estén vivos. 3.^a La razón de esta figura es la distinción que los mismos tesalonicenses establecían entre los actualmente vivos, que habían de ser testigos de la venida del Señor, y los ya muertos; a esta distinción, aunque errónea, acomoda el Apóstol su lenguaje y se asocia al grupo de los que en la opinión de los fieles todavía estarían vivos. 4.^a Pero esto no quiere decir que alguien se libre de la muerte y pasen de esta forma de vida a la gloriosa sin pagar el duro tributo a la muerte, que Jesucristo pagó y que pagó la Virgen Inmaculada, y que San Pablo nos presenta como pena del pecado original en que incurrían todos los hijos de Adán. Estas ideas son más ampliamente desarrolladas en el apéndice, que el autor consagra a este asunto.

Para la exégesis de las epístolas a los tesalonicenses, lo dicho por el padre Vosté es más que suficiente; pero la dificultad que estas epístolas presentan creemos que no pueden totalmente ser declaradas sino con la exposición completa de las doctrinas escatológicas del *Nuevo Testamento*, a la

(1) *Commentarius in Epistolas ad Thessalonicenses*, auctore Fr. Jacobo MARÍA VOSTÉ, O. P. Doct. S. Theol et S. Script. Lic., professor exegescos N. Testamenti in Collegio Angelico de Urbe. Romae F. Ferrari: Parisiis, J. Gabalta, 1917. Páginas VIII-305, en 8.º

luz de los principios proféticos. Esa unión que entre el juicio divino sobre Jerusalén, sobre el mundo y sobre cada uno en particular se nota en el discurso escatológico del Señor y luego en los demás escritos del *Nuevo Testamento*, no puede entenderse, a nuestro juicio, sin recurrir a la noción de una inteligencia más alta que los Apóstoles, iluminados por luz sobrenatural, tenían del *día de Señor, del juicio de Dios*, el cual tiene varias manifestaciones o fases hasta llegar a su culmen en la resurrección de todos para la vida o para la muerte, en la cual cada uno recibirá de Dios el premio o castigo que sus obras merecieron. En este alto principio, que toda la Biblia lo repite, se halla la solución armónica de las aparentes incoherencias y dificultades que la escatología presenta.

Más importancia que la epístola a los tesalonicenses tiene en la vida de San Pablo y en el conjunto de la doctrina evangélica la epístola a los gálatas, que el padre Lagrange, a continuación de la epístola a los romanos, publicó (1). El argumento de esta epístola es la relación de los dos *Testamentos*. Los *Hechos de los Apóstoles* nos cuentan cómo los primeros judíos convertidos quisieron imponer a los griegos convertidos las prescripciones de la ley, comenzando por la circuncisión, pretensión que el Concilio de Jerusalén desechó. Según algunos autores católicos, los judaizantes habrían desistido desde entonces de su empeño de hacer la ley mosaica necesaria para la salvación de los gentiles convertidos en Cristo; su pretensión se reducía a considerarla como una forma superior de justicia, obligatoria para los judíos, recomendable para los paganos. El padre Lagrange, apoyándose en los textos del Apóstol, piensa más bien que los continuos perseguidores de San Pablo y de su obra evangelizadora continuaban predicando la misma doctrina y haciendo de la sumisión a la ley la condición de la salud. Loisy, en su comentario reciente sobre la epístola a los gálatas, trata de juntar las dos sentencias, atribuyendo a los judaizantes las doctrinas moderadas y a San Pablo la falsa inteligencia de los mismos, según el sentido del rigorismo judaizante. Santiago el Menor sería, en sentir de Loisy, el jefe de los contradictores de San Pablo.

El comentario del padre Lagrange está calcado en las ideas contrarias, que antes indicamos y que en su introducción establece sólidamente. Preparado para la ejecución de su obra con su comentario precedente sobre los romanos, pudo llevar ésta a cabo con la erudición, profundidad y competencia acostumbradas. A la debatida cuestión sobre los gálatas, a quienes la epístola va dirigida, el padre Lagrange defiende la sentencia de la Galacia del Norte, o sea de la Galacia en sentido etnológico. El intento del Apóstol al escribir a sus queridos gálatas era apartarlos del nuevo Evangelio, que los sedujera, para volverlos a la pura fe cristiana que les había predicado, la cual declaraba abolidas las observancias judaicas y predicaba la eficacia de sola la fe en Jesucristo para obtener la salud. La epístola a los gálatas es la carta de las libertades cristianas enfrente de la servidumbre de la ley. Lutero la tomó por fundamento de su doctrina para levantar bandera contra

(1) *Épître aux Galates*, par le P. M.-J. LAGRANGE, des Frères Prêcheurs, Paris, J. Gabalda, 1918. Págs. LXXXIV-173, en 4.º

la Iglesia Romana; pero su inteligencia quedaba demasiado en la superficie del incidente histórico y descuidaba el sentido profundo que tenían para San Pablo aquella libertad del espíritu y esclavitud de la carne que el Apóstol predicaba.

Un punto importante para los principios generales de la exégesis es el que toca al uso que hace San Pablo de los argumentos escriturarios. Según Loisy, San Pablo no es un rabino que toma las sentencias de la Escritura fuera de su contexto; pero es un visionario que se esfuerza por ver en la Escritura lo que él lleva en la imaginación. "Pero se trata de saber —replica el padre Lagrange— si este visionario ha visto bien. No fué, ciertamente, en los pasajes del Génesis (XV, 6) y de Habacuc (II, 4) donde él comprendió la importancia de la fe. Mas una vez establecida la relación de armonía entre las obras de Dios antes de Cristo y la obra de Dios en Cristo, San Pablo vió la preparación de Dios, no sólo en los textos, sino también en las personas, o, mejor, en las personas tales como los textos las describen. La fe saludable debía hacer parte de la antigua economía, y verdaderamente no había en la Escritura quien como Abraham encarnase la adhesión a la palabra de Dios, la confianza en sus promesas, la obediencia a sus propósitos remotos y oscuros, aun crueles para la naturaleza como el sacrificio de Isaac.

Abraham era el hombre de la fe, el tipo vivo de la fe. Y esto dice, en una palabra, la Escritura: "Abraham creyó en Dios, y esto le fué computado por justicia." Esta es, en síntesis, la explicación del padre Lagrange, la cual puede expresarse en estos términos: Abraham encarna una ley universal de la divina Providencia, la cual, aunque en modos diversos, se cumple en la antigua y en la nueva alianza. Esto no es, ciertamente, el sentido histórico del texto; pero quien no se obstina en aplicar a la Escritura los principios del empirismo más crudo, no dejará de confesar que el método de San Pablo es racional y científico.

En la disposición del texto el padre Lagrange ha introducido una novedad, y es la edición del texto griego al lado de la traducción francesa. El método del comentario corresponde en todo al de los otros de San Marcos y a los romanos. La filología, la historia, la erudición antigua de los Padres y de los exégetas modernos son puestas a contribución para desentrañar el sentido de las palabras inspiradas, su encadenamiento lógico y para rebatir de paso las falsas exposiciones de los autores heterodoxos.

FR. A. COLUNGA, O. P.

BOLETÍN DE APOLOGÉTICA

LA FE.—Escasos son en la última temporada los trabajos apologéticos de carácter particular. La principal producción literaria en esta materia, dentro de la penuria reinante en todos los ramos, fuera del tema bélico, es de carácter general, obras para servir de texto preferentemente y poco más. El único escrito digno de especial mención que ha llegado a mi noticia desde la publicación del último Boletín es una obrita, muy bien pensada, del padre Pedro Finlay, jesuíta irlandés, en la cual resume y defiende las principales doctrinas de la Iglesia católica referentes a la fe (1). Los trece capítulos que la componen fueron leídos antes, en forma de conferencias —como se estila en los Colegios y Universidades ingleses—, en el *Dublin College*, de la Universidad nacional de Irlanda, ante un selecto y culto auditorio. Nótase en el transcurso de estas lecturas la preocupación constante (cosa muy natural en un apologista que respira ambiente anglicano) de esclarecer las dificultades y deshacer los prejuicios de los protestantes con nuestras doctrinas católicas acerca de la fe. Al mismo tiempo compara éstas con las que ellos mismos sostienen, así como los modernistas, que en gran parte las resucitaron y remozaron.

El acto de fe divina es el objeto sobre que versa la primera conferencia. Su conclusión es francamente intelectualista: la fe es, antes que nada, conocimiento; es un acto de la inteligencia, apoyado en la autoridad. En nuestro caso, la autoridad es Dios mismo; por eso el acto de fe en ella fundado es superior a la fe humana: es un acto de fe divina. Tal es la enseñanza que se desprende de la Sagrada Escritura, de la tradición cristiana, así como de los Concilios Tridentino y Vaticano. Enfrente de este concepto de la fe están las teorías protestante y modernista, ambas marcadamente voluntaristas. Según ellas, el acto de fe es, ante todo, obra de la voluntad y del corazón, si bien los protestantes no rechazan en absoluto el elemento intelectual, pero sí lo colocan en segundo lugar, especialmente a partir de Kant. El único motivo suficiente y necesario (conferencia segunda) para emitir un acto de

(1) PETER FINLAY, S. J., *Divine Faith*; un vol. de 244 págs. Longmans, Green and Co., London, 1917.

fe divina es la autoridad de Dios revelador. Este testimonio divino queda patente para nosotros, que no lo percibimos directa e inmediatamente, por los motivos de credibilidad que prueban su existencia. El objeto o materia del acto de fe son las verdades formalmente reveladas (conferencia tercera), aunque sólo lo sean de un modo implícito. Las revelaciones privadas (conferencia cuarta) no forman parte del "depósito" ni pueden ser objeto de fe divina y católica, aunque el creerlas será obligatorio para los particulares en el caso difícilmente demostrable que se conozca con toda seguridad que proceden de Dios. En todo caso, nuestra Religión no depende de ellas. El acto de fe es razonable y legítimo (conferencia quinta) una vez que se demuestra con entera certeza el hecho de la revelación; no es necesaria la evidencia en sentido estricto: basta la evidencia moral para justificar el acto de fe. Como éste es razonable por parte de la inteligencia, en quien radica, es también libre por parte de la voluntad (conferencia sexta). Sin embargo, el rehuir la adhesión a las verdades reveladas (pecado de incredulidad, conferencia séptima) cuando se ha demostrado su credibilidad, es un acto culpable. A continuación expone el autor algunas observaciones muy atinadas acerca de la condición en que se hallan los incrédulos de buena fe, y particularmente los creyentes cristianos no católicos. Luego estudia en las cinco conferencias restantes la voluntad de creer (*the wish to believe*), la certeza de la fe divina, la fe de las muchedumbres, las relaciones entre la fe y la razón, y, finalmente, los desarrollos de la doctrina revelada.

En la conferencia dedicada a la fe de las muchedumbres hay algunas observaciones oscuras y aun parcialmente inadmisibles. Por ejemplo: "El caso —dice el autor— de un adulto que vive y muere sin oír nunca nada respecto a la fe y sin oportunidad para creer las verdades necesarias de la Revelación, es el caso de un niño que muere sin el bautismo." (Pág. 193.) Sin duda, media enorme diferencia entre ambos casos, y la solución que puede darse del último no es aplicable al primero sin reservas. No tiene por probable el padre Finlay la intervención milagrosa de Dios para comunicar, por medio de un predicador o de un ángel, si fuese preciso, como opina Santo Tomás, a un incrédulo de buena fe las verdades reveladas necesarias para la salvación. He aquí cómo piensa él sobre este asunto: "Si hemos de adoptar alguna teoría de especial providencia en tales casos —y toda teoría tiene que ser más o menos arbitraria, cuando Dios no ha tenido por bien informarnos de sus caminos—, hay otra a la cual podemos dar también alguna consideración. Y ofrece la ventaja de abarcar más casos que el del incrédulo moribundo; es aplicable a todo aquel a quien la muerte viene sin estar preparado y a quien Dios quiere otorgar misericordia eficaz. Puede concebirse que Dios les visita al mismo tiempo de morir. Si fuese necesario, les revelará las verdades que deben creerse; les mostrará la hermosura y bondad que deben amar. Creen y aman, y, por tanto, ya quedan justificados y su salvación asegurada. ¿Obra Dios de este modo a menudo? ¿Obra así siempre? ¿Quién podrá afirmarlo? Si lo hace es únicamente por su maravillosa misericordia e infinito amor a las almas." (Pág. 198.) Esta opinión, en realidad, sólo difiere de la anterior en colocar la intervención milagrosa de Dios en lo íntimo del alma. Por lo demás, en favor de la primera se citan hechos

auténticos, que hasta ahora no pueden alegarse por la segunda, aun cuando esto no es motivo para rechazar su verosimilitud.

El libro del padre Finlay se lee con gusto y provecho. Contiene una exposición muy clara de doctrinas harto dificultosas. Sin perder nada de su valor científico, pone los argumentos al alcance de cualquier lector un poco ilustrado, pudiendo, por lo mismo, servir esta obrita para propagar la cultura teológicoapologética entre los profanos. Debo notar que ni una sola vez, si mal no recuerdo, cita expresamente a Santo Tomás, cosa verdaderamente rara tratándose de una materia tan admirablemente desarrollada por el Santo Doctor. No creemos que sea por "hacer el vacío" en torno suyo, lo cual sería ridículo, además de imposible. Sírvale de disculpa que apenas alega otras autoridades que las de la Sagrada Escritura y de la Iglesia. Esto no quiere decir que no concuerde, en general, con el Angélico; basta para ello, en muchos casos, atenerse a las definiciones eclesiásticas, que no raramente reproducen sus mismas fórmulas y expresiones. ¡Tan acorde con la Iglesia sentía el gran Doctor aun en cuestiones no definidas dogmáticamente!

OBRAS GENERALES.—La literatura apologética acaba de enriquecerse con un nuevo libro de texto verdaderamente magistral. Es su autor el profesor del Colegio Angélico de Roma reverendo padre fray Reginaldo Garrigou-Lagrange, O. P., escritor de fama bien merecida por la solidez y profundidad de sus múltiples trabajos filosóficos y teológicos. Su reciente obra, en la cual viene a resumir, con miras a la Apologética, muchas de las ideas de que están llenos sus anteriores libros y artículos, lleva este título: *Teologia fundamental según la doctrina de Santo Tomás* (1).

Harto difícil me va a ser dar en una reseña de Boletín, que por fuerza ha de ser breve, una ligera idea de la riqueza de contenido, pureza y robustez de líneas, seguridad de orientación filosóficoteológica y profundidad de raciocinios que ampliamente desarrolla el autor en este libro, que debe figurar en la biblioteca de todos los Seminarios y Liceos católicos, así como en la de todos los profesores de Apologética. Con todo, intentaré trazar un ligero bosquejo, que los lectores aficionados a estas arduas cuestiones pueden completar con el estudio de la misma obra. El primer tomo y las 136 páginas primeras del segundo están consagradas a lo que pudiéramos llamar parte teórica de la Apologética. Precede a toda la obra, como introducción, tres capítulos, en donde se analizan las nociones más indispensables a los estudiantes acerca de la Teología en su aspecto apologético, historia y métodos de la Apologética. Luego viene el libro I, con cinco secciones: 1.ª Concepto de la Revelación sobrenatural —noción de la Religión y de la Revelación, defensa de este concepto y divisiones de la Revelación, ideas de dogma y misterio y su explicación teológica, idea de lo sobrenatural—. 2.ª Posibilidad de la Revelación —parte I, o sea exposición y crítica del naturalismo en general, del evolucionismo panteísta y del agnosticismo; parte II, defensa di-

(1) *Theologia Fundamentalism secundum St. Thomae doctrinam. Pars apologetica. De Revelatione per Ecclesiam Catholicam proposita.* Auctore P. FR. REG. GARRIGOU-LAGRANGE, professore S. Theologiae in Coll. Angelico de Urbe et socio Ac. Romanae S. T. Aq.; dos vols. in-4.º mayor. de XII-564 y 484 págs. Ferrari, Roma, Lecoffre, Paris, 1918.

recta de la posibilidad de la Revelación, así inmediata como mediata, de los misterios sobrenaturales, ya por parte de su objeto, ya por parte del agente y del sujeto de la Revelación—. 3.^a Conveniencia y necesidad de la Revelación. 4.^a Credibilidad de los misterios, o, lo que es igual, cognoscibilidad del hecho de la Revelación —noción católica del acto de fe en orden a la credibilidad, defensa de la misma y crítica de las nociones heterodoxas; estudio históricoteológico del siguiente problema: “Quomodo cognosci debet Revelatio, ut est motivum formale fidei infusae?”; credibilidad racional y su necesidad para el acto de fe; demostración de la credibilidad por sus motivos—. 5.^a Valor de los motivos de credibilidad —los internos a nosotros, los externos, pero intrínsecos a la Religión misma (su excelencia, etc.); el milagro y la profecía (acerca de cada uno de éstos estudia la noción, posibilidad, cognoscibilidad y fuerza demostrativa)—.

Cuatro secciones comprende el libro II, que es la parte práctica de la obra, o sea la aplicación de los motivos de credibilidad a la prueba de la existencia de la Revelación. Dos capítulos preceden: uno acerca del método que ha de seguir y otro sobre la autoridad histórica de los cuatro Evangelios. El autor opta por la unión armónica del método progresivo y regresivo (parte éste del examen del cristianismo tal como aparece hoy en la Iglesia católica; mientras aquél comienza por el estudio de la Religión en su primera forma). 1.^a Testimonio de Jesucristo: a), acerca de su divina misión; b), de las verdades intelectuales y morales que se han de creer y practicar; c), de la institución de la Iglesia como órgano o maestra de la Revelación. Valor irrefragable de ese testimonio. 2.^a Confirmación del testimonio de Cristo mediante los motivos intrínsecos y extrínsecos —cómo se satisfacen todos los más altos anhelos del corazón humano en la Religión católica; sublimidad de la doctrina cristiana, modo de enseñar de Jesucristo y su independencia de todo sistema humano; vida admirable de la Iglesia en su propagación, santidad y fortaleza de sus hijos, unidad católica e invicta estabilidad—. 3.^a Confirmación del testimonio de Jesucristo por sus milagros y profecías —examen de sus milagros, y, en particular, de la Resurrección, ídem del carisma de milagros en la Iglesia, ídem de las profecías del Señor—. 4.^a Comparación del cristianismo con la religión mosaica, budismo e islamismo. Conclusión: Necesidad de recibir la divina Revelación propuesta por la Iglesia católica —estudio del indiferentismo y liberalismo y de la obligación que tiene, así el individuo como la sociedad, de abrazar lo mismo la Religión natural que la Revelación sobrenatural cuando les es suficientemente propuesta—. A cada cuestión sigue, de ordinario, la solución de las principales objeciones que los racionalistas de todos los colores y los modernistas han hecho contra la tesis de la Apologética católica.

Como se puede advertir por este breve resumen del contenido, nada falta al nuevo texto de cuanto suele estudiarse en las obras didácticas de este género. Además, ofrece las ventajas siguientes: 1.^a, un rigor lógico a toda prueba; 2.^a, abundancia extraordinaria de materiales filosóficos y teológicos; 3.^a, una crítica fundamental y vigorosa de los principales errores religiosos actuales y, en particular, del modernismo, meta y resumen de todos ellos; 4.^a, una síntesis acabada de todos los elementos que constituyen la Apologé-

tica total. El autor ha sabido unir con admirable armonía los argumentos que militan en favor de la Iglesia católica, como órgano de la Revelación sobrenatural, con las pruebas generales, así de la Religión en abstracto como de la Religión cristiana en particular, formando de todos estos elementos un conjunto orgánico, una verdadera unidad viviente, que es la característica de toda ciencia perfecta. Particularidad es ésta digna de notarse, que no se encuentra en otros textos análogos. Los autores suelen separar la Apologética de la Iglesia de la Apologética de la Religión en sus varias formas. Me parece muy laudable la unión que de ellas hace nuestro autor. 5.^a Un espíritu netamente tomista. No sólo cita y comenta el padre Garrigou-Lagrange a Santo Tomás en todas las páginas, o poco menos, de su obra, sino que el espíritu del Doctor Angélico está difundido por toda ella como savia vital, la penetra e informa como alma suya o, para usar el lenguaje de la escuela, como forma substancial.

Me permito ahora llamar la atención del lector acerca de algunos puntos particulares dignos de especial mención, sobre los cuales suelen litigar los apologistas. El autor del presente libro considera la Apologética, no como una ciencia o tratado científico distinto de la Teología propiamente dicha, sino como Teología fundamental, como la función racional de la Sagrada Teología. "Apologetica est —dice— rationale munus sanæ Theologiae, non vero specificè distincta." (Pág. 55.) Cinco argumentos aduce en prueba de su tesis: a), necesidad de un tratado teológico de la Revelación; b), naturaleza de la misma Teología; c), de la Apologética; d), costumbre tradicional de englobar en uno ambos tratados; e), solución de las dificultades en contra de este concepto. Resumiendo los argumentos, creo que se podría formular así la prueba del autor: Los profetas y la Iglesia recibieron de Dios, no sólo la revelación de los misterios sobrenaturales, sino también los criterios mismos de la Revelación, el modo de defenderla; los argumentos que la apoyan no son de invención humana. Sobre todos estos extremos hay verdades de fe definidas por la Iglesia que no es lícito al apologista desconocer o menospreciar. Muchos errores modernos en Apologética proceden de no tener en cuenta este principio fundamental. Ahora bien, el examen profundo de todas estas cosas toca a la Teología, que, como ciencia suprema, debe defender los principios y motivos de fe y credibilidad (además de su objeto propio, que es deducir las conclusiones de las verdades reveladas), lo cual es precisamente el oficio que incumbe a la Apologética. Ese es el concepto tradicional de ésta y esa la actitud de los Padres teólogos antiguos, que nunca intentaron establecer una ciencia apologética especialmente distinta de la Teología, sino que trataron de los motivos apologeticos al mismo tiempo que de sus afines puramente teológicos. Por tanto, la Apologética no es más que un "munus rationale S. Theologiae".

Tal es el punto de vista que mantiene el padre G. L. en toda su obra, que es una verdadera Teología fundamental en el sentido que la esbozaba el ilustre padre Gardeil en la segunda edición de su libro *La Crédibilité* (págs. 247-251). Con frecuencia insiste sobre esta idea, sin poder tolerar que se hable de una ciencia apologética distinta de la teológica. Refiriéndose a los que defienden un concepto diferente al suyo, dice lo siguiente:

Haec tria (Theologia, scientia, ars apologeticae) constitunt quidem *opera distincta*, non vero habitus scientificos per se distinctos. Sed plures hodie iudicant de diversitate scientiarum secundum diversitatem phenomenalem operum scientificorum, non profunde secundum distinctionem ontologicam habituum, ut facit S. Thomas, qui ad unam eandemque scientiam reducit Theologiam speculativam et Theologiam practicam seu moralem (I.^a, q. 1, a. 4), sicut Theologiam positivam et Theologiam dogmaticam." (Pág. 61.)

Sin duda, como ya hacía notar el padre Gardeil en la obra precitada, el concepto de la Apologetica como Teología fundamental es el más comprensivo y amplio que se puede dar. Con el auxilio de la Teología puede ahondar más el apologeta en cuestiones que la pura razón natural no hace más que tocar por la superficie; comprende mejor las relaciones entre la fe y la razón; anda con más seguridad por estas sendas, de suyo escabrosas. Todo esto es indiscutible, y buena prueba de ello nos da el padre Garrigou-La-grange en su obra.

Sin embargo, creo yo que no se puede negar la posibilidad de una apologetica racional, distinta realmente de la Teología, no autónoma o independiente de la fe y de la Teología en sentido de los racionalistas, sino subordinada a ellas, *sub directione fidei*, pero no confundible en ninguna de las dos. Tendrá esta ciencia su objeto propio, que será la credibilidad racional de los dogmas, la cual, según confesión unánime de todos los teólogos, y expresamente lo afirma el Concilio Vaticano, está al alcance de la razón natural, y ninguna ciencia se ocupa directamente de ella; poseerá también argumentos propios, los motivos de credibilidad, igualmente de carácter racional y de suyo demostrativos sin el auxilio de la Revelación; tendrá un método adaptado a sus fines peculiares...; en una palabra, pueden asignársele los elementos necesarios para constituir una verdadera ciencia, más o menos subordinada a la Teología, es verdad, pero realmente distinta de ella. Y no importa que así el objeto como los argumentos y el método de la ciencia apologetica nos sean propuestos y prescriptos por la fe y sobre ellos hayan recaído frecuentes decisiones de la Iglesia; eso no les quita su carácter racional, puesto caso que la misma Iglesia declara que la razón puede conocer por sus propias fuerzas el valor de esos elementos. En análogas condiciones están otras verdades naturales, como el valor ontológico de la misma razón humana para el conocimiento de Dios, que también ha sido objeto de decisiones eclesiásticas. Claro es que no puede disfrutar la Apologetica de la misma independencia de la fe y de la Teología que otras ciencias racionales, porque las relaciones que con aquéllas tiene son más estrechas y los peligros que corre de errar son más graves por afectar más directamente al dogma. Por eso el apologeta no debe nunca perder de vista las declaraciones de la Iglesia y las enseñanzas de la Teología; mas ello no basta para que su labor sea propiamente teológica.

Si, pues, la concepción de la Apologetica como Teología fundamental que propone el padre G. L. con otros ilustres escritores, es, sin duda alguna, legítima y muy útil y aun preferible en un libro de texto destinado a los estudiantes de la carrera eclesiástica, que han menester de muchas nociones que sólo en una obra concebida desde este punto de vista pueden ser

debidamente explanadas, de ahí no se sigue que no haya lugar para una concepción científica de ella más filosófica, más adaptada a las exigencias de los no creyentes. Y aun cuando tenga sus deficiencias e imperfecciones, no deja de ofrecer sus ventajas.

Ut minus sapiens dico... !

Con verdadera maestría de filósofo y teólogo tomista consumado estudia el padre Garrigou la cuestión referente a la *potentia obedientialis*, tan importante para resolver el problema de lo sobrenatural en nosotros. Ella es la clave para entender y solucionar rectamente los modernos debates sobre el *immanentismo*. "Agitur —dice muy bien el autor— de puncto insertionis vitae supernaturalis in nobis." Otro punto que discute con gran profundidad y amplitud (acaso exageradas para un libro de texto y para estudiantes cuyos conocimientos teológicos son muy escasos) es el acto de fe con relación a la credibilidad. Sobre todo los artículos segundo (*analysis actus fidei ex parte objecti et ex parte subjecti*, págs. 437-457) y el tercero (*quomodo cognosci debet Revelatio, ut est motivum formale fidei infusae*, págs. 458-514) son muy interesantes, más para el teólogo que para el apologista propiamente dicho, aunque nada perderá por leerlos y releerlos. Más de cerca le atañen el capítulo XV (*De credibilitatis rationalis notione ac de ejus necessitate ad actum fidei*), así como los siguientes sobre los motivos de credibilidad.

Con lo que dicho queda ya puede suponer el lector el juicio que nos merece la obra del padre Garrigou. No es un libro más, como uno de tantos que a diario se publican. Es un trabajo modelo en su género, así por el método y trabazón de los elementos que encierra como por la profundidad de raciocinios y riqueza de doctrinas. Aun los más leídos en estas materias no malgastarán el tiempo recorriendo sus páginas. Como libro de texto me parece demasiado extenso, y no sé si diga también profundo en demasía para jóvenes que principian a estudiar problemas tan delicados. Para estudiado al terminar la carrera eclesiástica o para ahondar estas cuestiones, admirable. Con todo, los alumnos que lo cursen, guiados por profesor experto, lograrán óptimos frutos.

También para que sirva de texto a los alumnos de la carrera eclesiástica ha publicado no hace mucho el profesor del Seminario de Asís, doctor G. Zaccherini, su *Cursus Theologiae dogmaticae speculativae ad mentem S. Th. Aquinatis*. Sólo el primer volumen, *De revelatione christiana*, nos interesa aquí (1).

El autor compuso su obra inspirándose en el mismo concepto, en cuanto a lo esencial de la Apologética, que el padre Garrigou-Lagrange. Así el título general de la Pars I, que precederá al estudio de la Teología propiamente dicha "veluti introductio" (pág. XIII), reza igualmente *Theologia Fundamental*, cuya definición es del tenor siguiente: *Scientia, quae theologiarum disciplinarum principium constitutivum et dirigens erudite pertractat*

(1) Sac. Doct. GODOFFREDUS ZACCHERINI, *Theologiae dogmaticae speculativae cursus ad m. S. T. A.*, pars I, *Theologia Fundamental*, vol. I, *De Revelatione christiana*; un vol. de 272 págs. en 4.º Marietti, Turín, 1916.

(pág. 5). No es, sin embargo, *formaliter* teología, porque no arguye basada en la Revelación, sino que prueba el hecho de esta *argumentis philosophicis et historicis innixa*... "Animadvertendum insuper est —añade— eamdem rem bis tractari posse, nempe *apologetice et dogmatice*." (*Ib.*) Y por mi cuenta añadido yo que la rutina de tratar estos asuntos desde un punto de vista preferentemente dogmático, encaminado ordinariamente a los candidatos a los estudios teológicos, es lo que da la impresión de que no difiere substancialmente la Apologética de la Teología.

Dos secciones abarca el libro del señor Zaccherini, además de los prolegómenos o introducción: teoría de la Revelación y existencia de la misma. En la primera explica y defiende, contra racionalistas y modernistas, los conceptos católicos de revelación sobrenatural, milagro y profecía, así como la posibilidad, conveniencia, necesidad y valor de los mismos, necesidad de investigar la Revelación y acatarla, etc. En la segunda sección prueba directamente la existencia de la Revelación cristiana. Comienza por los argumentos intrínsecos (excelencia de la doctrina cristiana, sus frutos, así en el orden moral como intelectual, en el individuo, en la familia y en la sociedad); luego expone más ampliamente los extrínsecos (vaticinios mesiánicos, testimonio de Jesucristo y sus milagros, testimonio de los Apóstoles y de los Mártires, propagación del Cristianismo); por último, hace un breve examen comparativo de la Religión cristiana y del budismo y mahometismo.

Como se ve por el resumen sumarisimo que precede del contenido de este compendio, encierra cuanto suelen traer los manuales análogos con pequeñas variantes. El autor se esfuerza por ser breve, gráfico y claro más que profundo. De ordinario se contenta con indicar las pruebas, sin ahondar en ellas ni emitir juicio crítico acerca de su valor. Su espíritu es francamente tomista. Las seis páginas del *Praefatio totius operis* están consagradas a cantar los loores del gran Maestro, cuya doctrina se propone seguir y comentar. Sus procedimientos literarios y el móvil que le impulsó a emprender su obra él mismo nos los indica. Muchos y notabilísimos son los comentaristas de Santo Tomás e innumerables las obras que sus doctrinas explican; "sed eorum magnitudine et interdum sententiarum gravitate et profunditate non omnibus, eoque minus discipulis, proponi posse videntur. Cui rei egomet mederi studui et explicatione facili et quanta maxima potui brevitate. In omnibus autem tractatibus, qui in sua quisque volumina dividuntur, rationem ac viam Angelici secutus sum, in singulis capitibus statum quaestionis exponens, artis vocabula explicans, difficultates, errores, doctrinam Ecclesiae, argumenta quaestionum, solutionem denique difficultatum exposui..." (Pág. XIII.)

Por séptima vez acaba de reeditarse el primer volumen de las *Institutiones positivo-scholasticae Theologiae dogmaticae* del ilustrísimo señor Federico Sala, consagrado a la Teología fundamental y Dogmática general (1). Ha sido anotada cuidadosamente esta edición por el sacerdote oblat

(1) *Institutiones positivo-scholasticae Theologiae dogmaticae*, auctore Friederico Sala, episcopo titulari famagostano. Tomus I, *Theologia Fundamentalis et Dogmatica generalis*; un vol. de 336 págs., ed. 7.^a, Milán, Artigianelli, 1918.

José Ragazzoni, profesor de la misma asignatura en el Seminario de Milán. Sus numerosas notas, unas puramente bibliográficas, explicativas y complementivas otras, puestas al margen de la obra o en su mismo texto con tipos distintos, han rejuvenecido completamente la edición primitiva, sin perjudicar en nada a su brevedad y transparencia. Como para muchos lectores de LA CIENCIA TOMISTA quizás será desconocido el libro del señor Sala, haré una brevísima referencia de su contenido.

No sólo comprende el tratado de *Divina Revelatione*, con todas las cuestiones que en él suelen discutirse, sino también los tratados de *Vera Christi Ecclesia*, de *Romano Pontifice* y, por último, de *Locis Theologicis*, al cual siguen seis apéndices (muy interesantes algunos de ellos por insertar documentos que no se encuentran en la generalidad de los libros de texto). Todo ello lo encierra el editor en el breve marco de XI-336 páginas de letra no muy apretada y bastante grande, excepto las objeciones y las notas. No es menester decir, por consiguiente, que resulta el texto en cuestión compendioso en extremo, demasiado reducido; encierra, no obstante, lo suficiente para los que aspiran tan sólo a informarse de las tesis fundamentales y principios que las sostienen. Para ulteriores explicaciones y penetrar un poco más en la entraña de los graves problemas que en el libro se enuncian, deberá recurrirse a los libros que se citan en sus copiosas notas bibliográficas o tendrá que suplir el profesor largamente las deficiencias. Parece que las *Institutiones* del señor Sala corren mucho por Italia, y el haber sido editadas ya siete veces en un país que abunda en obras de texto, buena prueba es de ello. Quizás uno de los motivos de esta difusión haya sido la *romanidad* de su espíritu, como dice el autor. El cual, según nos dice en el prólogo a la quinta edición, pone todo su gran empeño en imprimir a sus escritos esta tan laudable y oportuna cualidad: "Quinta vice typis vulgantur Institutiones hae Theologiae Dogmaticae, quas jam primo hac saltem laude commendari optabam, quod doctrinarum *romanitate* pollerent... Ad hoc unum studium contuli ut si quid novi vel animadversione dignum in recentioribus Romae potissimum probatis, auctoribus invenirem, id accurate adnotarem." (Pág. v.)

Por esta parte, ciertamente, es recomendable el presente texto, a pesar de sus inevitables lagunas. Su doctrina es segura, muy romana, que es lo mismo que decir muy católica, inspirada en el Doctor Angélico y en los mejores teólogos escolásticos antiguos y modernos.

De lectura muy agradable e instructiva son las ocho conferencias publicadas hace poco por monseñor Tissier, obispo de Chalons-sur-Marne, bajo el título de *Creencias fundamentales* (1). "No nos dirigimos —dice el autor— a los teólogos, que podrían presentar razones más profundas que las nuestras, sino a las personas del mundo que no tienen tiempo para recurrir a estudios técnicos y personales. Estas encontrarán en nuestras páginas todas las grandes cuestiones religiosas que interesan siempre, y a la hora presente más que nunca, a los hombres reflexivos y exentos de prejuicios." (Páginas v-vi.)

(1) Mgr. TISSIER, *Les croyances fondamentales avec un appendice sur les mystères et les miracles*; un vol. de 306 págs. Tequí, París, 1917.

"Hay una verdad" es el título de la primera conferencia; es decir, hay una cuestión que surge necesariamente en el espíritu de todo hombre, hay un problema que se plantea en uno u otro momento de la vida en cualquier alma sincera. ¿Qué soy yo? ¿Cuál es o debe ser mi destino en el mundo, la finalidad de mi existencia? La solución de este problema, tan imperiosa e inevitable como él mismo, es lo que el autor trata de probar que existe. Continúa luego comentando en las conferencias restantes el sentido y carácter de la solución del problema fundamental de nuestra vida por el examen de los temas siguientes: Existencia de Dios y de un destino superior de nuestra alma, de la Religión, de lo sobrenatural, de la Iglesia como sociedad visible de los fieles, posibilidad de los misterios y milagros y, finalmente, estudia la realidad de estos últimos.

En estilo cálido, vibrante, revestido de bellas imágenes, y con la ayuda de datos experimentales y anécdotas impresionantes, va monseñor Tissier hilvanando sus discursos apoloéticos con toda la gracia de un artista de la palabra. A través de las páginas elocuentes del orador fácilmente se advierte el nervio de la argumentación sólida, el recio martilleo del silogismo escolástico, elegantemente disfrazado, pero no por eso menos concluyente e irrefutable. Merecen difundirse libros de esta clase entre la gente medio-culta de nuestros tiempos, que con sobrada frecuencia está ayuna de instrucción religiosa sólida y aun a veces superficial.

El ilustre profesor de la Universidad Central y del Seminario de Madrid don Ildefonso Rodríguez, cuyos dos primeros volúmenes de su *Apologética* ya se han dado a conocer en esta revista, acaba de publicar el último bajo el epígrafe un poco raro de *Apologética circunstancial y educativa* (I). (Lo de raro me refiero al segundo calificativo.) "Es —nos dice— un apéndice a la Apologética científica." En realidad lo de *circunstancial*, tanto y más que a este tomo conviene a gran parte de los dos anteriores. Veamos, sin embargo, cómo explica el autor su pensamiento y los motivos que le impulsaron a escribir este *apéndice*.

"Teniendo en cuenta los deberes que el hijo de la Iglesia tiene para con su Madre, quisiera, en la pequeña medida que me sea dado, ser de su defensa celoso; y ocurreseme que si el defender la Religión científicamente de los enemigos o extraños es de urgente necesidad, también lo es, aunque en la apariencia resalte menos, el hacerla mejor comprender y preferentemente más aún de los amigos y de los propios, porque la fuerza ha de partir de éstos, y de apetecer es que sean fervientes y cada vez mejor conozcan y más amen a la Iglesia como propios hijos, porque cuanto más la conozcan y amen serán más fuertes, menos tibios y más decididos y valientes defensores de la fe católica." (Pág. 7.) Según esto, parece que el autor no se dirige en este apéndice a los extraños (para los cuales, sin embargo, sin duda alguna se escriben muchas de sus páginas, por ejemplo, gran parte de las que comprenden los capítulos I, II y III), sino a los propios, a los católicos. En realidad, la idea que creo ver latir en el fondo de este breve volumen

(1) DON ILDEFONSO RODRÍGUEZ, *Apologética circunstancial y educativa*. Apéndice a la científica; un vol. de 160 págs. en 4.º Hijos de Gregorio del Amo, Madrid, 1918.

es la de hacer valer los elementos internos de la Apologética por la reposición de las elevadísimas doctrinas de la Iglesia católica sobre el Espíritu Santo y la gracia y de la vida íntima de la misma Iglesia.

Divide su estudio en dos partes, llamadas por él *renovación o colocación intelectual y afectiva*. La primera es un breve examen de carácter filosófico de las cuestiones fundamentales: Dios, el hombre (con algunas observaciones acerca de la Apologética integral) y el universo. En esta parte primera cita con preferencia y largamente a Balmes. En la segunda se interna por las regiones de la Teología para desarrollar las doctrinas sobre el espíritu y la gracia. El punto que con más extensión expone es el referente a la vitalidad de la Iglesia. Reproduce y resume ampliamente las ideas que el padre Arinterro expone en su obra sobre la *Vitalidad de la Iglesia*, cuyas páginas cita a cada paso. Excuso detenerme a reseñar el contenido de este libro más detalladamente, porque los lectores ya conocen los del padre Arinterro, cuyo discípulo fervorosísimo se declara repetidas veces el señor Rodríguez y cuyas obras recomienda con el más vivo interés a sus alumnos.

Se observa que ciertas doctrinas teológicas, aun de las más encumbradas, ejercen influjo apologético en los seglares, los cuales creen ver en ellas elementos de valía para la defensa de la Religión. Sin embargo, prescindiendo por el momento de la cuestión, sobre la apologética interna, es evidente que no podemos guiarnos, para apreciar el valor apologético de esas ideas, por el entusiasmo que producen en el alma de un *convencido* cuando las encuentra expuestas científicamente fuera de los libros técnicos. Que la elevación y valor moral de una doctrina ofrecen garantías de su verdad, no cabe duda. Lo difícil es determinar el límite de esas garantías y la eficiencia apologética de la misma.

Si de algo puede tacharse a nuestro infatigable escritor y ferviente católico, que tanto honra a la Iglesia en la Central, es, además de algunas inexactitudes de lenguaje y exceso de citas que vienen a decir lo mismo, de una cierta incoherencia en sus disquisiciones, difusión y vaguedad en el estilo, que hacen un tanto pesados y desagradables sus escritos, tan repletos de doctrina y erudición. Es de sentir que su variadísima ciencia no esté servida de un gusto artístico en consonancia con la misma. Es incalculable el bien que harían sus libros entre los innumerables alumnos de todos colores que necesariamente tienen que rozarse con el ilustre profesor. Así y todo, tales como son, bien merecen nuestras sinceras alabanzas. Es de justicia tributárselas.

El primer volumen de la serie que bajo el título de *Dimes y diretes contra Cristo y su Iglesia* (1) nos promete el capellán de la Trasatlántica don M. Peradalta y Geli, encierra en forma de objeciones o preguntas y amplias respuestas un conjunto de observaciones muy atinadas y sagaces acerca de los temas Dios, divinidad de Jesucristo, oración, Purgatorio, Infierno, Providencia, pecado original, Mandamientos, Catecismo, limosnas y conflicto obrero. Este último punto es el que más largamente discute el autor, pre-

(1) M. PERADALTA Y GELI: *Dimes y diretes contra Cristo y su Iglesia*. Controversia religiosa popular. Vol. I. En 8.º, 329 págs. Barcelona, L. Gili, 1918.

ocupado, sobre todo, por la suerte de los trabajadores y humildes, cuya mentalidad procura reflejar en las objeciones o *dimes y diretes* contra la Iglesia católica y sus dogmas.

Nada nuevo, claro es, deben buscar los especialistas en esta obrita, ni aun análisis técnicos, raciocinios y soluciones profundas, pues no es ese su intento. Sus argumentos son los usuales, puestos al alcance del vulgo y desarrollados en estilo ameno y persuasivo, jocoso a veces y con frecuencia elegante y escogido. Es, en fin, un libro que se lee con gusto y provecho. Copio las palabras siguientes, en que el autor refleja su pensamiento: "El título te dice ya bien claro que no es cuestión de estudios profundos, ni sutiles disquisiciones de escuela, lo que viene con tales opúsculos a ofrecerte el autor. Ahí están para esto las bibliotecas y grandes librerías católicas, con todo el aparato de erudición y de ciencia que en ellas representan los grandes sabios del Cristianismo... Mi objeto, lector amigo, es más modesto; mi objeto con estos libritos no es otro que ponerte de manifiesto, en vista de lo mucho que se ha escrito en favor de la Religión y de la claridad con que se han expuesto al pueblo sus verdades más fundamentales, la suma ligereza y sensible falta de lógica con que proceden los que trabajan por arrancar la fe del corazón de las muchedumbres y acusan de ridículas y supersticiosas las prácticas del culto católico." (Págs. 14-15.)

Para hacer más sensibles sus argumentaciones intercala el autor de vez en cuando algunos ejemplos notables, que tienen para la gente sencilla más fuerza que la misma lógica abstracta, de suyo menos accesible. De desear es que se propaguen por el pueblo, y sobre todo entre los obreros, que tanto malo leen, libros y folletos de esta índole.

Otro tanto digo del que acaba de publicar el infatigable padre Ruiz Amado con el título de *La Verdad desnuda en materia de religión* (1). Las muchas objeciones contra la Religión, que resume y resuelve, no sin gracia, el autor, versan sobre los puntos siguientes: Dios, la Religión, el Cristianismo, la Biblia, la Iglesia, el culto y el Infierno. Muchísimas de ellas son de baja estofa y hasta ridículas; pero bajo esa forma corren por la Prensa sectaria e impresionan vivamente a los incautos. En bastantes casos la solución de tamaños argumentos es incompleta y superficial; pero apenas es posible otra para los lectores de semejante Prensa. Sin embargo, por regla general, el padre Amado suele ser muy oportuno, añadiendo a la solución de las dificultades observaciones muy instructivas. Las personas que tienen que rozarse con obreros y otra gente de escasa cultura, pero muy empapada en lecturas insanas, que no cesa de repetir los sofismas que en ellas encontraron, condimentadas con especies fuertes, muy del agrado de sus paladares, leerán con provecho el librito del padre Amado.

Una de las objeciones más movidas en nuestro tiempo contra la Iglesia es la referente a su pretendida oposición a la Ciencia. Para muchos es la

(1) R. P. RUIZ AMADO, S. J., *La verdad desnuda en materia de religión*. Colección de las más terribles objeciones propuestas comúnmente contra la Religión en general y contra el Catolicismo en particular; un vol. de 140 págs. Librería Religiosa, Barcelona, 1918.

Iglesia, y sobre todo la autoridad eclesiástica, una retardataria, una rémora del progreso científico. Esto sólo, cuando resultaría absurda su aceptación, logra cabida en el pensamiento católico. Tal es la afirmación fundamental, que luego se encargan de probar los adversarios acudiendo al repertorio de ciertas historias, que en todas partes rastrean la enemiga de papas, obispos y teólogos contra los *sabios*. Que la Iglesia no tiene por qué perseguir a los sabios ni temer la ciencia —como de hecho jamás lo hizo—, es la conclusión que se desprende del libro de Sir Beltrán C. A. Windle, *La Iglesia y la ciencia*, publicado por la benemérita *Catholic Truth Society* (1). Pone el autor de relieve en esta obra el elemento hipotético de las principales teorías científicas que los adversarios del Catolicismo suelen presentar como opuestas a los dogmas de la Iglesia, y al mismo tiempo hace ver las escasas relaciones que con éstos suele tener la ciencia experimental. “El primer objeto de esta obra —dice Sir Windle— es presentar un esbozo de la actitud de la ciencia moderna respecto a varios problemas físicos y biológicos y mostrar como son muy pocos los que tienen contacto con los de la religión dogmática.” (Pág. VII.) Piensan muchos escritores racionalistas que existe oposición irreductible entre la Iglesia católica y la ciencia. “Que no hay tal cosa se prueba con multitud de ejemplos” (ibid.), que el autor examina luego en el curso de su obra. Otro objeto de ésta es poner de manifiesto la imposibilidad de esa pretendida oposición, e incidentalmente, el vasto campo que a la especulación científica deja libre la Iglesia, aun en materias relacionadas con la fe, como sucede, por ejemplo, en lo relativo a la interpretación del primer capítulo del Génesis. Por último, se hace ver en el libro que las teorías científicas que los adversarios presentan como opuestas a las verdades religiosas, son puras teorías, desprovistas, en su mayor parte, de pruebas y abandonadas con frecuencia por los mismos científicos al poco tiempo de idearlas para sustituirlas por otras nuevas. Ni un solo hecho, invento o teoría científicos seriamente comprobados se ha podido descubrir hasta el presente que, realmente, contradigan a una verdad de fe o definición de la Iglesia. Tal es el asunto del libro de Sir Windle. En el terreno científico se apoya en la autoridad de sabios eminentes de fama universal, sobre todo ingleses. He aquí algunos de los puntos examinados a través de la obra: ciencia y religión y límites respectivos (capítulos I, II); actitud de la Iglesia y los Papas respecto a la Ciencia —Galileo— (capítulo III) y a la Filosofía; hechos y teorías, el espacio, la materia, origen del universo, las leyes naturales, el milagro y la oración, la Geología y el hombre primitivo, vida y vitalismo, teorías evolucionistas, origen del hombre, etc.

Termina la obra con algunas consideraciones muy atinadas sobre los pretendidos conflictos entre la ciencia y la Religión. De ellas, sólo algunas apuntaré. En primer término, el conflicto únicamente puede surgir cuando el hombre de ciencia, saliéndose de la órbita positiva de los hechos comprobados, se aventura a divagaciones especulativas, y aun entonces, el 99 por 100 de los filósofos científicos no se ponen en contacto con el dogma. Con-

(2) Sir BERTRAN C. A. WINDLE, *The Church and Science*; un vol. de XVI-416 págs. London, Cath. Truth Society, 1917.

mayor frecuencia, los conflictos son entre teorías científicas e hipótesis o sistemas teológicos, que pueden admitirse o rechazarse sin perjuicio de la fe.

En segundo lugar, las teorías de los sabios no pretenden ser, generalmente, más que aproximaciones, hipótesis, que utiliza la ciencia para su desarrollo, no verdades plenamente demostradas. Sólo algunos sabios a medias, de poca autoridad, y cierta Prensa vocinglera, francamente sectaria, se permiten dar por ciertas todas las lucubraciones de cualquier aventurero científico. Por último, los cambios y fluctuaciones continuos de los sistemas científicos aconsejan al teólogo mucha prudencia en su utilización, y al sabio mucha humildad y circunspección. El apologista no debe aventurarse ni a rechazar de plano ni a dar por bueno todo lo que la ciencia de cada época pretenda haber descubierto. Lo prudente es esperar pacientemente hasta que se hayan consolidado las posiciones de la ciencia para tratar de concordarlas con la fe.

Sir Windle está enteradísimo, particularmente en lo referente a las ciencias naturales, de cuanto se ha escrito acerca de los asuntos que somete a examen. Por lo que se advierte que, si bien no es un especialista en sentido propio, domina las principales ramas de la Física, Historia Natural, Geología, Paleontología, etc. A veces parece olvidar el objeto propio de su libro para exponer largamente y con gran riqueza de datos las conclusiones científicas. Estas últimas son las que más lugar ocupan en su obra. Sería preferible que las resumiese con más brevedad para dar cabida a mayor número de consideraciones apoloéticas. En la cuestión del Génesis me parece demasiado concordista. Las conclusiones de los exégetas católicos modernos permiten soluciones más satisfactorias y menos expuestas a los ataques científicos, y también más en armonía con el carácter general de nuestros Libros sagrados.

En todos los manuales modernos de Apoloética suele examinarse, al hablar del milagro, la cuestión del espiritismo, asunto que ha llamado y aún sigue llamando poderosamente la atención de los aficionados a los estudios religiosos. Como en los tiempos pasados, también en los nuestros, las almas, hambrientas de lo sobrenatural, que no conocen en su verdadera forma, y, acuciadas por la curiosidad que en todo el mundo provocan los fenómenos raros, lanzanse ansiosas en pos de cualquier prestidigitador, es-camotista o charlatán que se presente con la magia de lo maravilloso y milagrero. A las artes mágicas que bajo múltiples y variadísimas formas dominaron en las pasadas centurias, sucedieron otros seudonaturalismos nuevos, con no menos estrepitosos éxitos. Entre ellos, sin duda, se lleva la palma el espiritismo, por lo extraordinario y misterioso de sus fenómenos y por las simpatías que se captó, no sólo entre el vulgo, sino también entre sabios de renombre, sin excluir a observadores, famosos por sus experimentos e investigaciones, llevados a cabo según todos los rigores de las ciencias positivas. Tal W. Crookes, por ejemplo, uno de los primeros científicos seducidos por los artistas del flamante deporte.

“¿Cuál es el valor del espiritismo? ¿Qué pensar de los hechos maravillosos que presenta? ¿Qué de las revelaciones y doctrinas que propone? Tal es la cuestión que formulan numerosos espíritus de muy diverso origen y

cultura." A estudiarla ha consagrado monsieur L. Roure un interesantísimo libro, del cual son las líneas precitadas, que lleva por título *Le Merveilleux spirite* (1).

Ante todo expone el autor, por orden de desarrollo, los hechos espiritistas desde su origen. Son múltiples y verdaderamente raros. He aquí el primero francamente espiritista: Un tal Weekman, americano, siente un día llamar a su puerta por la noche; abre, y no ve a nadie; oye llamar de nuevo, y sucede como antes. La escena se repite por mucho tiempo, y, por fin, cansado de tales llamamientos, nuestro hombre abandona la casa. Pero después la alquila el doctor J. Fox y su familia. Luego se repiten los misteriosos ruidos que habían asustado al anterior inquilino. Una noche, a la hija mayor del doctor Fox se le ocurre contestar con palmadas, invitando al ruido a contestar. Así lo hace, efectivamente. Viene la madre de la muchacha y se entabla esta conversación: "Si eres espíritu, da dos golpes", y al punto, suenan los dos golpes. "¿Has muerto violentamente?" De nuevo los dos golpes se repiten. "¿En esta casa?" Otra vez los dos golpes... Las conversaciones se repiten con frecuencia, mediante un alfabeto artificial representado por golpes; y de este modo, la hija de Fox llega a conocer la historia de aquel espíritu. Con el tiempo, toda la familia Fox, acostumbrada a este comercio con el espíritu en cuestión, está capacitada para evocar a otros espíritus. Sucedió esto hacia 1847. De aquí arranca el movimiento espiritista. En 1850 se comprueban movimientos de mesas en donde residen los espíritus, y alrededor de los cuales se hace la cadena; luego, manos invisibles que tocan a los asistentes, apariciones de flúido gris, fosforescencias, ruidos raros en las salas donde se verifican las escenas espiritistas, escrituras misteriosas, locuciones de seres invisibles, fotografías de manos vaporosas; por fin, los espíritus se encarnan en sus *mediums* y se dejan ver de los espectadores. *Medium* se llama a las personas que, mediante su comercio con los espíritus, se hacen aptas para servir de instrumento a su comunicación con los restantes mortales.—El autor resume la historia y vicisitudes de los más famosos *mediums* y profetas del espiritismo. Tales la familia Fox, Allan-Kardek, Agenor de Gesparén, Katie King y W. Krookes, Buguet, Eusepia Paladino y otros mil. Al lado de los hechos expone las teorías explicativas de los mismos, ideadas por diversos pensadores, sobre todo la del flúido vital, los experimentos e hipótesis de los científicos, las doctrinas de los jefes del espiritismo y, en particular, las de su pontífice máximo y sumo profeta Allan-Kardek, etc., etc. Bajo la dirección de este último, el espiritismo deja de ser una pura curiosidad para convertirse en una religión, con sus dogmas y moral; en una novísima *buena nueva* que nos envían los espíritus para reformar y completar las doctrinas del Evangelio.

¿Qué juicio merecen los hechos y doctrinas espiritistas? En cuanto a los primeros, no cabe un juicio global. Precisa examinarlos en particular, uno a uno. Muchos de ellos, al menos en sus líneas generales, los examina monsieur Roure. La impresión de conjunto que producen sus críticas es de es-

(1) LUCIEN ROURE, *Le merveilleux spirite*; un vol. de 398 págs. G. Beauchesne, París, 1917.

cepticismo. El fraude, escamoteo y superchería abundan en las sesiones espiritistas. Ello parece indiscutible. Muchísimos de los fenómenos más extraordinarios son efecto de la habilidad pasmosa de los *mediums*, algunos de los cuales fueron prestidigitadores incomparables. Tal es la opinión —justificada suficientemente por buen número de fraudes comprobados— de bastantes pensadores imparciales, católicos y racionalistas. No faltan pensadores partidarios del espiritismo que confiesen esto mismo, aunque dicen que los *mediums* sólo acuden al fraude cuando se sienten impotentes para evocar los espíritus, y al mismo tiempo se ven forzados a hacerlo por imposición de los espectadores. Esta restricción no deja de ser una evasiva. Se han comprobado casos de escamoteo sin haber por parte de los espectadores esa pretendida imposición de evocar, *velis nollis*, a los espíritus. Con frecuencia, el móvil de las paredes es el deseo de salir airoso los *mediums*, su vanidad de artistas.

Al margen de estos hechos inciertos o fraudulentos hay algunos otros innegables, los cuales es preciso explicar recurriendo a agentes superiores, pues la industria humana no parece ser suficiente para producirlos. Los espiritistas creen que son obra de los espíritus o almas de los muertos evocados por los *mediums*. Tal es la doctrina fundamental de sus grandes profetas. Los otros, según ellos, son la enseñanza de los espíritus, sus revelaciones. He aquí el juicio sumario de monsieur Roure respecto a la licitud y realidad de la evocación de los espíritus: "Según la doctrina católica, esta evocación, tal como la hacen los espiritistas, es ilícita. Sin duda nada se opone, ni por parte de la razón ni del dogma católico, a que las almas de los difuntos se puedan comunicar a veces con los vivos. Ejemplos hay de tales comunicaciones seriamente comprobados. Pero ni la razón ni el dogma católico admiten que las almas de los muertos estén a disposición de los vivos para satisfacer su curiosidad, con frecuencia vana; para servir a sus fantasías; para dar lugar a exhibiciones, pueriles de ordinario, teatrales y a menudo bajamente deshonestas. En la región de ultratumba las almas desincarnadas están de hecho bajo la dependencia de Dios y eso totalmente, según la doctrina católica, de un modo más completo que lo estaban en este mundo durante el tiempo de prueba, según toda doctrina filosófica razonable... Sería, por tanto, impío hacer a la sabiduría de Dios cómplice de todas esas manifestaciones, que con demasiada frecuencia carecen de motivo serio y de gravedad.

"En cuanto a las almas sinceras, que no buscan en las prácticas del espiritismo más que un medio de conservar el contacto con las almas robadas a su efecto, si reflexionan, pueden darse cuenta de que las pretendidas respuestas que se les otorgan no concuerdan, por su carácter vago, vulgar e insignificante, ni con sus deseos íntimos ni con lo que nosotros podemos conocer de la sabia y amante providencia de Dios.

"Se han podido señalar como mejor fundadas ciertas apariciones breves de almas de difuntos acaecidas en el momento preciso de la muerte o poco después. Mas cabalmente estas apariciones son completamente espontáneas, no provocadas, ni menos forzadas.

"Con mayor razón es inadmisibile que los espíritus buenos (los ángeles),

a la vez completamente dependientes Dios, circundados de su luz, estables en la rectitud moral, comercien con los hombres en la forma ridícula y mezquina que caracteriza a las manifestaciones espiritistas. Por el contrario, todas estas manifestaciones concuerdan plenamente con lo que la Iglesia católica nos enseña tocante a los malos espíritus o demonios, poderes superiores al humano, pero encadenados; naturalezas ricamente dotadas, pero falseadas, corrompidas, inclinadas al mal y a la perversión del hombre. La invención del espiritismo conviene del todo a aquel que solemos llamar "mono de Dios"; contrahechura de los dogmas y de la moral católica, remedo de nuestros milagros, exhibiciones pueriles o grotescas, fe impuesta sin las garantías ofrecidas, promesas sin cumplimiento. El espiritismo presenta todas las señales de aquel que ha sido llamado "engañador desde el principio"... No es más que una forma de la nigromancia practicada antiguamente." (Págs. 374-377.)

Completamente conformes con el parecer de monsieur Roure. Los fenómenos espiritistas sólo por dos causas pueden aplicarse: o por la prodigiosa habilidad de los *mediums*, muchos de los cuales han sido convencidos de insignes escamoteadores —y ésta ha de ser la explicación normal cuando los hechos lo permitan—, o por la intervención de espíritus malignos, siempre dispuestos a embaucar a los hombres y precipitarlos en todo género de extravíos morales e intelectuales. Esta última explicación, francamente super-naturalista, no debe traerse a cada paso, aunque no parece dudoso que el demonio interviene más de lo que parece en los negocios humanos. Así nos lo dan a entender las biografías de muchos Santos, y no faltan en la Sagrada Escritura textos y hechos que corroboran este parecer.

Desde el punto de vista apologético, la crítica del espiritismo, además del examen riguroso de los hechos, supone ideas rectas acerca de Dios, del alma humana y del mundo espiritual.

¿Prueban los hechos espiritistas contra el materialismo la existencia de un mundo espiritual? Si los hechos que se citan fueran ciertamente superiores a la industria humana, parece que sí. Mas dada la vaguedad de esos fenómenos y la incertidumbre que dejan respecto a su carácter, sería aventurado utilizarlos en la defensa del espiritualismo. Por lo demás, para muy pocos valdría esta prueba.

El señor Roure cree con razón que la irremediable vulgaridad e insignificancia —*semper et ubique sibi constans*— de los fenómenos y mensajes espiritistas, que jamás salen de un círculo muy angosto de hechos y de ideas, no dan derecho al espiritismo de arrogarse el nombre de una ciencia en pañales ni menos de una religión. Triste parecerá a algunos el decirlo, pero ello es cierto; cuando el alma se aparta de lo sobrenatural verdadero, una fuerza irresistible le arrastra hacia las ridiculeces de todas las supersticiones que campearon un día y aun campean allí donde la ignorancia científica o religiosa tiene su asiento. Esto debe de hacer pensar a los censores del Catolicismo.

FR. J. M.^a G. GRAÍN.

CRONICAS CIENTIFICO-SOCIALES

ESPAÑA

LA ACCIÓN DEL ESTADO.

Circunstancias especiales de la vida, ajenas a nuestra voluntad, serán la causa de que la presente Crónica salga manca y defectuosa en demasía, habiendo tanto y tan bueno que reseñar. Nos hemos empeñado en creer que las presentes Cortes y el actual Gobierno habían de ser fecundos y renovadores, y estas esperanzas no fueron del todo defraudadas.

En los cuatro meses que estuvieron abiertas, fueron aprobadas 51 leyes, algunas tan importantes como la relativa a la *jornada mercantil, nacionalización de industrias, funcionarios civiles, desecación de marismas y pantanos potásicos, defensa de los bosques, reformas militares, reformas del magisterio primario, Tribunales para niños, etc.*, etc.

Periódico tan poco sospechoso de parcialidad como *El Correo Español* decía a este propósito en su número del 20 de julio: "Ya se han cerrado las Cortes, y, en honor a la verdad, debemos decir que, por esta vez, no cerró el decreto una etapa de ignominia y de esterilidad.

"El Parlamento ha trabajado, produciendo leyes que responden unas a justas y urgentes compensaciones, y que responden otras a la iniciación de una obra económica impuesta por la imperiosa necesidad de vivir que siente España.

"Omitiendo con el natural desprecio el plebeyo debate sobre los sucesos de agosto, y dando de lado a esa bufonada que realizaron las izquierdas, buscando en la huida una hoja de parra con que cubrir su incompetencia para toda labor seria, tenemos que apuntar éxitos iniciales en la etapa parlamentaria que terminó ayer.

"Las Cortes han dado (¡ya era hora!) la sensación de que viven al día, y de que son capaces de entender lo que en estos momentos constituye una sagrada obligación, cual es la de no vivir a espaldas del pueblo."

Entre los proyectos que creemos más acertados y beneficiosos figura el del ministro de Fomento señor Cambó sobre la creación de un *Instituto Nacional Agrario*. Los publicistas católicos han hecho su análisis señalando

méritos y defectos con una gran elevación de criterio. Las razones alegadas, y, más que todo, la fuerza que representamos en las organizaciones agrarias, de las que ya no puede prescindir el Poder público, ni la opinión, ni las demás agrupaciones políticas y sociales, mal que les pese, han merecido que el señor Cambó escribiese en *El Debate* del 31 de agosto un notable artículo, del que copiamos las siguientes líneas:

“Se afirma, y con razón, que en mi proyecto no se dan garantías de que la administración del Instituto se confíe a personas de máxima autoridad, representativas de los grandes movimientos del agrarismo español. Es verdad: en el proyecto sólo se dice que los primeros administradores serán designados libremente por el Ministerio, y que en las sucesivas renovaciones se harán los nombramientos a propuesta del propio Consejo. Pero lo que el proyecto no dice puedo decirlo yo, y no tengo inconveniente en consignar aquí lo que pensaba decir en el primer día en que el proyecto se discutiera ante el Senado: Que el mismo ejemplar de la *Gaceta* que publique la ley publicará los nombres de las personas que constituyan el primer Consejo, y que su designación se hará de acuerdo con los Pósitos y con las Asociaciones y los Sindicatos agrícolas, por entender que, en la designación de personas, la misión del Ministro de Fomento es únicamente la de recoger y armonizar las indicaciones de la vida agrícola organizada de España.”

Esto da la medida de lo que valen las organizaciones en todos los órdenes de la vida y nos señala la ruta a seguir para el triunfo de nuestros ideales sin los inconvenientes del partidismo político.

Otro de los beneficios mayores que estamos recibiendo de las actuales Cortes y del Gobierno de notables es el de la reformación paulatina de un nuevo criterio político en la pública opinión. No queremos apuntarnos un éxito recordando lo que desde principios de 1917 venimos insinuando en estas Crónicas acerca de la disolución y evolución de los partidos políticos y de la necesidad de enfocar la política española hacia la democracia social, comparándolo con lo que, casi al pie de la letra, acaban de afirmar autorizados jefes de muchedumbres con asombro y luego con aplauso de sus oyentes.

Hace poco, en la Crónica anterior, brindábamos este acierto a los diputados *tradicionalistas*, haciendo honor a sus talentos, a sus prestigios y a su acendrada firmeza religiosa. Mi respetable amigo el señor Conde de Doña Marina rechaza el ofrecimiento en el editorial de *El Correo Español* del 23 de julio, aunque sin alegar razones de por qué no hemos de prescindir de las estrecheces de la forma de gobierno, del concepto historicista de la tradición y de la mezquindad del partido para salvar las esencias vitales del Catolicismo e intensificar la acción social en una cristiana democracia que nuestro Conde califica de “fantástica”.

El señor Osorio y Gallardo, personalidad relevante del *maurismo*, de ese partido singular que no se parece a ningún otro, pues no lo dirige su jefe, ni siquiera lo reconoce como tal partido (y no hay agrupación que no adore con más fervor en el hombre que le da denominación y substancia de ideas), partido, en fin, que logró desbaratarlos a todos, aspirando, como los demás, a gobernar con mayorías, acaba de decir en su discurso de Vigo:

"Así como en el siglo XIX ocupó España del problema de la libertad política, el siglo XX será el de la libertad económica.

"El problema de la libertad privada es el más importante. Están evolucionando los conceptos que tienden a hacer la propiedad función social, instrumento para libertar a la sociedad entera, no sólo en provecho del individuo.

"El concepto individualista no puede prevalecer. El cambio está ante nuestra vista. Así, labrando los predios improductivos, acabase con los latifundios.

"También confirma esta evolución la designación del trabajo, las tasas, las incautaciones, la limitación hasta el sexto grado de la sucesión intestada; todos demuestran que la propiedad es un mecanismo para reducir el número de pobres...

"Vosotros pensaréis que todo esto va encaminado a hacer la apología del partido maurista, presentándole, fracasados todos los partidos, como solución única. Pues bien: estáis equivocados; quiero haceros, con toda solemnidad, una declaración política: considero una desgracia que el partido maurista llegue a gobernar. (Sensación.)

"Si viniera el partido maurista al Poder, se convertiría en un pandillaje político, como todos, y eso, nunca. (Se inicia un aplauso, que se ahoga inmediatamente por algunos siseos.)

"El orador dice: Agradezco esos aplausos; pero aplaudo más a los amigos míos que no me han hecho pedazos por esta declaración. Si Romanones hubiera hablado así a sus amigos, le hubieran hecho trizas. (Aplausos generales. Risas.)

"Sería una vergüenza que Maura pudiera gobernar con Ministros mauristas, Directores generales mauristas, mayorías parlamentarias mauristas, Gobernadores y Alcaldes mauristas. Esto pugna con la idealidad del movimiento maurista, nacido para destruir los monopolios y los caudillajes.

"Me preguntaréis que quién debe gobernar, y a esto contestaré: los capaces. El jefe del Gobierno puede elegir las capacidades en todos los partidos o fuera de los políticos; los Gobiernos de este molde serán la derrota de los teorizantes. En España, mientras el pueblo decaía, se discutían las teorías.

"¿Desaparecerá entonces el maurismo? De ninguna manera. Debe prepararse a la opinión, encauzándola, como hacen los regionalistas católicos, que están realizando una silenciosa labor agraria que asombrará cuando se conozca. Todos los partidos que defienden estas ideas son necesarios para España. (Grandes aplausos.)

"El partido maurista puede llamarse "derecha social democrática", denominación que abarca todos los conceptos sociales.

"Derecha, porque estamos dentro de este sector político; nosotros profesamos la doctrina de la Iglesia, que defenderemos, porque aceptamos y practicamos la concepción cristiana de la vida social al preocuparnos de los problemas de justicia social hoy planteados, y cuya solución es urgentísima; y democrática, porque tenemos fe absoluta en los movimientos reales de opinión.

"Para que nuestras ideas lleguen a prevalecer, hay necesidad de que todos intervengamos en la vida pública. La abstención es necia o suicida.

"Toda nuestra aspiración es despertar el civismo de todos los españoles, teniendo presente que el dilema es éste: o acabamos con el caciquismo, o éste concluye con nosotros. (Ovación prolongada, en la que toma parte todo el auditorio.)"

LA ACCIÓN SOCIAL CATÓLICA.

Da pena hablar de la acción social católica en lo que se refiere a la sindicación profesional obrera. Fuera de la Confederación Nacional Católico-Agraria, que cuenta ya con cerca de *un millón* de agricultores asociados y más de *cincuenta millones* de pesetas de capital circulante, los católicos españoles no podemos enorgullecernos de ninguna otra obra social que acredite las virtualidades salvadoras del Evangelio y su recta interpretación en la práctica de la vida. Y cuenta que la población española se desborda en grandes avalanchas hacia las industrias. Puntos hay en que los grandes propietarios no encuentran ya arrendatarios para sus fincas. La tendencia a industrializarlo todo es manifiesta, y las máquinas no permiten la parcelación o división física caprichosa de la propiedad. Difícilmente los operarios industriales pueden ser propietarios de aquello en que laboran inmediatamente, como en la agricultura no industrializada.

Pues bien, esta nueva forma física de la propiedad que impone el maquinismo al extenderse y generalizarse, aún carece de normas claras y terminantes de orden jurídico y moral para que impere la justicia evangélica. A trempicones, como suele decirse, se está elaborando el derecho que dará nueva estructura a la sociedad. ¡Qué lástima que en su confección no intervenga de modo solemne y enérgico el catolicismo! Son las fuerzas populares, desencadenadas en motines y huelgas violentas, las que lo están forjando a su manera, aguijoneadas por la crisis de las subsistencias y los agitadores socialistas.

La base de todo este resurgimiento serían los Sindicatos obreros profesionales con todas sus obras auxiliares y complementarias. Y ¿cuál es la vitalidad y la fuerza de los Sindicatos obreros católicos? Nos cerca un silencio, un marasmo de muerte. No se oye una nota viril ni se dibuja un trazo robusto; nada que tienda a canalizar la vida.

La Casa Social de Valladolid y el Centro Obrero Católico que en Madrid sostiene el señor Marqués de Comillas han lanzado a la propaganda a algunos obreros. Eso está muy bien. Ese contacto con la realidad obrera de diversas industrias y en distintas provincias enseñará a estos buenos propagandistas muchas cosas que contrastarán con los resabios patronalistas y amarillistas de los que los dirigen, y, andando el tiempo, les veremos, ya les estamos viendo en parte, decir y escribir lo que en *La Voz del Trabajo* y en *El Sindicalista Libre*, allá por los años 1914 y 15, escandalizaba a los "comillistas" así seculares como eclesiásticos. Si detrás de Agustín Ruiz, Aurelio Díaz, Pereira, Herraz y Sommer no se viesen esas sombras patronalistas y de otros elementos que por imperativos de la vida, y según el concepto público, están siempre al lado del capitalismo, cual si autorizasen sus excesos, ¡cuánto bien harían y qué pronto todos los obreros no socialistas

formarían una sola potentísima organización! Hoy el dinero protector afluye en grandes cantidades a esos dos únicos Centros; pero tememos con fundamento que lleve alguna maldición, supuesto que a la máxima evangélica de que "no sepa una mano lo que la otra da", ha reemplazado esta otra que es la que se practica: "quien paga, manda". La Casa Social de Valladolid ha organizado un Sindicato Nacional de Mineros por el estilo del Sindicato Ferroviario. Seguimos pensando ahora lo mismo que en 1914, cuando se fundó el Sindicato Ferroviario de Madrid: que organizar Sindicatos nacionales sin tener Sindicatos locales es lo mismo que empezar a construir un edificio por la cúpula.

En el Centro Obrero Católico de Madrid ha ingresado un Sindicato de Panaderos salido de la Casa del Pueblo con motivo de la última huelga. Lo constituyen unos 200 socios, y, según nuestros informes, es posible que este nuevo Sindicato contribuya a la *purificación* de los antiguos. Si es así, bien venido sea.

LA SEMANA SOCIAL DE SAN
SEBASTIÁN.

Así las cosas, sólo podemos ofrecer como fruto no muy sazonado de nuestra actividad social en estos últimos meses la primera Semana Social diocesana celebrada en San Sebastián del 24 al 28 de julio, en la que se discutieron importantísimos temas y se votaron 120 conclusiones pertinentes a las siguientes Secciones: Agraria, Obrera, Femenina, Previsión y Ahorro, Patronos y Clase media y Mareantes. No queremos hablar por cuenta propia. En la importante revista agustiniana *España y América* (1) dice el padre Gabino de Olaso: "Pasados y desvanecidos los primeros entusiasmos, habrá tiempo y lugar para hablar de ciertos manejos ocultos, de las mesnadas disciplinadas y de las lecciones estudiadas de memoria que, a una indicación o señal convenida de antemano, se vuelcan ante el público con el fin de reducir al silencio a los que no comparten sus procedimientos en la organización profesional obrera.

"Un amigo nuestro, que tiene sobrados deseos de conocer ciertas actuaciones, podría haber presenciado la discusión de los temas en la Sección obrera, y al mismo tiempo recoger datos y documentos de valor subido para ultimar su obra *Sobre la historia interna de la acción social en España*.

"Creemos que ha llegado el tiempo de decir la verdad sobre cosas y casos que se ven y se palpan, puesto que somos de opinión que al campo social católico debe irse lisa y llanamente por vías rectas y amplias y bajo las enseñanzas de los Sumos Pontífices, del Cardenal Primado y de los Prelados, y no con las insinceridades de siempre y por las tortuosas encrucijadas que desvirtúan en la práctica las consecuencias fecundas de los principios básicos de la Sociología católica, y, por lo mismo, desvían del cauce natural las aguas cristalinas de la democracia cristiana."

La Acción Social Navarra, órgano oficial de las obras sociales de aquel antiguo reino, dice en su número del 10 de agosto: "Al lado, y en medio de tanta luz, hemos podido distinguir con sentimiento algunas sombras. Para nadie es un secreto que en el campo del Catolicismo social se observan sín-

(1) *España y América*, 15 agosto 1918. Boletín social, pág. 288.

tomas de desavenencias, principios de discordias. Como decía muy bien la importante publicación *LA CIENCIA TOMISTA*, perteneciente a los meses de mayo y junio, en la sección correspondiente de "Crónicas científico-sociales", en la acción social católica de España se advierten dos tendencias, no ciertamente doctrinales, pero de organización, que cada día tienden a separarse y diferenciarse más. Por una parte, las obras sociales obreras y alguna agraria que fundó y protege el señor Marqués de Comillas e inspiran los Padres de la Compañía de Jesús, y por otra parte las demás organizaciones sociales: los Sindicatos católicolibres que propaga el padre Gerard, los Sindicatos mineros de Asturias, que sostiene y ampara el canónigo ovetense señor Arbolea, y toda la inmensa organización agraria formada por 28 Federaciones que preside el gran Monedero.

"Todos estamos obligados a que estas diferencias no se fomenten; debemos cooperar para que disminuyan las distancias, y estas divergencias, en realidad muy accidentales, desaparecerán principalmente cuando tan unido, compacto y ganoso de lucha se presenta ante nosotros el socialismo español.

"Lejos de esto, la Semana Social, quizá sin pretenderlo, ha consagrado esa división. A su organización ha presidido un criterio exclusivista y partidista, han sido invitados cuantos simpatizan o pueden simpatizar y se han distinguido por pertenecer a la primera tendencia, y ha habido estudiado interés en no acordarse de los hombres sociales y organismos de la segunda.

"Ha sido una lástima, y lo lamentamos de veras. Estas son las sombras, ligeras y tenues, pero sombras."

En el mismo sentido se expresan los periódicos obreros *El Sindicalista*, de Bilbao, y *El Obrero Sindicalista*, de Pamplona. Para ser enteramente justos e imparciales hemos de rectificar en parte a *La Acción Social Navarra*, pues a última hora fueron invitados los Sindicatos libres de Bilbao, quienes enviaron a dos representantes obreros para tomar parte en la Sección respectiva. Gracias, acaso, a su intervención y a la muy acertada del agustino padre Olaso, el discurso elocuentísimo del prelado diocesano doctor Eijo, con que se cerraron las discusiones de la Semana, tuvo párrafos tan terminantes para la sindicación verdad como los siguientes: "Otro de los consejos que os doy es que con vuestro dinero, vuestra actividad y energía extendáis por toda la provincia una red de Sindicatos obreros profesionales, *puros, no mixtos*. Y aunque en este punto hay diferentes criterios en lo accidental, importa siempre que la Cruz sea el digno remate de sus respectivos estandartes y en ella se inspiren los que los constituyen. Que también los patronos se congreguen en Sindicatos, y, cuando estudien a fondo sus propios intereses, verán que su propia conveniencia estriba en la mayor mejora de la situación de los obreros."

LOS SINDICATOS LIBRES CATÓLICOS.

Quedan nombrados estos Sindicatos, que, a nuestro juicio y al de publicistas mucho más doctos, son los que encarnan y representan la verdadera democracia cristiana. A estos Sindicatos no afluyen los dineros ni las altas protecciones; ni siquiera cuentan con diarios católicos que los ensalcen y bombeen y publiquen sus documentos, a no ser cuando arremeten contra los socialistas para estropearles alguna huelga irracional,

como ocurrió hace poco en Bilbao, ya que en las luchas justas no vacilan en admitir uniones transitorias con las entidades socialistas, logrando así imponerse por la razón a la masa obrera, como se está palpando en la capital vizcaína, antes foco constante de huelgas y motines. Pero cabalmente el no ser estos Sindicatos instituciones puramente *antisocialistas*, el ser tan firmes defensores de los derechos obreros, incluso con la huelga, como lo han probado, es lo que los hace antipáticos y sospechosos a las clases conservadoras. ¿Cómo no, si nos consta que cuando se publicó la memorable pastoral *Justicia y Caridad*, en que se recoge y expone todo el programa de la sindicación libre, hubo elementos que se ofrecían a costear una edición de millones de ejemplares a condición de que se suprimiesen de ella ciertos pasajes?

Gracias a la entereza apostólica y elevación de criterio de algunos Prelados, entre los que debemos mencionar al de Palencia y Pamplona, estos Sindicatos y su *Federación Nacional* siguen laborando en silencio, con una labor eficacísima, sumando adeptos, constituyendo nuevas agrupaciones. El Norte de España lo comparten con los socialistas, a los que les van arrebatando el terreno palmo a palmo. En algunos puntos, por carecer de protección, hasta se les escatima la palabra divina, que piden les sea dirigida por aquellos apóstoles y propagandistas que les merecen entera confianza, y se les regatean los Consiliarios. En muchas antecámaras se hallan detenidos, en espera de aprobación, algunos Reglamentos. No obstante, en Zaragoza, Palencia, Pamplona, Bilbao, Asturias y Santander, la sindicación libre está dando señales esplendorosas de vida, interviniendo en los conflictos que origina el escandaloso encarecimiento de las subsistencias, con todas sus secuelas de reclamaciones y conversaciones con Empresas y autoridades. El socialismo, derrotado y desprestigiado en la esfera política y aun en la societaria, se mezcla con el vulgo municipal y clama, protesta y obra, captándose nuevas simpatías. Desprestigiada en sus manos impuras la huelga profesional y hasta la misma revolución, como en algunos llega a estar desprestigiada la calumnia, estos socialistas de hoy se meten con las criadas de servir y las cocineras, aunque no se nos oculta que también necesitan su poquito de rendición, la cual, sin embargo, no ha de venirles de esa banda.

Una grata e importantísima noticia tenemos que registrar en estas informaciones sociales. El 26 de julio dió en Santander una conferencia social a los sindicalistas libres de aquella capital el presbítero don Teófilo Barcenilla, profesor del Seminario de Palencia y consiliario de los Sindicatos libres palentinos. El señor Barcenilla se ha revelado como un orador social de cuerpo entero. Desconocido hasta el día fuera de Palencia, bastó esta conferencia para elevarlo en el concepto público al nivel del padre Gerard, cuyo discípulo se proclamó en medio de atronadores aplausos de aquellos obreros, que se organizaron por sí mismos, en medio de contradicciones sin número, al calor de otra conferencia ruidosa que les diera el año pasado, por diciembre, el fraile Dominicó. La Prensa de Santander, *El Pueblo Cántabro*, *La Atalaya* y *El Noticiero*, menos aquel *diario* que zahirió al padre Gerard y sigue mortificando a los sindicalistas libres, ha sido unánime en el elogio al joven, sabio y fo-

goso tribuno de los obreros. Estos pueden contar desde hoy con un nuevo y vigoroso paladín de su causa, y que, además, es experto organizador.

El día que tengamos una docena de oradores y propagandistas sociales tan decididos y desinteresados como el señor Barcenilla y el padre Gerard, el catolicismo social o la democracia cristiana cambiará de aspecto y sus actuales contradictores, lejos de poner obstáculos, por temor, más o menos fundado, a que no se organice debidamente la masa removida por la palabra, se sumarán al movimiento, so pena de ser arrollados.

EL SOCIALISMO.

¿No recordáis cómo el *sentimiento patriótico*, tantas veces menospreciado y combatido por el socialismo, renació con inusitado vigor en las filas socialistas al estallar la guerra europea, llevándolas a combatir unas contra otras, con lo que se hizo la primera rectificación solemne del programa materialista, estrechísimo, de Carlos Marx? Pues lo mismo va a ocurrir, está ocurriendo ya, con el *sentimiento religioso* y los *valores éticos*, que el socialismo no puede admitir lógicamente dentro de su concepto materialístico de la vida y de la historia, y de los que no puede prescindir la naturaleza humana, invenciblemente religiosa. Los lazos espirituales y materiales con que las clases proletarias están unidas con las restantes de una misma patria, son menos fuertes que aquellos con que estamos ligados a los fines morales y religiosos. No obstante, el socialismo español sigue siendo en sus actuaciones *antipatriótico y antirreligioso*, llevado de una ideología trasnochada que la experiencia integral de la vida rechaza.

Largo sería el catálogo de hechos que podríamos aportar en confirmación de lo dicho; pero están en la conciencia de todos y no hay más que llamar la atención hacia los relatos de la Prensa diaria. Sentados en el Parlamento los del Comité de huelga, su labor se redujo a hacer crítica negativa de todo lo existente; a tratar de justificar el movimiento revolucionario del pasado agosto, quejándose de que el Ejército le reprimiese haciendo uso de las armas, y llorando sobre las víctimas inevitables; a declarar paladinamente que la huelga revolucionaria fué *política*, con lo que desmintieron y dejaron en mal lugar a las *Sociedades obreras*, que en sus manifestos repetían hasta convencer que aquellas huelgas eran *puramente económicas*, tendentes no más a subir los salarios para conjurar la crisis de las subsistencias; a falsear la realidad para engañar a los pobres obreros y negar la veracidad a todos los Tribunales y a todos los testigos que no fuesen ellos mismos o los de su cuerda; a tratar de lanzar a los obreros a nuevas huelgas inconsideradas; a celebrar el aniversario de la revolución de agosto, repitiendo las vulgaridades de siempre; a retirarse del Parlamento por motivos fútiles de menudencias políticas y procurarse unos a otros un culto *fetichista*...; pero nada de organizar en serio, nada de estudiar y esclarecer puntos de economía nacional, nada de enseñar ideas prácticas y positivas, nada de infundir la virtud del ahorro y de la previsión, nada de moralizar y de evitar el envilecimiento de las masas proletarias. Política, nada más que política y vil comparsa de esas inauditas banderías creadas con el dinero de los beligerantes.

Allá por el mes de junio, el socialista Antonio Fabra Rivas dió en Bar-

celona una conferencia sobre este tema: "El partido socialista español ante los problemas actuales." Entre otras cosas de facilísima refutación, dijo: "Dos civilizaciones se hallan actualmente en pugna: una civilización cristiana, de la que España está impregnada, que representó en otro tiempo la suma perfección, pero que ahora es inservible, y una civilización racionalista, fundada en principios científicos, y que viene a resolver, mediante la cultura y la ciencia, los más intensos problemas humanos." "Cuando ahora los escritores burgueses reprochan al socialismo el no haber evitado la guerra, hay que decirles que lo que ha fracasado en la contienda es la civilización capitalista y la civilización cristiana, especialmente esta última, que, contando con Asociaciones excelentemente organizadas y una poderosa influencia en los espíritus, no ha sabido evitar, después de tantos siglos de acción, este horrible derramamiento de sangre." Si el socialismo y el capitalismo, cada uno a su modo, no hubieran contribuido a la descristianización de los pueblos desde hace más de un siglo, lográndolo en gran parte, nosotros asumiríamos toda la responsabilidad de la guerra y acaso mereceríamos el reproche.

A propósito de esta conferencia me escribía un pensador de gran autoridad entre los socialistas españoles, y socialista él en lo fundamental del sistema: "El señor Fabra Rivas parece apoyarse en la tesis de que en la guerra europea están luchando dos civilizaciones: la racionalista y la cristiana. Esta es una equivocación lamentable, y no estará de más hacerlo notar, porque usted ya habrá visto que cuando una tontería cualquiera circula quince días sin el debido correctivo en una sociedad tan inculta como la nuestra, pasa inmediatamente a la categoría de verdad comprobada y es luego imposible de desarraigar, y lo menos malo que acontece entonces es una desviación del espíritu público hacia las cuestiones bizantinas, con olvido de los problemas fundamentales que a todos nos deben interesar, si es que, en efecto, buscamos la justicia. Suscitar caprichosamente discusiones sobre el Catolicismo donde no hacen falta, es, simplemente, apartarse de toda solución concreta, porque la conciencia ajena, sea de quien fuere, es absolutamente invulnerable y nada tiene que ver con las formas de la producción. El señor Fabra Rivas deshace la base de sus propios argumentos al mostrarse partidario, como yo, de la interpretación económica de la historia, porque es evidente que si la historia se realiza por virtud de hechos meramente económicos, nada tiene que ver en este asunto el Catolicismo, que no es hecho económico y ninguna razón científica puede justificar que se incluya entre los motivos de discusión, sin más objeto que el de ahondar innecesariamente las divergencias humanas." Salvos algunos detalles, tiene razón sobrada mi docto comunicante.

Otra de las grandes autoridades del partido socialista español, el doctor Lluvia, acaba de separarse de esa bandería por una *carta* que publicó la Prensa, de la que copiamos los siguientes párrafos: "El estallido de la guerra actual me sorprendió entregado, como médico, al alivio del dolor ajeno, y como hombre de estudio, ocupándome del problema social. La exaltación de los sentimientos humanitarios que entonces se produjo, me decidió a ingresar en el partido socialista, creyendo mi deber aportar un voto más para

contribuir a la evolución económica y que se llegase a la mutualidad y la cooperación, que para mí son la esencia económica de la doctrina. Desde entonces, aunque afiliado al partido, me he encontrado siempre tan distanciado de él, que bien puedo decir que he sido en él un extraño. Esta situación se ha aclarado en mi espíritu al terminar la segunda parte de mi libro, porque me he dado cuenta de que las ideas que expongo y el lógico desarrollo de las mismas repugnan, entre otras cosas, la lucha de clases, el abuso de las huelgas, que deben ser sustituidas por la educación del obrero, avalorando su técnica manual y la falta de asistencia en el Poder público, creando el Ministerio del Trabajo, a fin de conseguir las aspiraciones del proletariado, participando de la representación y responsabilidad en el gobierno del Estado. Por todo ello, requiero mi libertad de acción, dejando de participar de las aspiraciones y procedimientos actuales del partido.”

Alego estos datos vivos como prueba de la crisis ideológica y de la esterilidad a que está condenado el socialismo español si no abandona sus viejos procedimientos.

PSICOLOGÍA DEL OBRERO.

Pero si el socialismo español muere, o está a punto de morir como escuela o partido, no debemos dejar de prestar atención a cómo vive y es interpretado en la conciencia de la masa obrera. En estos meses estivales he podido recoger algunas impresiones directas.

El principio de igualdad humana en todos los órdenes y con todas sus consecuencias, principalmente económicas, ha penetrado y arraigado en las conciencias populares con la violencia y la fuerza incoercible de una *nueva fe religiosa*. De tal manera se han filtrado y adherido las ideas igualitarias, que asombra verlas flotar en el ambiente de los pueblos y de las aldeas más apartadas de las vías de comunicación y de las capitales de provincia; pueblos y aldeas en que todavía la campana de la iglesia toca a Misa y a Concejo, al Rosario y a la escuela, y es respetada la palabra del sacerdote y se reciben los Sacramentos y, mejor o peor, se cumplen los mandamientos de Dios y de la Iglesia. Hablad con los paisanos de hoy y, singularmente con los jóvenes mineros, que van abriendo bocaminas (me refiero principalmente a Asturias) por todas partes, subiendo, como imponente marea, hasta las más altas montañas —y bien sabe Dios que no me ciega la musa poética para lamentar el que huyan de aquellas laderas, tranquilas antes, los rebaños, asustados por los barrenos, y pierdan su claridad las aguas de los ríos, y se vean revueltos verdes prados y pomaradas—, hablad, digo, con los paisanos de hoy y con los mineros, y notaréis que esas ideas las tienen clavadas en sus toscos cerebros, inspiran sus palabras y sus conversaciones rudas, dirigen sus actos, sus rebeldías, sus generosidades, sus derroches, sus vicios y sus virtudes. A cada paso, al menor roce, salta la chispa, brota la conversación: las huelgas o los anuncios de ellas, el encarecimiento de las subsistencias, los jornales, la asociación, los periódicos, las circulares, los mítines, las juntas de la sociedad... Esta es su ideología. Los paisanos a la antigua no entienden nada de eso; se asombran y culpan a los mineros de las calamidades públicas y hasta de las sequías de los campos; éstos, los mineros, se rien o se mantienen en una estudiada reserva. ¡Ay de aquellos

que, así en globo, echen contra la igualdad el derecho a vivir bien, el derecho a la huelga, a la asociación, etc.! Si es un igual el que les contradice, el insulto, el razonamiento, tosco, pero contundente; si es sacerdote, el silencio, la reserva despectiva y la duda religiosa, la confirmación de lo que algunas veces han leído u oído: "El socialismo es incompatible con la Religión: fuera la Religión." A algunos se les escapará la blasfemia.

Hoy sostienen en su interior muchos de estos mineritos una lucha trágica, ingenua, de bellezas primitivas, consigo mismos, con su madre, con su novia, con sus compañeros del campo. ¡Qué confidencias he recibido! Ellos quisieran un *socialismo católico*, o algo parecido, que les permitiera hermanar las creencias de sus mayores, de sus parientes y amigos de aldea con la defensa de sus sagrados derechos de obreros, que "producen más que los ricos" y que tienen derecho a disfrutar como éstos. Reconocen que ahora ganan mucho y que derrochan, pudiendo y hasta debiendo *ahorrar*, como les aconsejan los mayores, quienes les dicen que jamás conocieron tales lujos en vestir, comer y beber; pero replican que, como los ricos, tienen derecho a disfrutar de la vida presente, y que del porvenir, de la vejez, de los hijos, etc., deben cuidar las Empresas, el Estado, ya que aquéllas ganan tantos y cuantos millones, y que para imponer eso está la *Asociación*, las organizaciones, las huelgas y la misma revolución social. Los Reglamentos de las Sociedades son halagadores y totalmente inocentes. Las circulares que a menudo llegan a sus manos nada contienen, de ordinario, contra la Religión; reproducen el espíritu y hasta la letra de los famosos *bandos* de Llaneza, su jefe, ahora alcalde de Mieres. Los propagandistas tantean muy bien el terreno, y las más de las veces nada les dicen ofensivo para sus creencias. Pero una vez dentro de la Sociedad, viene el periódico a que deben suscribirse, como *El Socialista*, *La Aurora Social*, etc., que vomitan constantemente las más crudas herejías y blasfemias; vienen las juntas, asambleas, jiras, el tacto de codos y las propagandas e insinuaciones privadas, en que se escarnece todo lo divino y humano.

Los que truenan contra el culto de las iglesias, contra las medallas, estampas y escapularios de los Santos, han inundado las tiendas pueblerinas de los retratos de los del Comité de huelga y de los jefes socialistas, y los cuelgan en sus casas; los llevan también en los pañuelos de mano, en alfileres y dijes de mil formas. Hay una profusión enorme de cantos populares alusivos al socialismo, a sus jefes, a la revolución gloriosa; en una palabra, se han creado todos los elementos de un *culto nuevo*, que, si no se sabe reemplazar con prudencia y con nuevos sistemas de propaganda, enseñanza, apologética y organización adecuada, en pocos años sustituirá al culto cristiano.

Si en aquellas regiones, y me atrevo a decir si en toda España, el cristianismo no se enseña y predica a través de su contenido social, el cristianismo está a punto de desaparecer del solar español, y desaparecerá por culpa nuestra. En cualquier parte en donde uno se detiene a hablar, a las pocas palabras salta la cuestión social, y aparece agrio, irreconciliable, el antagonismo entre ricos y pobres, capitalistas y obreros. Nadie es indiferente en esta pelea que todo lo absorbe. Los defensores de lo antiguo, de

lo tradicional, dentro de lo que se encierran tantas cosas sagradas y venerandas, con frecuencia echan a perder la causa que defienden con contestaciones como éstas: "Siempre hubo y habrá pobres", "Dios lo dispuso así", "Es imposible esa igualdad", "Cada uno tiene derecho a conservar aquello que recibió de sus padres", etc., etc.

Hace poco vi en una *hoja catequística*, y reproducía *El Eco del Pueblo*, de Madrid (24 de agosto) estas palabras: "La socialización de la riqueza es un principio fundamentalmente injusto; es la negación de la propiedad privada, que es sagrada y castigada su violación por Dios. Es esa socialización un robo, y, sin embargo, es el fundamento del colectivismo, la forma oficial del socialismo. El ejemplo de los frailes que se cita no es obligatorio y es un consejo raro."

No sé para qué mezclar a Dios en estas cosas de mera convención humana. Además, ¿para qué hablar de antemano de la posibilidad o imposibilidad de estas convenciones humanas, de las igualdades o desigualdades futuras y de la diferencia, a carga cerrada, de los consejos y preceptos cristianos?

Más práctico nos parece *aspirar a la perfección* en todos los órdenes de la vida cristiana, lleguemos adonde lleguemos, dejándose de peligrosas profecías.

Decía muy bien a este propósito Joaquín de Barnola, en la *Revista Católica de Cuestiones Sociales*: "La oposición directa a este movimiento universal (el socialista) sería ridícula e infructuosa. Será más oportuno la cristianización del mismo mediante un socialismo católico y fraternal." (1)

FR. JOSÉ D. GAFO, O. P.

Madrid, agosto de 1918.

IRLANDA

LAS LUCHAS DE LA HORA PRESENTE La crisis por que atraviesa el pueblo irlandés es poco conocida merced al escaso estudio que le dedica la Prensa inglesa y a la circunspección a que obliga la censura. A la protesta contra la circunscripción, o sea el servicio militar obligatorio, se ha respondido con los Tribunales militares, con el encarcelamiento, con los trabajos forzados y hasta con la última pena. Se persiguen las reuniones de carácter nacionalista, los anhelos de Gobierno propio con un Parlamento irlandés y las propagandas para generalizar el uso de la lengua gaélica, propia de Irlanda.

Como ejemplo de todo esto basta abrir un periódico, el *Irish Independent*, por ejemplo, del 11 de julio. En él veremos en el espacio de pocas líneas las siguientes condenas: "Prisión de un año y trabajos forzados a Patrick Dineen por tener armas de fuego; se le condonan seis meses. Seis meses de cárcel y trabajos forzados a J. Breen por altercar con un sargento de Poli-

(1) *Revista Católica de cuestiones sociales*, julio de 1918, pág. 17.

cía. Tres meses de cárcel a James Dunne por llevar uniforme de apariencia militar. Al compositor de Dublín mister Mulhall, dos meses por no dar explicación sobre dos rifles que se hallaron en su casa. A otros cuatro señores que venían de un mitin de la Liga Gaélica, por contestar en lengua irlandesa, a la cárcel. A otros, por enseñar la instrucción militar y por dar aviso de que se acercaba la Policía y por reunión ilegal..." Todo esto es típico y ordinario en estos tiempos.

El descontento del pueblo irlandés arranca del incumplimiento de la promesa del Gobierno británico respecto de la implantación del *home rule*. Bastó la amenaza de Carson, ahora miembro del Gabinete, y de sus patrocinados los orangistas, para alejar el día ansiado por la mayoría de Irlanda. Recientemente, el actual Gobierno hizo promesas fascinadoras, con miras al reclutamiento voluntario, y los voluntarios irlandeses fueron a engrosar las filas del Ejército y la Armada. Vino la cuestión del servicio obligatorio, y rehusaron el ser tratados como siervos, imponiéndoles una ley que ellos no habían votado. Inglaterra les decía: "Debéis prestar vuestro concurso en esta general contienda por la libertad, por los sagrados derechos de la humanidad." A lo cual respondía Irlanda: "¿Cómo voy a enviar mis hijos a morir por la libertad de otros, cuando yo no puedo gozar de esa libertad en mi casa? Queremos pelear por la causa de la libertad, pero es preciso que vayamos a la pelea como hombres libres..."

La Prensa inglesa y el Clero protestante, y hasta el propio lord Curzon en la Cámara de los Lores, han atacado al Clero católico irlandés por haberse puesto resueltamente, desde el principio, al lado de su pueblo en esta aspiración nacional. Por no extenderme demasiado, no extracto las páginas magníficas que el Episcopado irlandés ha escrito en defensa propia y de sus hijos maltratados; solamente transcribiré la protesta de la Asamblea general del Clero, celebrada en el Colegio de Maynooth, bajo la presidencia del cardenal Logue. Dice así: "Se ha dicho que lord Curzon afirmó en la Cámara de los Lores, el 20 de junio de 1918, que el Clero católico de Irlanda aconsejó a sus fieles que, bajo pena de eterna condenación, resistiesen a la conscripción o servicio militar obligatorio. Protestamos contra esta grave calumnia, que adquiere mayor gravedad por ser hecha por persona que hablaba en nombre del Gobierno, el cual está obligado, no menos que un individuo particular, al cumplimiento del precepto divino de no levantar falsos testimonios contra el prójimo." Añadió su eminencia el Cardenal que la declaración episcopal sobre la conscripción de ninguna manera daba motivo ni fundamento para el ultrajante informe de lord Curzon. El miembro del Parlamento Sir Mark Sykes, en la Cámara de los Comunes, ha pedido que esas frases pronunciadas en la Cámara Alta, o que se prueben, o que sean retiradas.

Como resumen y compendio de las luchas y amarguras del pueblo irlandés en estos críticos días, voy a traducir algunos párrafos de una interesante carta que publicó el *Catholic Times*, de Liverpool, correspondiente al 29 de junio de este año.

"El domingo 26 de mayo de 1918 celebrábase en Cullen (Cork) una reunión en pleno campo, donde, al mismo tiempo que los cantos y danzas eje-

cutados por los niños y los conciertos de las tradicionales gaitas llenaban el espacio con los melodiosos aires populares y fortalecían en los corazones el amor patrio y el sentimiento nacional, se pronunciaban discursos en irlandés para enaltecer el uso de la lengua nacional y para proclamar la resistencia al alistamiento voluntario por una autoridad externa y promover la unidad nacional y el esfuerzo común para obtener el gobierno propio.

"Porque aquella Asamblea o reunión había sido organizada por los Sinn Féin, es decir, confiad en vosotros solos, sed lo que sois vosotros, mirad primero por vuestra Patria.

"Había unas mil personas: hombres de la ciudad, niños de las escuelas, jóvenes representantes de patrióticas Asociaciones, con banderas; un grupo de los Voluntarios irlandeses, organización reciente en el distrito, y en gran número de labradores e hijos de labradores. Un sacerdote de la parroquia estaba presente; el Párroco, no obstante su deseo manifestado a los organizadores, no pudo asistir, por exigencias del ministerio parroquial. Habían venido algunos oradores de Cork. Por supuesto, la Policía estaba en el campo, y hasta soldados, vistos por vez primera en aquel apartado pueblecito. Hasta cinco aeroplanos fueron enviados a este lugar; mientras zumbaban los motores, un "cohetete" encendido descendió sobre la muchedumbre congregada y prendiendo fuego otro en una casa, y mientras los niños lloraban y la gente corría a refugiarse en la iglesia, evolucionaron durante una hora por aquel lugar, bajando algunas veces hasta poder ser casi alcanzados con la mano, ahogando todo otro sonido de discurso y canto; todo para excitar el terror y el espanto (como podría juzgarse por los gritos de los ocupantes de los aeroplanos) y el miedo con las repetidas "bombas", que al principio parecían cohetes, pero que luego se vió eran bombas pequeñas, que caían en llamas, con un estampido que podía oírse de bastante lejos, y dando luego saltos, que a veces eran de 20 ó 30 pies, para propagar así un incendio. Pero las "bombas", afortunadamente, cayeron a unas cuantas yardas de la gente. Si hubieran caído encima, sin duda hubieran matado y abrasado a varias personas. Una niña cayó medio desvanecida, pero volvió a levantarse y cogerse de las manos de las otras más cercanas, que seguían cantando, aunque no sin temblar de miedo. Y tal vez fuese mayor el miedo de los mayores, que, más reflexivos, temerían mayores desgracias.

"*Swine!* fué la exclamación de unos, y, probablemente, sería la misma la de los otros. Si igualmente merecida, júzguelo el lector. El objeto parecía ser dispersar la gente reunida, obligarles a que se retirasen a sus casas, atemorizarlos. Pero no lo consiguieron; después de una hora de angustia, continuó el festival hasta su fin, con toda paz. Parecía aquello un epítome de gran parte de Irlanda en la hora presente. Nada de declamaciones o violencias; nada de gritos, burlas o escarnios, sino mucha determinación o decidida resolución o resignación; confianza del pueblo en sí mismo; esperanza de que el mundo alguna vez ha de oír la voz de Irlanda, o, al menos, que sepan nuestra resolución frente a nuestros enemigos. — El "crédulo optimismo" de los irlandeses respecto de Inglaterra parece que ha desaparecido... "Todo esto es muy triste y digno de lástima", como decía el canónigo Seehan. "La eterna historia de la confianza irlandesa y la perfidia inglesa."

El conocimiento de la parcialidad en el trato con la mayoría y la minoría de Irlanda, es a saber: los católicos y los protestantes de Ulster; de las promesas de Gobierno propio, no cumplidas y sin intención de cumplirlas; de predicar la defensa de las pequeñas nacionalidades y practicar en casa otra cosa muy distinta; de las convenciones y tratos para ir ganando tiempo y no hacer nada bueno y verdadero. El conocimiento de todo esto hará ver con cuánta razón decía recientemente Sir Thomas Esmonde: "Nadie cree ahora ni una palabra de las que dice el Gobierno."

"Tales son los hechos vistos por los irlandeses en esta reunión-epítome del 26 de mayo de 1918."

C. J. P. O'SULLIVAN.

HOLANDA

Después de un silencio de algunos años —tiempo en que el cronista holandés estaba tan profundamente hundido en trabajos y ocupaciones que no le quedó siquiera el tiempo para leer a fondo diarios y periódicos, mucho menos para componer y elaborar crónicas literario-científicas para la simpática revista *LA CIENCIA TOMISTA*—, después de este silencio vuelve a presentarse a los lectores de esta revista el infrascrito y pedirles su atención para lo que tiene que decir sobre las condiciones científicas, políticas y sociales de su patria.

LA VIDA CIENTÍFICA.

En primer lugar tenemos que hablar largo rato sobre el instituto que se llama Cursos científicos para católicos (*Roomoch Catholich Lengangen*), Instituto del que por lo que sabemos, hasta ahora no se ha tratado en estas páginas. Estos Cursos científicos ofrecen a los estudiantes católicos la ocasión de prepararse para cualquier diploma de Ciencias y Artes, fuera las que necesitan expresamente una educación universitaria y trabajos prácticos en una clínica o un laboratorio. Hace unos diez o doce años el Instituto abrió sus cursos en la ciudad de Hertogenbosch, la capital de la primera Brabante en Holanda. Sin contar las muchas dificultades que se ofrecieron, los notables sacrificios que pedía esta obra, la mucha antipatía que se mostró hasta del lado de los mismos católicos, los primeros directores han trabajado con una fuerza y una resistencia verdaderamente admirables. Y el resultado de sus empeños ha coronado la obra que iniciaron con tanta pena y tan poca colaboración. Cada año se mostró la solidez de la enseñanza por el buen éxito de los exámenes que los alumnos del Instituto presentaron.

Ahora, en los últimos meses, se mudó el Instituto, que ya dispone de una biblioteca importante, y que necesitaba aumentarse, de Hertogenbosch a Filburgo, otra ciudad importante en la misma provincia. Allá se va a construir un nuevo edificio, para el cual ya se dispone de una suma de 400.000 florines.

Al mismo tiempo en los periódicos se volvió a hablar sobre el asunto de la católica Universidad para Holanda. Para ésta se ha designado otra ciudad por la mayoría católica, es decir, Nijmegen, la segunda de la provincia

de Gelria. Allí hay colegios buenos de los Padres Jesuítas y de los Dominicos, que disponen de grandes bibliotecas. En la cercanía se encuentra el convento de los Dominicos de Huissen, también afamado por su biblioteca. ¡Ojalá no esté lejos la hora de que los recursos necesarios sean bastante abundantes para empezar con la fundación y construcción de la católica Universidad!

Siempre la fundación y el gran desarrollo del Instituto de los Cursos para católicos ha probado claramente que entre nosotros hay bastantes fuerzas para la enseñanza superior, y que también el número de los alumnos para una Universidad católica será suficiente.

VIDA POLÍTICA.

Estamos ahora en una crisis política, pues este año se terminó el tiempo del Ministerio liberal que durante los últimos años gobernó nuestro país. Pero las elecciones que se realizaron a principios del mes de julio han cambiado el aspecto. Salió una mayoría de diputados de la derecha, o a lo menos una igualdad que paralizó la izquierda. Ahora la Reina mandó al diputado doctor Mgr. Nollens, el único miembro clásico de la Cámara, formar el nuevo Gabinete de Ministros. Todavía estamos esperando el éxito de sus esfuerzos; pero, en todo caso, será favorable para los partidarios de la derecha. Al mismo tiempo, este nombramiento es una gran satisfacción para el partido católico, que ahora cuenta 35 sitios en la Cámara, o sea, más o menos, 80 por 100. De todas maneras, nosotros, católicos, y las demás derechas, tenemos bastantes motivos para confiarnos en la influencia y los trabajos de nuestros diputados y de mirar con seguridad y esperanza al porvenir, que, mucho más que antes, ahora no deja de ser difícil y cuidadoso.

VIDA SOCIAL Y ECONÓMICA.

La misma dificultad y la seriedad de los tiempos en que vivimos ahora ha cambiado la vida social y económica hasta en sus más íntimas relaciones. Los primeros años de la guerra no se notó mucho aquí el gran trastorno universal. Las grandes fábricas, y sobre todo las grandes líneas de vapores, se aprovecharon de la parálisis general fuera de nuestro país, y han ganado muchísimo.

Pero la escasez de víveres y mercancías de afuera, que poco a poco iba manifestándose, impuso la necesidad de aumentar en todas partes los sueldos de los obreros y de varios otros empleados. Así que poco a poco subieron los precios de toda clase de objetos más o menos necesarios para la vida actual. De manera que ahora estamos luchando contra una carestía exagerada de todo lo que se necesita. Ya la tradicional baratura de los víveres holandeses se ha ido quién sabe hasta cuándo.

Esta carestía excesiva, de una parte molesta mucho a los que por falta de provisiones no han tenido lugar de ganarse bastante dinero; pero de otra parte tiene el buen resultado de simplificar y templar bastante el lujo sumamente crecido que se notó antes de la guerra. Pero siempre durará mucho tiempo después de firmarse la paz y costará muchísimo trabajo normalizar de nuevo nuestra vida económica, que está por completo revuelta.

NUEVAS PUBLICACIONES.

Está publicándose una colección de traducciones y ediciones de los principales autores místicos y ascéticos llamada *Mística y Ascesis (Mistick en ascese)*. Ya están para salir los cuatro primeros tomos, que contienen obras de la Beata Angela de Foligno, por el doctor Raaymahus, S. J.; de Santa Gertrudis, por M. Molenaar, M. S. C.; de San Juan de la Cruz, por el doctor Tito Brandsma, O. C., y de Santa Teresa, por J. Menlendijk, O. C. Entre los colaboradores se cuentan también dos padres Dominicos, los reverendos padres B. Molkenbra y J. Van Mely. Pensamos tratar algunos de estos tomos para los lectores de esta revista cuando hayan salido a la luz.

Otra publicación importante es la de las *Obras de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz*, traducidas del español por cuatro Padres de la Orden del Carmen en Holanda. El primer tomo, que contiene la traducción del *Libro de su vida*, de Santa Teresa, ya salió. Esta traducción, aunque no la primera holandesa, se distingue por un aparato crítico muy importante y un lenguaje bien pulido. No dudamos de que esta obra del docto alumno de la Orden del Carmen será acogida con gran aplauso, no solamente de la parte de los católicos y los que saben de la teología mística, sino también de todos los que se interesan en los productos literarios y espirituales de España.

Además salió un opúsculo muy importante que el reverendo padre A. Preller, lect., S. J. y doctor de idiomas clásicos, publicó como disertación académica en ocasión de su promoción en la Universidad de Amsterdam el 3 de julio de este año. Tiene por título *Questiones Nonnianaë*. El autor trata, en unas 160 páginas, sobre la paráfrasis poética del Evangelio de San Juan por el poeta griego Nonno Panopolitano, que vivió en el siglo v de nuestra Era. Su método es de analizar algunos cantos del poema griego que corresponde a los capítulos XVIII-XIX del Evangelio, comparando las ideas, las palabras y las conveniencias y diferencias que se notan entre los dos autores. Aunque el opúsculo del doctor Preller tenga el carácter especial de una disertación algo seca, que tal vez no atraerá a muchos lectores, siempre queda muy importante también para la exégesis de dichos capítulos del Evangelio de San Juan, porque el autor, fundándose en las cuestiones filológicas, logró mezclar varias cuestiones sobre otros asuntos de gran interés para la explicación de la historia de la Pasión de Nuestro Señor.

FR. PEDRO TER MAAT, O. P.

Nijmegen, julio de 1918.

INGLATERRA

EDUCATION BILL.

Con excepción de las cuestiones suscitadas por la guerra, ninguna otra ha apasionado tanto los ánimos como el proyecto de ley de enseñanza *Education bill*, presentado por míster Fisher, ministro de Educación del Gabinete inglés. En él se pretende establecer un nuevo orden acomodado a las circunstancias actuales, y especialmente muy a propósito para regular la

enseñanza en el período subsecuente a la paz. En estos tiempos de campañas en pro de toda iniciativa gubernamental, el proyecto referido ha recibido muchas alabanzas por parte de la Prensa que podríamos llamar *secular*, acomodándonos a la expresión inglesa. Pero es el caso que ha excitado la suspicacia de los católicos por poner en manos de las autoridades locales el nombramiento de maestros y por obligar a los hijos de los católicos a asistir a las escuelas protestantes o laicas, las llamadas *continuation schools*. Son innumerables las protestas que de todas partes se han dirigido al Ministro de Instrucción pública. El propio ministro *mister Fisher* se ha visto obligado a dar una explicación a los católicos declarando que no atentaba contra la libertad de los católicos, sino que se procuraría dar satisfacción a sus demandas. Esto no obstante, el articulado de la ley ha sido aprobado con pequeñas modificaciones en segunda lectura. Se ha echado de menos en el Parlamento la acción de los diputados irlandeses, ausentes por las circunstancias políticas por que atraviesa su patria. Es posible que se apruebe en tercera lectura el *Education bill* con las modificaciones más o menos accidentales, que están muy lejos de satisfacer a las aspiraciones de los católicos, que quisieran mejor el mantenimiento de la ley de 1902 y posponer la discusión del proyecto para después de la guerra. De todas maneras, el sentir de los católicos ha sido claramente manifestado, y si las promesas y explicaciones de *mister Fisher* no resultasen realidades aceptables, se entablaría la lucha por mantener el ideal de la escuela católica, por la que tantas y tan gloriosas campañas se han hecho. "Nosotros queremos enseñanza católica en escuelas católicas por maestros católicos." Volveremos a insistir sobre esta cuestión, cuyo desarrollo y resolución es de particularísimo interés para todos, especialmente en estos tiempos de resurgimiento de la fe católica en Inglaterra.

EL PRÍNCIPE DE GALES EN EL VATICANO.

Es consolador poder decir que en Roma, en el Vaticano, ha dejado muy gratas impresiones el Príncipe de Gales. En su breve visita a la Ciudad Eterna, a pesar de los numerosos agasajos y entretenimientos a que estaba invitado, encontró tiempo para presentar sus respetos al Jefe de la más antigua Dinastía de Europa. El Príncipe de Gales, acompañado del embajador inglés ante la Santa Sede Conde de Salfis, al bajar del automóvil en el patio de San Dámaso fué recibido por monseñor Canali, prefecto de la Sagrada Congregación Ceremonial, y subió la escala real con todo su séquito con una escolta de honor. En la Sala Clementina le esperaban los altos dignatarios eclesiásticos y civiles, que le acompañaron a la Sala degli Arazzi, donde el Maestro di Camera presentó sus homenajes al Príncipe de Gales. Después de las obligadas presentaciones, el Príncipe fué acompañado hasta la sala del Tronetto, donde Su Santidad, sentado al pie del trono, le esperaba. El real visitante tomó asiento junto al Santo Padre y quedaron solos, conversando durante unos veinte minutos. La conversación fué en lengua francesa. A la terminación de la audiencia el Ministro británico y el ayudante de campo del Príncipe fueron introducidos también en la sala y conversaron algunos minutos con el Santo Padre. El Príncipe estuvo luego en la Secretaría de Estado, donde conversó

con el cardenal Gasparri durante veinte minutos, volviendo a la residencia del Conde de Salis. En la travesía hizo una visita al cardenal Merry del Val.

RECEPCIÓN EN LA LEGACIÓN INGLESA.

Con ocasión de la visita del Príncipe de Gales a la ciudad de Roma, hubo en la Legación inglesa una recepción y un banquete, al que asistieron, además del Príncipe, el cardenal Gasparri, el cardenal Gasquet, el arzobispo Cerreti, monseñor Tedeschini, el obispo Stanley, sir Henry Howard y su hija, lord Hamilton, los señores Gaisford, Wilberforce, Harris y Wilson. No hubo brindis. En la recepción hubo gran número de Prelados, gran parte de la aristocracia romana, especialmente de la llamada "nera", y todos los ingleses, escoceses, irlandeses, canadienses y australianos residentes en Roma. Entre los irlandeses citaremos al reverendísimo padre Antonio Brennan, definidor general de los Capuchinos; al muy reverendo L. Nolan, O. P., prior de San Clemente, y el hermano Clarke, de los Hermanos de la Doctrina Cristiana. A la terminación de la fiesta el Príncipe se trasladó en automóvil a la Embajada francesa, donde había otra recepción en su honor.

RUMORES DE PROYECTO MATRIMONIAL DEL PRÍNCIPE DE GALES.

Durante la visita del Príncipe heredero del trono inglés a la ciudad de Roma, volvió a hablarse del probable matrimonio de este Príncipe con la princesa Iolanda, hija mayor de Víctor Manuel III. Esta proyectada alianza excitó la curiosidad pública, y fueron muchas las indagaciones que se hicieron en los círculos y personajes que se creen bien informados. Nada cierto y definitivo puede establecerse. Pero la creencia general es que si hay algún proyecto sobre este particular ha de encontrar grandes dificultades desde el punto de vista religioso. Una Princesa de la Casa de Saboya no puede pensar nunca en ser reina de Inglaterra en los términos exigidos por la ley inglesa. Aunque parezca muy extraño, se ha dicho que una persona de muy alto rango, que, naturalmente, tiene un profundo interés en el bienestar espiritual y temporal de la Princesa, no tenía conocimiento de las condiciones en que una Princesa católica podía contraer matrimonio con el heredero del trono de Inglaterra. El personaje a que nos referimos se cree que ha pasado días muy angustiosos hasta que estas condiciones o restricciones se han dado a conocer. Podemos dar por seguro que si alguna vez se considerase seriamente llevar a efecto este proyecto matrimonial, la influencia inmensa de esta persona de muy alto rango se ejercería para combatirlo si no se garantizaban otros intereses de orden religioso y de capital importancia.

LA ASISTENCIA RELIGIOSA A LOS SOLDADOS.

Un amigo me envía unas notas sobre los servicios religiosos entre los soldados ingleses y americanos, que voy a poner en esta crónica por ser de interés y de consuelo para los católicos.

En Francia.—Una señora francesa que ostenta título de antigua nobleza ha dado su palacial residencia en París para que sirva de cuartel general para los capellanes católicos americanos. La Cruz Roja americana se ha conducido con estos capellanes con todas las consideraciones y todo lo amistosamente que se podía desear. Les da toda clase de facilidades para trasla-

darse de un lugar a otro, y desea que un mayor número de capellanes católicos sean enviados a los hospitales, pagando ella todos los gastos. "Nosotros hemos tenido en nuestra iglesia de San José, la iglesia de los fieles de lengua inglesa en París —dice el padre Logan—, soldados de todos los ejércitos canadienses y de otras colonias, y debo manifestar que nunca he encontrado católicos mejor instruidos en su religión que los soldados americanos." "La primera y más importante cosa —añade el padre Logan— es obtener capellanes. Hay gran necesidad de ellos. Recientemente se ha invitado a varios de nuestros sacerdotes de lengua inglesa para que vengan a la iglesia de la Magdalena, en París, a oír las confesiones de los *boys* americanos. Algunos sacerdotes vienen todos los viernes por la tarde; pero no hay cerca bastantes sacerdotes para este servicio, y los pocos que hay pronto se verán agobiados por el exceso de trabajo que tienen en estas tierras de Francia. Además de los soldados hay también gran número de enfermeras católicas de América que no hablan el francés y que no pueden cumplir sus deberes religiosos por falta de sacerdotes. Esta es la mayor necesidad que tienen los católicos aquí. La Y. M. C. A. (una sociedad protestante) procura ayudar al clero católico por todas las vías. Han ofrecido sus tiendas para que puedan celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, y de otras maneras manifiestan su cordial cooperación y buena voluntad.

En América.—Se ha calculado que ya hay más de medio millón de católicos en el nuevo ejército americano, y que la mayoría de éstos son católicos prácticos, que acuden regularmente a recibir los Sacramentos, encontrándose los capellanes de ejército con muchas ocupaciones en el ejercicio de su ministerio. Diez Padres Dominicos de los Estados Unidos han sido nombrados capellanes (*commisioned chaplains*). Los Padres de la Casa de Estudios de Washington han tomado a su cargo nueve de los campamentos militares establecidos alrededor. Los Dominicos han dado también misiones y ejercicios en los diversos campamentos de instrucción de casi todos los Estados. Son también los Dominicos capellanes de muchos hospitales y *Soldier's Homes*. Además de los capellanes comisionados hay otros muchos capellanes voluntarios y agregados, cuyos gastos son pagados por los Caballeros de Colón y otras agencias católicas.

En Inglaterra.—Los Caballeros Blancos (*White Knights*). Un afortunado esfuerzo para combatir los daños morales que siempre han acompañado a las guerras ha sido realizado por una señora inglesa, Terciaria de la Orden de Santo Domingo. Su intento no es precisamente atender a los que son católicos, que tienen sus sacerdotes y los Sacramentos para mantenerse en la rectitud y la pureza. Ella se ha dirigido hace dos años a esa vasta multitud de los que están fuera del catolicismo en un folleto entusiasta y emocionante sobre esos espantables males, exhortando a todos los de buena voluntad a inscribirse como Caballeros Blancos en su cruzada por la pureza de vida. Ella prometía a cada uno de los que se alistasen las oraciones de las religiosas; una religiosa que diariamente ofreciese a Dios una oración por cada uno de los Caballeros. El éxito de esta cruzada en el Ejército y la Armada ha sido sencillamente maravilloso. Su folleto alcanzó una difusión de centenares de miles, y hasta las sociedades protestantes coadyuvaban a que

se extendiese entre las tropas. Muchos millares han respondido al llamamiento, y la buena señora se encuentra hoy atareadísima con una correspondencia numerosísima. Es consolador ver la confianza que todos tienen en las oraciones de las religiosas. La fe en lo sobrenatural parecía que había muerto en Inglaterra; sin embargo, estos Caballeros, que no son católicos, manifiestan una fe tremenda en la intercesión con Dios de las buenas monjitas. Tengo una gran satisfacción en añadir que gran número de conversiones al catolicismo han tenido lugar en las filas de los Caballeros Blancos. Tal resultado no podía menos de esperarse.

FR. J. WATSON.

REVISTA DE REVISTAS

Ciudad de Dios (La), 20 de junio de 1918.—V. BURGOS: *La atención y la fatiga*. La fatiga es un fenómeno que todos conocemos por experiencia. "Dada la unión íntima que existe en el hombre entre los dos elementos, material y espiritual, entre el cuerpo y el alma, se comprende fácilmente que no haya en la vida humana fatiga psíquica sin fatiga física, porque el trabajo mental ha de provocar necesariamente el concurso del trabajo material, cuales son las vibraciones celulares, acciones nerviosas, reacciones musculares, ejercicios sensoriales, funciones viscerales, etc. Todo esto puede ser consecuencia del trabajo intelectual, que si es normal induce a funciones normales del organismo; si es excesivo o moderado acarrea graves perturbaciones en los múltiples elementos que concurren en el funcionamiento del cuerpo humano... En cambio, si el trabajo se prolonga más de lo que pueden nuestras fuerzas, las consecuencias pueden ser desastrosas para la vida normal del individuo, desde un simple disgusto y aversión a todo esfuerzo hasta el agotamiento, la neurastenia, la amnesia, desdoblamientos de la personalidad, alucinaciones y, por fin, la locura. Afortunadamente tenemos un medio bien sencillo y eficaz para librarnos de todos estos grandes trastornos: el reposo. La cesación del trabajo es el reposo, y la forma más benéfica del reposo, por ser la más completa, es el sueño... Es, por consiguiente, la fatiga una de las regulaciones orgánicas gracias a las cuales la vida se defiende y se conserva, gracias a las cuales también podemos decir, en especial tratándose del trabajo mental, que se establece el equilibrio entre el gasto de fuerzas y la repación." Expone luego una serie de experimentos verificados por fisiólogos y psicólogos para obtener la medida de la fatiga. De los experimentos realizados parece claro que el esfuerzo psíquico repercute en la potencia muscular. También se ha estudiado el problema inverso, es a saber, si de la fuerza y resistencia musculares depende el poder de desarrollar mayor o menor grado de atención. "Consultando los resultados de tales experiencias, se ve claramente que, en edad igual y a trabajo igual, el niño trabajador, y por consiguiente aplicado y atento, cumple más fácilmente, con mayor soltura, un trabajo físico que el niño perezoso y distraído. Tenemos aquí, desde luego, un testimonio del valor del factor muscular en la atención y en el trabajo intelectual. El distraído parece ser tal porque su resistencia a la fatiga y su fuerza muscular son débiles. El atento parece deber sus buenas cualidades a su resistencia muscular; la facultad de la atención es en cierto modo función del estado muscular."—F. M. DE ARABIO-URRUTIA: *Los milagros eucarísticos de Sena y Alcalá de Henares*. Serie de documentos que atestiguan ser milagrosa la conservación de las partículas existentes en Alcalá.—J. MONTES: *El crimen de herejía*. Desarrolla, con la misma competencia y abundancia de documentos que en artículos anteriores, los siguientes puntos: I. *La confesión*. II. *El tormento*. III. *La purgación canónica*. IV. *El*

testimonio. V. *El informe pericial*. VI. *Indicios y presunciones*. = *Idem*, 5 de julio.—J. MONTES: *El crimen de herejía*. Trata de la defensa de los reos.—A. LÓPEZ NÚÑEZ: *Acción social*. La Cooperativa de casas baratas en El Escorial.—A. VILA: *Recuerdo honorífico del excelentísimo señor don fray Francisco Armahía (1718-1803)*. = *Idem*, 20 de julio.—J. MONTES: *El crimen de herejía*. La sentencia.—F. GARCÍA: *Gabriel y Galán*. Con ocasión del libro *Gabriel y Galán*, publicado poco ha por Alberto y Arturo García Carrafa, hace el articulista resaltar la figura de Galán como poeta, como español y como cristiano.—F. M. DE ARABIO-URRUTIA: *Los milagros eucarísticos de Sena y Alcalá de Henares*.—J. ZARCO: *Sucesos del reinado de Felipe II*. (Historia inédita del padre fray Jerónimo de Sepúlveda, religioso de la Orden de San Jerónimo en el Monasterio de San Lorenzo el Real.) = *Idem*, 5 de agosto.—A. GARRIDO: *Fernando Vázquez de Menchaca*. Expone el sentir de Menchaca sobre la delicada cuestión de si es lícito resistir al poder tiránico.—J. MONTES: *El crimen de herejía*. La pena.—F. GARCÍA: *Gabriel y Galán*. Hace notar la afinidad de ideas entre Federico Mistral y Galán, más algunos datos biográficos sobre el segundo.

Civiltá Cattolica (La), 25 de mayo de 1918.—*L'anniversario della guerra e l'opera dei Cattolici di sacrificio e di espiazione sociale*. Los católicos de las naciones en guerra son, sin duda, los que con más heroísmo se sacrifican por la Patria, arrancando la admiración y el elogio de los mismos Gobiernos ateos. La guerra es fruto de la constitución social antirreligiosa y de la organización masonica de los Gobiernos, pero también es un castigo de Dios por estas mismas prevaricaciones sociales, y por eso el sacrificio de expiación se impone para los cristianos, y el Papa lo exige y aconseja en su último *Motu proprio* como el medio único de que la paz y la justicia vengan a abrazarse.—*L'opera del S. P. Benedetto XV in favore dei prigionieri di guerra*. Repatriación de los internados civiles belgas, con las explicaciones de von Bissing sobre la universalidad del convenio. Tratado de repatriación entre Inglaterra y Turquía y entre Francia y Alemania.—C. BRICARELLI, S. J.: *Dal rinascimento al barocco nelle trasformazioni di Roma*. Gregorovius afirma que las demás ciudades de Italia presentan más unidad artística que Roma, la cual tiene más aspecto cosmopolita; el articulista cree que ninguna ciudad conservó tan tenazmente las formas clásicas y explica la variedad por la abundancia de monumentos antiguos.—*Scienze naturali*. Examina las ventajas del filamento metálico de tungstenio en el alumbrado eléctrico, y los detrimentos gástricos y económicos de las disposiciones de los Gobiernos en guerra prohibiendo el pan blanco, puesto que el salvado no nutre y aumenta sobremanera el peso del pan.—*Il monopolio scolastico dello Stato in un nuovo disegno di legge*. El proyecto contiene dos artículos altamente coercitivos de la libertad de enseñanza: uno, exigiendo para aprobar el ingreso la asistencia de un año a las escuelas normales; otro, prohibiendo el establecimiento de escuelas sin permiso de las autoridades.—*La pontificia scuola superiore di Musica sacra a piede del S. P. Benedetto XV*. = *Idem*, 7 de junio de 1918.—*In Memoria del P. Angelo Secchi*. Biografía con motivo del centenario de su nacimiento (1818).—*Le giuste aspirazioni dei popoli* (continuación). Los caracteres de nacionalidad no bastan para pretender la autonomía por la fuerza; es necesario que con la autonomía se consiga el bien de la nación y que esa autonomía no haya sido perdida justamente.—A. VACCARI, S. J.: *Un próximo centenario o la morte de S. Girolamo*. San Jerónimo debió morir el 430, según se colige de cuatro cartas inéditas, conservadas en El Escorial, contestando desde Belén a hechos ocurridos en Roma a mediados del 429.—*La "Virtuosa compagnia dei musici di Roma" nel secolo XVI*. = *Idem*, 28 de junio de 1918.—*Lettera del S. Padre all' episcopato lombardo*. (Texto y traducción).—*La protesta del papa e il dover dei cattolici contro le guerra delle calunnie*. (Comentario a la carta precedente).—*Il nuovo codice di diritto canonico*. Libro IV. De processis.—*Montevirgine* (continuación). Descripción poética del panorama, del convento y de la iglesia.—*Per la libertà di insegnamento* (continuación). Aunque Italia es una nación oficialmente católica, prácticamente son tantas y tan poderosas las diferentes sectas religiosas, que el Gobierno, en cuestión de

enseñanza, tiene que mostrarse como Gobierno libre. En estas condiciones se le puede reclamar que todo ciudadano tenga derecho de enseñar la *verdad* y la *virtud*; que las escuelas oficiales y libres gocen de iguales privilegios; que las escuelas libres tengan derecho a recibir del Estado una pensión correspondiente a su prestigio y número de alumnos. Los títulos que podemos llamar *académicos* deben darlos los centros docentes, sean libres u oficiales. El Estado solamente, como mayor garantía, puede reservarse la concesión de *títulos profesionales* (o facultad de ejercer) en exámenes o concursos imparciales para todos los que presenten el *título académico* de cualquier centro docente.—*La causa di beatificazione del V. Card. Bellarmino nel epistolario de Benedetto XIV.* = *Idem*, 12 de julio de 1918.—*La preghiera per la pace e la continuazione della guerra*. De que la guerra continúe, a pesar de la pública oración del 29 de junio, no se infiere que la oración haya sido ineficaz; pues, aparte de los bienes espirituales, no es poco beneficio el que los pueblos sufran con resignación las cargas de la guerra y no se desmembran como en Rusia, y lo mucho que las Cancillerías hablan ahora de deseo de justa avenencia y deposición de venganzas.—*Psicologia pedagogica*. Examen y exposición de dos libros sobre lá materia *Psychologie pédagogique*, par J. De la Vaisière, S. J., y *Curso de Psicología escolar para maestros*, del padre Francisco de Barbens.—C. BRICARELLI, S. J.: *Giovanni Duprè, scultore*. Análisis de la obra del artista: *Ricordi autobiografici*.—*La causa del V. Card. Bellarmino nell' epistolario di Benedetto XIV.*

Ecclesiastical Review (The), julio de 1918.—V. Rev. CH. AIKEN., S. T. D. *Churchmen in Christian Gaul and the recognition of woman's soul*. Una leyenda muy extendida atribuye falsamente a los Obispos y escritores de las Galias la afirmación de que las mujeres carecen de alma; el autor prueba con abundancia de textos contemporáneos la falsedad calumniosa de esa leyenda, creada por el odio y la ignorancia. — LIEUTENANT ELBRIDGE COLBY: *An Oriental poet priest of "Victory"*. El poeta indio sir Rabindranath Tagore, premiado con el premio Nobel, y sus poesías en inglés sobre la victoria en Occidente. La vaga y sentimental poesía del Oriente parece impresionar a los flemáticos y fríos caracteres de Occidente.—Rev. STANISLAUS WOYWOD, O. F. M.: *The Sacrament of Penance in the new code*. Los cánones del Nuevo Código referentes al Sacramento de la Penitencia.—Rev. J. W. R. MAGUIRRE: *Priests and the Reform of industrial Conditions*. Estudia desde el punto de vista de la Doctrina católica y de la acción social del sacerdote los diferentes ideales de reforma de las condiciones económicas, buscando un punto de armonía o unión dentro de la amplia base de la doctrina evangélica, conforme con las aspiraciones de todo corazón generoso y honrado.

España y América, 1.º de julio de 1918.—P. G. MARTÍNEZ: *Las grandes negaciones de la Filosofía de Nietzsche*.—Bruno IBEAS: *La voz de las ideas. En las nubes del Elohín*.—Constantino CABAL: *De Covadonga: La etimología*. M. PERALTA Y GELI: *Alma materialista y alma humana: Polémica ligera*.—Dr. J. F. V. SILVA: *Las Constituciones de la Universidad de Alcalá de Henares por el Cardenal Jiménez de Cisneros*.—*Idem*, 15 de julio.—A. LÓPEZ PELÁEZ: *El espíritu religioso en la guerra de la Independencia*. Hace ver cómo la guerra de la Independencia fué una guerra religiosa, cómo la fe católica infundió en los soldados españoles un valor inquebrantable y cómo el clero, sobre todo el regular, coadyuvó noble y eficazmente en la obtención de la victoria. "Sí, el sentimiento religioso, tan vivo entonces entre nuestros connaturales, fué parte muy principal para que las bayonetas españolas, clavándose en las águilas francesas, las fuesen empujando hasta más allá del Pirineo, hasta el propio corazón del país enemigo, permitiendo a nuestra bandera entrar victoriosa por las fronteras de Francia antes que la de otra nación, a pesar de creerse comúnmente que sólo por los confines del Rhin era el imperio napoleónico vulnerable; y no hay duda que los representantes, depositarios y propagandistas del espíritu de religiosidad, seña-

ladamente los regulares, fueron quienes más títulos allegaron al reconocimiento de la patria."—E. NEGRETE: *La conversión de San Agustín y la teoría de la "subconciencia"*.—MARQUÉS DE SABUZ: *De literatura galaica: Técnica de los trovadores gallegos*.—P. Severino RODRÍGUEZ: *Boletín científico: Lámparas de incandescencia*.—Dr. J. F. V. SILVA: *Las Constituciones de la Universidad de Alcalá de Henares por el Cardenal Ximénez de Cisneros*.—**Idem**, 1 de agosto.—P. V. G. MARTÍNEZ: *La filosofía del superhombre*.—P. Bruno IBEAS: *La voz de las ideas: En las márgenes del céfiro*.—P. L. MIGUÉLEZ: *La concepción mecánica del mundo*.—A. BAIG BAÑOS: *El viejo de la capa roja (cuento)*.—Dr. J. F. V. SILVA: *Las Constituciones de la Universidad de Alcalá de Henares por el Cardenal Ximénez de Cisneros*.—**Idem**, 15 de agosto.—MARQUÉS DE SABUZ: *De literatura galaica: Carácter y géneros literarios de las canciones galaico-portuguesas*.—M. PERADALTA Y GELI: *Alma materialista y alma humana: Polémica ligera*.—M. MAROTO REGUERO: *El Homenaje de Chile al general Maroto*.—P. L. ALVAREZ: *Apóstoles de oropel y pietismo a la moda*.—G. DE OLASO: *Boletín social*.—Dr. J. F. V. SILVA: *Las Constituciones de la Universidad de Alcalá de Henares por el Cardenal Ximénez de Cisneros*.—**Idem**, 20 de agosto.—F. GARCÍA: *Gabriel y Galán (continuación)*.—F. M. DE A.-Ú.: *Los milagros eucarísticos de Sena y Alcalá de Henares*.—F. M. DEL RÍO: *Seres orgánicos e inorgánicos (continuación)*.—J. ZARCO: *Sucesos del reinado de Felipe III (continuación)*.

Lectura (La), junio de 1918.—G. URBAIN: *El pensamiento científico francés*. Conferencia leída en el Ateneo de Madrid. Empieza notando las relaciones que existen entre el pensamiento español y el pensamiento francés. "En todos los dominios de la actividad humana España y Francia han tenido y conservan numerosos puntos de contacto. El Cid de nuestro gran Corneille es originario de España; Cervantes, Lope de Vega, Calderón, son bien conocidos y apreciados en Francia; los artistas y los aficionados del arte francés vienen a vuestro extraordinario Museo del Prado para admirar y estudiar a Velázquez, Goya, el Greco, Murillo, Ribera y Zurbarán. Madrid ejerce sobre ellos una atracción irresistible. Para un francés ilustrado, España es un gran museo de arte, de serena belleza e inimitable originalidad." "España fué también la cuna de las ciencias modernas. Los químicos franceses de los siglos XVII y XVIII venían a buscar su ciencia a tierras de España." Habla luego del influjo y dirección que a la ciencia dieron los franceses: Descartes, Pascal, Condillac, Lavoisier, etc.—José RODRÍGUEZ MOURÉLO: *La obra científica del profesor Ramsay*.—José R. LOMBA y PEDRAJA: *Mariano José de Larra (Figaro), como escritor político*.—Mariano POTÓ: *Introducción al estudio de la Biología dinámica*.—**Idem**, julio.—Félix A. CASCOS: *Impresiones y recuerdos de un viaje alrededor de Africa*.—J. CASCÓN: *Estadística de cereales*. Después de interesantes estadísticas de la producción de cereales, trae el siguiente *Resumen mundial y de España*: "El déficit en Europa para este año de 1917-1918 se ha elevado a 120 millones de quintales métricos de trigo y 180 millones de igual unidad si al trigo se suma el déficit de los demás cereales. Este déficit ha podido llenarse la mitad con el sobrante de Estados Unidos y la otra mitad con el de la India y la Argentina, quedando todavía remanente en la Australia; pero este fin no se ha logrado sin tener que apelar a restricciones en el consumo, cuyas economías se calcula que no bajarán de 20 millones de quintales métricos, la mitad, aproximadamente, de una buena cosecha nuestra. Si no hay que temer el déficit, hay que tener muy presente que los excedentes están muy alejados de Europa (en América, India y Australia); que, según el balance publicado por el Gobierno británico, desde agosto de 1914 a 21 de marzo de 1918 las pérdidas de tonelaje mundial han sido de 11.827.000 toneladas en bruto; las adquiridas, 9.195.000, y, por tanto, las pérdidas netas, 2.632.000. Si a esta pérdida se agrega el gran número de buques de comercio transformados en cruceros auxiliares, el necesario para transportes de tropas y material de guerra y la dificultad y el retraso de los transportes, se comprenderá que el mayor inconveniente se encuentra en éstos más que en la carencia de granos, que, como hemos indi-

cado, hay con exceso para atender a las necesidades de Europa.—Nosotros, según los datos suministrados por el Gobierno, tenemos un excedente de 2.780.000 quintales métricos de trigo, sin contar los 3.490.000 adquiridos de la Argentina, 548.000 sobrantes de centeno, 873.000 de cebada y 399.000 de avena. El déficit es tan sólo de maíz, y esto por la suma de 2.140.000 quintales métricos, que, según la Prensa, se ha adquirido ya en la Argentina. ¿Cuál es la causa de que, a pesar de nuestra situación tan ventajosa, la alarma no desaparezca y los precios, como consecuencia de aquélla, sean excesivamente elevados? Quizá no vaya descaminado el señor Ventosa en lo que dijo al terminar su discurso contestación a los de los señores Vizconde de Eza y Matesanz en la sesión del Congreso de los Diputados en 17 del mes pasado.”—Alfonso DE REYES: *Ruiz de Alarcón. Biografía*.—José R. LOMBA Y PEDRAJA: *Mariano José de Larra (Figaro), como escritor político*.—Ricardo BELTRÁN Y RÓZPIDE: *Cristóbal Colón y la Fiesta de la Raza*.—*Idem*, agosto.—Ramón JAÉN: *Zuloaga en los Estados Unidos*. “En los cuadros que Zuloaga exhibe en la explanada de Golden Gate, en San Francisco, no hay una sola nota de franca alegría. Los americanos han pasado de una a otra sala en silencio, sometidos a la fama universal del pintor vasco, quizá defraudados en la idea que concibieron de España.” El articulista explica el arte de Zuloaga. “Emoción antes que realidad hemos de buscar en el arte de Zuloaga. Si los que desconfían de su honradez artística quieren hallar su vena española, busquen, busquen en las páginas de nuestros clásicos, en los viejos retablos, en los terruños de las Castillas, y hallarán esas almas místicas, arrobadas, poniendo los afanes del vivir diario en un Dios justiciero e implacable, y se tendrá la ponderación de las exaltaciones de este pintor.”

Month (The), junio de 1918.—J. REATING: *The Priest in politics*. El catolicismo y la política; el clericalismo como señuelo para combatir la influencia benéfica de las doctrinas religiosas y algo de historia sobre campañas históricas en pro y contra de la supuesta o real influencia política del sacerdote.—Rev. MGR. H. J. GROSCHE: *How Dermot Hart become a priest. A glimpse at penal times*. Historia de un venerable párroco irlandés del siglo XVIII, en que tan perseguida fué la religión católica en Irlanda.—Rev. A. L. CORTIE: *The Motion of the Sun in space*. Artículo científico sobre el movimiento solar.—Rev. S. F. SMITH: *Stapehill*. Historia eclesiástica moderna de Inglaterra; estudia el efecto de la revolución francesa y guerras de principios del siglo XIX en el catolicismo inglés, para no ser pesimista en la influencia que algunos suponen va a tener la guerra actual sobre estos asuntos. = *Idem*, julio de 1918.—Rev. GEOFFREY BLISS: *Manalone: A morality*. I. James Briten. *Bibles, Soup and Souls*. La palabra *souperism*, que se inventó en la campaña protestante llevada a cabo en Irlanda el año del hambre, que así se llama el 1847, en la cual a los pobres irlandeses no quedaba más remedio que la apostasía o la muerte por inanición, vuelve a tener actualidad en los tiempos actuales, por los medios de reclutar prosélitos que han puesto en práctica los agentes del protestantismo entre los pobres emigrados a Inglaterra de los países devastados por la guerra en Francia y Bélgica. Es triste ver cómo el enemigo de las almas, aprovechando las dolorosas circunstancias por que atraviesan los pobres, trabaja para arrancarles del corazón la verdadera fe.—Rev. F. SIDNEY SMITH: *The Trappists in England*. Sobre las religiosas trapistas de Stapehill; su historia, su laboriosidad juntamente con sus prácticas de vida contemplativa, su influencia espiritual.—Rev. H. THURSTON: *The Scandal of the Theosophical bishops*. De los escándalos de ciertos individuos que procedentes del campo anglicano y también algunos apóstatas del catolicismo han establecido una especie de jerarquía episcopal teosofista. Se descubren con abundancia de datos los antecedentes nada honrosos de estos *magos*, que amalgamando el budismo con el cristianismo han llegado a los mayores absurdos y ridiculeces.

Nuestro Tiempo, junio de 1918.—F. MACAPINLAE MAQUIEIRA: *Un estudio*.

acerca de la psicología del hombre japonés.—Santos RUBIANO: *La psicología clínica de Norte-América.*—Salvador CANALS Y ALVAREZ: *Jardines andaluces.*

Razón y Fe, julio de 1918.—P. DE MANRESA: *Suárez, asceta*. Expone el juicio de Suárez sobre los *Ejercicios* de San Ignacio. En contraposición a las falsas definiciones que de los *Ejercicios espirituales* habían dado algunos teólogos atribuyéndoles una virtud que los *Ejercicios* no contienen, ni su autor intentó, Suárez dice lo que no son los *Ejercicios espirituales*, demostrando luego que los *Ejercicios* son instrumento eficacísimo de santidad.—M. SAINZ: *La cuna de la Reconquista española.*—E. UGARTE DE ERCILLA: *Las fronteras de la alucinación en Lourdes*. La objeción más fuerte que pusieron los incrédulos para rechazar la realidad de las apariciones de Lourdes fué decir que todos los relatos de Bernardita fueron efecto de su imaginación alucinada. El articulista expuso en el número anterior los caracteres de la alucinación; en el presente artículo demuestra cómo Bernardita no estuvo alucinada. Fúndase en las señales visibles consiguientes a las apariciones: "Su misma actitud extática, sobrehumana, excepcional; actitud no fingida ni aprendida, y a todos visible en el momento de la aparición; la aparición repentina del manantial, el cirio que ardía bajo sus dedos sin quemarlos; aquellas sublimes palabras, muy superiores a la concepción de la niña: "Yo soy la Inmaculada Concepción", que ella iba repitiendo por el camino para que no se le olvidaran, aun sin contar las innumerables curaciones extraordinarias, confirmatorias de estas apariciones..." "Su conducta, su temperamento y su carácter nos dicen que no estaba alucinada. Era sencilla, dulce e ingenua, y más bien tranquila que exaltada; edificaba por su piedad, pero sin llamar extraordinariamente la atención; su imaginación carecía de viveza, su relato era breve y frío, y necesitaba que se le hiciesen múltiples preguntas para dar la descripción, más o menos completa, de lo que había visto. Hablaba de las apariciones sin emoción, y, a pesar de su candor, tenía gran dosis de buen sentido práctico." Copia el articulista una serie de interesantes pruebas a que fué sometida Bernardita por eminentes personas de ciencia; pero ninguna de las pruebas dió base para dudar del estado perfectamente normal de la niña.—E. PORTILLO: *Regina Societatis Jesu.*—C. EGÚÍA RUIZ: *Las adaptaciones teatrales en España. Aciertos y desaciertos.*—L. NAVÁS: *Reseña científica de Historia Natural*. 1918. *Primer semestre.*—A. RISCO: *Juan de la Tierra* (narración histórica).—J. B. FERRERES: *Boletín Canónico*.

Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, mayo-junio de 1918.—Fr. J. CUERVO, O. P.: *Fray Luis de Granada, verdadero y único autor del "Libro de la Oración"*. El autor se ratifica en la tesis expuesta por él en 1896 en su libro *Biografía de Fr. Luis de Granada*. Analiza de nuevo los documentos, y de ellos deduce estas conclusiones, contrarias a las que ha afirmado en la misma revista el capuchino francés Miguel Angel: "Fray Luis de Granada es el verdadero y único autor del *Libro de la Oración*, impreso por vez primera en Salamanca, en casa de Andrés de Portonariis, en 1554, con licencia del Obispo, dada en Valladolid el 21 de agosto de 1553. San Pedro de Alcántara recopiló o compendió el *Libro* (grande) *de la Oración* de Fr. Luis de Granada. El verdadero *Tratado de la Oración* de San Pedro de Alcántara (donde se recopila o compendia el *Libro de la Oración* de Fr. Luis de Granada) fué impreso por vez primera después de abril de 1556 y antes de la Cuaresma de 1558, y reimprimióse en Alcalá, en casa de Juan de Brocar, en mayo de 1558, por cuidado y diligencia de Fr. Martín de Lilio, franciscano, del convento de la Saceda. Fray Luis de Granada es también el verdadero y único autor del *Tratado de la Oración*, impreso por vez primera en Lisboa, en casa de Juan Blavio de Colonia, de 1557 a 1559, tantas veces injustamente reimpresso bajo el nombre de San Pedro de Alcántara." Finalmente, el hallazgo del verdadero y auténtico *Tratado de la Oración* de San Pedro de Alcántara en la Biblioteca Berberina-Vaticana confirma de un modo inesperado las anteriores conclusiones.

BIBLIOGRAFÍA

S. Thomas Aquinatis In Metaphysicam Aristotelis Commentaria, cura et studio P. Fr. M. R. CATHALA, O. P., S. Theol. Lect., prof. Phil. in Inst. Catholico Tolosano, cum tabula analytica P. Fr. CHRYSOST. EGAN, O. P., S. Theol. Lect. Un volumen de XII-786 págs. Taurini, Marietti, 1915.

Tratando Pío X de los remedios contra el modernismo en su inmortal Enciclica *Pascendi*, dió esta voz de alerta a los profesores de Filosofía: "Aquinatem deserere, praesertim in re metaphysica, non sine magno detrimento esse." Sabía muy bien el Soberano Pontífice que el pecado original de la filosofía moderna, cuyo fruto es el modernismo, era su emancipación completa de la *philosophia perennis*, que es la filosofía aristotélico-tomista; por eso el remedio más eficaz para curar de raíz el modernismo es la restauración de la filosofía de Santo Tomás, y primeramente la restauración de la *Filosofía Primera*, que es la *Metafísica*.

Para secundar estos deseos de la Santa Sede se necesitaba una nueva edición manual y económica de los *Comentarios* del Angélico sobre la *Metafísica* de Aristóteles; porque nada más a propósito para restaurar la *Metafísica* de Santo Tomás que poner su *Metafísica* en manos de todo el mundo por medio de una edición asequible a todos. Y tal fué cabalmente la hermosa idea que el padre Cathala, O. P., tuvo al tomar a su cargo esta nueva edición.

Además de una substanciosa carta del excelentísimo cardenal Lorenzelli—entonces prefecto de la Sagrada Congregación de Estudios— al editor Marietti, y de una breve introducción del padre Cathala, en que se da un sumario o sinopsis general de la obra, se halla enriquecida de un copioso índice alfabético-analítico de materias que la hace muy cómoda, especialmente porque corresponde a la numeración en párrafos que el editor intercaló en el texto. El padre Cathala confiesa (Introduc., p. VIII) que no trató de hacer una edición crítica y definitiva sino más bien *ecclética*, según las ediciones antiguas más o menos deficientes para uso de los jóvenes estudiantes. En este sentido ha prestado un gran servicio, no sólo a los estudiantes, sino también a los profesores, pues para todos es utilísima, porque todos podrán cómodamente *gustar* en sus propias fuentes la *sabiduría* de los dos metafísicos más grandes de la humanidad: Aristóteles y Santo Tomás. Ahí aprenderán todos a *saber* y a *saber cómo* se sabe, porque no hay sabiduría verdadera sin *orden* o sin *método*, y precisamente estos dos eminentes metafísicos son dos grandes pedagogos, que enseñan aún más con su ejemplo que con sus teorías. Que lea y medite ahí la *turba multa* de manualistas modernos, y verá *cómo se ordena* la Filosofía, y se convencerá que la Criteriología, por ejemplo, no se reduce propiamente a la Lógica, como piensan unos, ni a la Psicología en su sentido *amplio*, como opinan otros, sino a la *Metafísica*, y que ésta no debe enseñarse a los que por vez primera pisan los umbrales de la Filosofía, sino a los ya provec-

en ella, y entonces se dará al traste de una vez con ese *verbalismo* filosófico-escolástico que tanto cunde en nuestros días, y que reduce nuestra *philosophia perennis* a un *formulismo automático* en la mayoría de los estudiantes, que repiten fórmulas sin penetrar su sentido ni ver su fundamento, a causa de que se les enseñaron prematuramente cosas que no eran capaces todavía de comprender. No así procedieron Aristóteles y Santo Tomás, y por eso esperamos que esta nueva edición de su *Metafísica* dará sus frutos en estudiantes y profesores.

Creemos, sin embargo, que hubiera sido más cómodo y más útil haber puesto el texto griego de Aristóteles, como lo hace la edición leonina, mayormente porque Santo Tomás hace con frecuencia referencias a él y a veces resuelve no pocas dificultades. Asimismo hubiéramos deseado que las sinopsis intercaladas de cuando en cuando en el *Comentario* fuesen más claras y que se hubiese añadido un índice de libros y lecciones como en la edición citada; defectos que fácilmente pueden subsanarse en las ediciones sucesivas.

Salvo estos lunares, que son muy perdonables, agradecemos al editor este volumen, y deseamos que todos se aprovechen de él.

Il problema del dolore. Dinanzi all' intelligenza e al cuore, per il P. ANGELO ZACCHI, O. P. Seconda edizione, vi-388 págs. Roma, Francesco Ferrari, 1918.

"Nunca como en esta hora trágica, en que la muerte siega sin piedad sobre los campos de batalla millones de vidas juveniles, el problema del humano sufrimiento se presentó en toda su importancia; nunca como en este momento terrible de angustias inenarrables los deseos de luz y de consuelo fueron tan apasionados e insistentes. ¿Por qué sufrir tanto? ¿Quién es la causa de nuestro dolor? ¿Dónde encontrar bálsamo para sus heridas?" He aquí, dice el autor, las preguntas que entre suspiros, gemidos y lágrimas hacen todas las víctimas de esta guerra atroz que ensangrienta la Europa, y las pretende contestar (al lector, págs. v-vi) y contesta, a nuestro juicio, satisfactoriamente.

Después de una breve introducción sobre la importancia y diversos aspectos del problema del dolor, divide el padre Zacchi su obra en dos partes; en la *primera* examina las soluciones dadas al problema fuera del Cristianismo, desde Zarathustra (Zoroastro) y Buda, pasando por Sócrates, Epicuro, Cínicos y Estoicos, hasta el pesimismo de Schopenhauer y el edonismo de la literatura y de la vida moderna, mostrando hasta la evidencia que ninguna solución satisface ni al entendimiento ni al corazón, si bien es preciso reconocer que en todas, más o menos, hay algún elemento utilizable que hay que tener en cuenta para la solución verdadera. La *segunda* contiene la solución *cristiana*, tanto teórica como práctica, y en ella aparece cómo el Cristianismo es el único que ha sabido resolver el problema cumplidamente, a satisfacción de la inteligencia y del corazón, reuniendo en admirable síntesis y perfeccionando cuanto de bueno se ha dicho fuera de él. El único lenitivo verdadero de nuestras dolencias es el Cristianismo, y de ahí la necesidad de abandonar el semipaganismo en que vivimos y de volver a la Religión cristiana, que nos dará la felicidad relativa, única posible en esta vida.

No es el dolor físico el que más nos aqueja sino el psicológico y el moral, y por eso el padre Zacchi trata principalmente de este último (págs. 2 y sigts), que es sobre el cual más resalta la solución cristiana. Sin embargo, el Cristianismo no desdena el dolor físico; que la felicidad del hombre no puede consistir en sola el alma, ni en solo el cuerpo, sino en los dos, porque el hombre se compone de ambas. El Nirvana Indico, que prohíbe todo placer a la parte sensible, es una solución mutilada y absurda, porque no tiene en cuenta la naturaleza del hombre, y su quietismo no es más que la inacción y la estupidez del espíritu. Por otra parte, dar rienda suelta a los instintos del cuerpo y ahogar completamente las aspiraciones del alma, como piensa el edonismo antiguo y moderno, es rebajar al hombre al nivel de las bestias y dar una solución a muy pocos asequible prácticamente. Sólo el Cristianismo ha sabido armonizar y elevar los placeres y los

dolores del alma y cuerpo en este mundo, pero sobre todo ha dado una solución profunda y consolante con sus dogmas de ultratumba. No condena los bienes sensibles, sino que los subordina a los espirituales y sobrenaturales (págs. 156 y siguientes), no se contenta con bellas frases, sino que ofrece ejemplos acabados de tranquilidad y perfección (págs. 160 y sigts.), y, si se trata de aliviar las penas de nuestros semejantes, sabido es que por ningún sistema ha sido superado ni en cuanto al fondo ni en cuanto al modo. ¿Quién no ve la inmensa diferencia entre la caridad cristiana y la filantropía moderna ejercitada en las mal llamadas *fiestas de beneficencia*, que no buscan socorrer al prójimo, sino más bien el egoísmo de algunos caciques?" (Págs. 315 y sigts.)

La obra del padre Zacchi, por su solidez y elegancia de estilo, y porque conviene a la inteligencia y satisface al corazón, está llamada a hacer gran fruto en los que sufren. El haberse agotado la primera edición en menos de un año, manifiesta claramente su valor y la buena acogida que ha tenido en el público italiano. Enhorabuena al autor y que continúe publicando libros tan útiles como éste.

FR. SANTIAGO M.^a RAMÍREZ.

Biografía del siervo de Dios Domingo Bueno, novicio paúl. Imprenta Salamanticense, Salamanca.

Es este librito un fiel retrato del alma cándida y pura del joven Domingo Bueno, muerto a los diez y siete años de edad. No se descubren en él esas grandes tempestades de espíritu ni esas maravillas místicas que tanto halagan la imaginación; pero descúbrese, en cambio, en toda su hermosura la virtud cristiana dulce y tranquila. Esa virtud, que no se manifiesta en actos extraordinarios, sino en las obras más vulgares y ocultándose a veces bajo las formas naturales. Refléjase en esta biografía el alma del joven Domingo tal como era, inocente, llena de santo entusiasmo y de un amor a Dios desinteresado y tierno, como el amor del niño a la madre.

Puede compararse la vida de este joven con la flor que despidе sus aromas a los primeros rayos del sol. Así el joven Domingo empezó a derramar el aroma de sus virtudes al primer influjo de la gracia; pero antes que pudiera marchitarse por el ardor de las pasiones, fué esta delicada flor trasplantada por Dios al jardín del Cielo.

No se puede leer este libro sin quedar muy edificado. Está escrito con mucha sencillez y sobriedad.

Es muy útil para fomentar la vocación en los jóvenes. En él pueden las madres cristianas aprender a formar el corazón de sus hijos, imitando a la madre de este joven, que es sin duda alguna modelo de madres cristianas. Por eso la premió Dios concediéndole el placer de tener un hijo santo.

FR. J. R.

El Consultor de la Dama Enfermera, por ELENA SÁNCHEZ DE ARROJO. Sucesores de Antero Concha, plaza de San Esteban, núm. 2, Guadalajara.

He aquí una obra que viene a llenar un vacío grande en la preparación de damas enfermeras. Había ya otros muchos escritos con este fin, pero ha sido persistente en ellos el defecto de mezclar en el lenguaje un tecnicismo ininteligible para la mayoría de las enfermeras, que están muy lejos de resistir ese fatigoso lenguaje de la medicina.

La señora Sánchez de Arrojo, en un volumen reducido, ha logrado exponer con claridad y sencillez cuanto interesa conocer a una dama enfermera. Da una idea completa del cuerpo humano y pone al alcance de todos los medios de conservar su equilibrio, de reconstruir sus ruinas, de reparar sus pérdidas; en una

palabra, ofrece a cuantas lo deseen un conocimiento práctico de las enseñanzas de la medicina y de la higiene, que ha de serles utilísimo en la vida propia y en la de sus semejantes.

Leccionario de las Dominicas, por FEDERICO CLASCAR, presbítero. Luis Gili, Claris, 82, Barcelona.

Las epístolas y evangelios que se leen en la Misa todas las dominicas del año con explicaciones dirigidas a la práctica de las virtudes que de los textos sagrados se desprenden, componen este *Leccionario*. La sencillez, el fervor y la claridad son las notas salientes de esos hermosos comentarios, que indudablemente serán de mucha utilidad a las almas, porque su autor no se entretiene en divagaciones oratorias, ni en floreos pueriles, que perjudican más que otra cosa, y que son tan frecuentes en obras de esta índole; el autor va siempre al grano y consigue que las palabras de Jesús penetren en nuestro espíritu y le esclarezcan con sus divinos resplandores.

Religión, pour Mgr. GIBIER, évêque de Versailles, 1 vol. in-12 de VIII-384 pages. Prix: 3,50 francos. Pierre Tequi, libraire-éditeur, rue Bonaparte, 82, Paris. J. Gabriel del Amo, calle de la Paz, Madrid.

La obra que el Obispo de Versailles acaba de publicar es un bello resumen de todo lo que un cristiano debe saber para ofrecer a Dios el doble testimonio de sus creencias y de sus virtudes. Consta de cuatro partes: 1.^a, la Religión; 2.^a, las creencias; 3.^a, las prácticas, y 4.^a, las obras. La profundidad con que se explican las cuestiones que más interesan a las almas y el estilo brillante de la exposición auguran buen éxito a la obra del eximio prelado Mgr. Gibier.

El mismo autor dice en el prólogo que ha intentado hacer algo útil para los espíritus sencillos y para los cultos, y no pudo escoger materia más hermosa que la Religión, que es lo único que puede satisfacer las aspiraciones más profundas del alma humana. Promete otros dos volúmenes que tratarán de la *Familia* y de la *Patria*. Quiera Dios que esos tratados vean pronto la luz pública para bien de la Iglesia y provecho de las almas.

Impresiones de guerra de sacerdotes soldados, por LEONCIO GRANDMAISON, S. J. Traducción de JUAN B. ENSEÑAT. Un volumen en 16.º Bloud y Gay, editores. Barcelona, Bruch, 35. París, rue Garancière, 3.

La obra responde a medias al título que lleva; en verdad que son impresiones de guerra de sacerdotes soldados, que muchas veces fecharon sus cartas en las trincheras o en las ambulancias, al abrigo de la lluvia de balas y en medio del ruido de la batalla y los gritos de los heridos, sin poder evitar que el lodo y la sangre salpicasen las cuartillas; pero esas impresiones de guerra tan terribles, que al leerlas estremecen, son de sacerdotes *franceses*, que se complacen en pintar con los colores más odiosos a sus enemigos los alemanes para que el mundo los maldiga. Fuera de esa saña que el patriotismo francés vomita contra los *invasores*, el presente libro interesa y seduce al lector por las escenas de alto heroísmo que en él aparecen.

FR. SECUNDINO.